

Némesis: Sangre y Acero

Antología de Fantasía Épica

Historias fabulosas de:

Ricardo Acevedo

Javier Arnau

Joan Baladre

Alexis Brito Delgado

José Rafael Carretero

José L. Castaño Restrepo

Además... Carlos Javier Eguren, Nubia Ket, Ernesto Parrilla,
Roberto J. Rodríguez, Borja Ruiz y Carmen Rosa Signes

Dirección	Carlos Daminsky & Anabel Zaragozí
Ilustración de Portada, “Furia Berserker”	M.C. Carper
Coordinación de Antología	Alexis Brito Delgado
Diseño de Portada y Maquetación	Anabel Zaragozí

Editorial. Némesis: Sangre y Acero por Alexis Brito Delgado.	página 2
Duelo por Ricardo Acevedo.	página 4
El Héroe por J. Javier Arnau Moreno.	página 5
Un Encargo Lleva a Otro por Joan Baladre.	página 7
Furia Berserker por Alexis Brito Delgado.	página 13
El Frío del Alba por José Rafael Castro Carretero.	página 25
La Guardia Sagrada por José Luis Castaño Restrepo.	página 31
Mortimer Mortis Magister por Carlos Javier Eguren Hernández.	página 49
Historias de Aklar Terr por Nubia Ket.	página 54
Lagashx de Lougarex por Ernesto Parrilla.	página 73
Sangre Real por Roberto J. Rodriguez.	página 79
Las Ruinas de la Noche por Borja Ruiz.	página 97
El Descanso del Guerrero por Carmen Rosa Signes Urrea.	página 106
Epílogo por Carlos Daminsky.	página 107

Némesis: Sangre y Acero

Conan, ¿qué es lo mejor de la vida?
Aplastar enemigos, verles destrozados y oír el lamento de sus mujeres.

Conan el Bárbaro

La primera vez que publiqué un relato fue en la revista de mi instituto. Tenía unos catorce o quince años y leía mucho en mi tiempo libre; fue inevitable que quisiera convertirme en escritor. Con la perspectiva del tiempo, he llegado a la conclusión de que gracias a “Pasillo” (así se llamaba el fanzine), mi destino quedó sellado. A pesar de la indiferencia absoluta de mis profesores, compañeros de clase y familiares por mi obra, no me di por vencido y continué participando en cada número. Aprendí dos cosas fundamentales sobre el mundillo literario desde mi adolescencia: a nadie le importa lo que haces y tienes que ser fiel a ti mismo. La revista pasó a la historia y yo seguí trabajando. Había creado a la Familia Stark y tenía el borrador de mi primera novela; como aprendizaje autodidacta no estaba demasiado mal.

Años más tarde, después de una docena de libros escritos en mi currículum, las editoriales continuaban rechazando mis manuscritos. Siempre era la misma historia: “Su novela no encaja en nuestros criterios de selección”, “Pruebe con otras editoriales”, “Su obra no es comercial”, “No estamos interesados en publicar su libro”... en el caso que respondieran a mis cartas o correos electrónicos. Resulta frustrante escribir una novela para que sea desestimada por un editor antes de que termine de ojear la primera página. ¿Qué podía hacer para dar a conocer mi obra a un público más amplio? Publicar un libro era una tarea imposible: ninguna editorial quería arriesgarse con un escritor novel y el resto pedía demasiado dinero (3.000 y 4.000 euros) por sacar una tirada de 500 ejemplares a la calle. La única opción —estamos hablando del año 2001: poca gente tenía móviles, las redes sociales no estaban de moda, nadie descargaba música o películas, podías fumar y beber donde te apeteciera— era publicar en Internet. Como de costumbre no fue sencillo: tardé un año largo en publicar mi primer cuento. Los editores de fanzines tampoco estaban por la labor de aceptar mis relatos. La historia me resultaba familiar: “No encaja en nuestros criterios de selección”, “Pruebe con otras revistas”, “Como ejercicio de estilo y escritura puede servir, pero como relato no funciona en absoluto”... Llegué a la conclusión de que el fándom español pecaba de una retroalimentación ombliquera espantosa y que lo único que importaba era ser uno más de la familia. No quería escribir Space Opera, ni fantasía tipo el Señor de los Anillos, o terror inspirado en Lovecraft o Poe. Siempre he odiado las modas o seguir la corriente mayoritaria para encajar en la masa. No me rendí y continué escribiendo. A partir del 2007 mis historias empezaron a ser aceptadas en las revistas digitales.

A partir del 2007 mis historias empezaron a ser aceptadas en las revistas digitales. Conocí a gente interesante con la que compartir gustos y aficiones. Siete años de duro trabajo daban sus primeros frutos. Y pensar que mis profesores del instituto afirmaban que no poseía ningún tipo de aptitud literaria...

Hace un par de meses, después de publicar mi primer libro en papel, Carlos Daminsky me comentó la idea de unirme al proyecto Albis Off. Acepte su oferta de inmediato. Hacía tiempo que deseaba montar mi propia revista y por fin tenía la oportunidad de hacerlo. El plan fue el siguiente: tenía que encargarme de coordinar y montar un número especial de fantasía épica. No tardé demasiado en poner anuncios en foros y fanzines pidiendo colaboradores. He aprendido algo de esta experiencia: la gente es demasiado cómoda y no le gusta escribir.

Yo, como novelista, sé lo complicado que es publicar un cuento. La mayoría de las revistas tardan meses en responder y tienes que convencer a un editor de la valía de tu obra. Trabajas gratuitamente y en ocasiones recibes críticas negativas que no sirven para nada. ¿Quién dijo que ser escritor era fácil? Los porcentajes no engañan: por cada treinta visitas me ha llegado un relato. Por una parte es desalentador, pero por otra, también es estimulante. Significa que hemos pasado por un proceso de selección natural y hemos sobrevivido (igual que Conan en la Rueda del Dolor).

Me siento orgulloso del contenido de nuestro primer número y doy las gracias a todos los colaboradores por enviarnos sus historias. Deseaba que la publicación fuera clásica y moderna a la vez. No quería los típicos relatos inspirados en Harry Potter que tanto gustan a los editores. Soy partidario de la fantasía heroica de toda la vida: acción y drama, sangre y violencia, aventura y sexo, espadas rotas y cráneos hendidos. Mis influencias son evidentes: Michael Moorcock, Robert E. Howard, Fritz Leiber, Steven R. Donaldson, John Norman, Tolkien y Ursula K. Le Guin. Espero haber logrado lo que me proponía desde el principio: un especial ameno y entretenido que haga disfrutar a los lectores y que sirva de inspiración a futuros cómplices literarios.

Nosotros hemos cumplido con nuestra parte: dejo el resto en vuestras manos.

Alexis Brito Delgado

Duelo

El Dragón se aproximó retador a su adversario

con púas erizadas,

aliento fétido

y cuerpo acorazado.

Del otro extremo sé escuchó el silbido de la locomotora.



El Héroe

Los cascos del caballo resonaron por toda la aldea. El Héroe volvía a casa. Ésta no era su aldea, sino una de las innumerables por las que debía pasar para llegar al hogar...

¡Hogar! ¡Hacía más seis años que se había alistado como mercenario en una de las guerras que se sucedían casi ininterrumpidamente al otro lado del continente.

¿A qué podía llamar él hogar? Su mujer y su hijo habían muerto por culpa de enfermedades para las que no tenían defensa a causa de la malnutrición que asolaba al poblado. Muchos de sus amigos habían seguido el mismo camino que él, alistándose en uno u otro bando, daba igual. Ahora, El Héroe, volvía a casa. La gente de este poblado —que no tenían casi noticias de las guerras, excepto por la escasez de algunos productos— lo veían pasar con temor; huían a su paso, se cerraban puertas y ventanas, y solo se oía el sonido del viento y a los rebaños en los corrales.

Pasó de largo, como en tantos otros poblados; conociesen o no la guerra, ninguno quería saber nada de un mercenario, aunque su bolsa estuviese llena de oro. Los Trascos que custodiaban los puentes, cobrando peaje, se escondieron en sus madrigueras, temerosos de su fiero aspecto —no en vano, era El Héroe—. Las Ondinas salieron de los lagos y de los ríos para verlo pasar, y suspiraron de amor al verlo tan gallardo; pero sus hermanas mayores, las Hadas, les lanzaron un hechizo, y olvidaron que le vieron pasar. Sólo los duendes le dejaron reposar con ellos, y eso por el vino que él llevaba, pues por culpa de la guerra no tenían provisiones de ese líquido, tan precioso para ellos. Ellos fueron los que le informaron de que se había convertido en una leyenda allá, en su región, en la que no quedaban más que unos pocos ancianos y algunas mujeres que esperaban, la mayoría en vano, el regreso de sus hombres de las guerras.

El Héroe reanudó su camino, recordando los horrores de la guerra; una guerra que lo había tenido ocupado matando incluso, a veces, a amigos de su propio poblado, durante seis largos años. Seguramente, cuando llegase a su poblado, no quedaría nadie, y las tierras seguirían tan estériles como cuando no pudo sacarles ni una mísera cosecha para mantener con vida a su familia.

¿A qué podía, pues, él llamar hogar? ¿A las tabernas en las que se emborrachaba después de cada batalla —y a veces incluso antes—; a la habitación de una prostituta en el barrio de las cortesanas, de un poblado recién conquistado? ¿A la sordidez del cuartel en el que se reagrupaban para la batalla...? Sí, realmente eso era su hogar, lo único real desde la muerte de su mujer y de su hijo, lo único que le dio algo de sentido a su vida. Pues, si moría, le daba igual, incluso lo agradecería; esa fue en principio

su intención, morir en batalla; pero la adulación de sus superiores, el respeto de sus compañeros, y su vida cada vez más disipada, fue haciendo que se esforzara cada vez más, hasta que llegó a ser El Héroe. Dio la vuelta a su caballo y, al galope, volvió a cruzar las aldeas como ya antes lo había hecho, pero ahora en sentido inverso.

Los aldeanos no tuvieron tiempo de esconderse, las Ondinas sólo tuvieron un fugaz recuerdo de El Héroe, los Trasgos se apartaron a su paso, y los Duendes se lamentaron por el vino perdido...

El Héroe volvía a su Hogar.



Un Encargo Lleva a Otro

Hildan levantó la mano para hacerse sombra y poder ver. En lo alto del cielo claro, la señal indudable daba vueltas en círculos... Eran pájaros negros que anunciaban la presencia de la muerte. En aquellos instantes se llevó la mano a la empuñadura de su espada, apretándola fuerte, como si no quisiera que se le escapara. Había que estar preparado ante la Dolorosa.

Rápidamente subió la loma reseca hasta el alto y desde arriba pudo contemplar el panorama. Abajo, en el páramo, había tendidos por el suelo infinidad de cadáveres. Eran los despojos de alguna batalla y el silencio sepulcral inundaba el campo de los muertos. De repente escuchó un relincho. No muy lejos, había un caballo tordo paciéndose tranquilamente entre la hierba. Aquella era una magnífica oportunidad para el guerrero, pues había perdido su montura y llevaba ya dos días caminado. Tenía que aprovechar el golpe de suerte.

El hedor a descomposición enseguida colmó sus fosas nasales. Las aves negras que se disputaban los despojos, alzaron el vuelo en desbandada mientras caminaba entre los muertos y huyeron hasta las raquíticas ramas de un árbol seco. Allí aguardaron a la expectativa.

Mientras se dirigía hacia el caballo, pasó entre varios estandartes deshilachados que estaban hincados en el suelo. Las telas descoloridas eran mecidas suavemente por el aire. Aquí y allá había esparcidas armas, y los cadáveres se diseminaban en posiciones retorcidas por el suelo. Intentó no mirar.

Cuando ya se aproximaba al animal, caminó más despacio. No quería espantarlo.

El caballo que pastaba tranquilamente, agitando su cola; alzó la cabeza al detectar su presencia. Sus ojos se cruzaron con los de Hildan... y entonces trotó alejándose.

—Es un buen caballo —dijo una voz que provenía de detrás.

Inmediatamente el guerrero se volvió, ya con su larga espada de ancha hoja preparada. No se veía a nadie. Hildan miró en todas direcciones, intentando descubrir de dónde procedía la voz.

—Ah, disculpa. Estoy aquí abajo —y entonces una figura se levantó del suelo. De su cuerpo cayeron briznas de hierba.

El muerto conservaba la armadura de metal y el casco picudo, la máscara pálida de su faz se vislumbraba...

—¿Qué quieres! ¡No te temo! —exclamó el de Khrower.

—Oh, venga. No tengo intención de hacerte en daño. Soy un alma en pena.

Y entonces Hildan recordó las historias sobre guerreros que habían muerto en campos de batalla, pero cuyas almas no habían encontrado el reposo total porque se habían quedado sin poder realizar alguna cosa importante para sus vidas.

—El tordo es mío, honorable guerrero. No se dejará montar por nadie más... a menos que yo se lo ordene —anunció el difunto, con su voz profunda—, y me parece que estás necesitado de un caballo.

El guerrero debía pactar con el insepulto si quería el caballo. Por otra parte también podría desistir... pero tenía una importante cita a la que llegar...

En aquellos instantes las nubes cubrieron el sol y la luz se diluyó, el día fue lamido por la oscuridad y el ambiente se tornó hermético. De repente, extraños cánticos se elevaron. Hildan contempló el paisaje desolador, en el que se había convertido todo a su alrededor.

—Amigo mío, me parece que has llegado a una hora inoportuna —anunció el insepulto—. Mis compañeros tienen hambre y te han olido.

Entonces los vio, las figuras estáticas habían aparecido sin que se diera cuenta, como macabras estatuas.

—Pacta conmigo —le invitó el guerrero muerto—, y el caballo te sacará de la muerte segura.

Las lúgubres figuras habían avanzado, sin caminar, más cerca. Rodeándolo. Los extraños cánticos se hacían más fuertes.

Sin opciones, Hildan aceptó.

—Está bien. ¿Qué quieres?

—Lleva este pergamino hasta Malyakor. Debes entregárselo a mi esposa Luzmila Veldenum —el muerto alzó la hoja de papel enrollado.

El guerrero se la arrebató de un tirón y enseguida el caballo tordo apareció ante él, encabritado, alzando sus cascos. A continuación, la montura se apaciguó e Hildan subió a ella de un salto y salió al galope.

Atravesó el círculo de las figuras cadavéricas que le rodeaban y se alejó, dejando atrás el extraño paisaje encapotado y gris, para pasar a campo abierto iluminado por el cielo claro.

Ahora que tenía el caballo y había logrado salvar el pellejo... no tenía intención de cumplir el pacto... Espoleó su montura y puso rumbo hacia el destino de su cita, con el Conde de Exalia. Con suerte en un día estaría en el castillo para entregarle el objeto que portaba y que casi le había costado la vida días atrás, cuando se vio envuelto en una emboscada de la que con fortuna logró salir vivo y en la que perdió su caballo y el Cristal.

Hildan de Khrower arrojó el pergamino y cabalgó sin parar. Aquel fue el segundo trato que no cumplía.

El pergamino flotó por el aire suavemente, después aterrizó en el suelo y rodó por la amarillenta tierra hasta llegar al lado del tronco del árbol seco. En sus ramas escuálidas estaban posados los pájaros que habían estado disputándose la carroña en el campo de los muertos, antes de la llegada del guerrero rojo.

Una de las aves descendió; dio saltitos en el suelo hasta el legajo y lo inspeccionó con sus ojos turbios, luego lo atrapó con el pico y alzó el vuelo dejando tras de sí varias plumas oscuras.

* * *

Hildan entró. Tenía el pelo encrespado de color rojo. Su rostro cuadrado y duro, con redondos ojos azules y nariz puntiaguda. Alto y de anchos hombros. Vestía una armadura de cuero negro, con un peto de tachuelas plateadas y unas botas largas con borlas blancas. En un costado, destacaba la funda de color esmeralda de su larga espada.

El Cristal, que había ocultado bajo el peto, le había conducido hasta allí. Ahora el resto le tocaba a él. Disimuladamente observó a la gente que estaba sentada en las mesas charlando y después, se dirigió a la barra.

—Póngame... un Plirko —pidió al camarero, un hombre de piel azul y cabeza triangular.

—¿Negro o naranja?

—Negro.

El camarero asintió y le sirvió un vaso con forma de probeta.

El hombre tomó el líquido turbio de un sorbo.

—Otro más, por favor.

Se bebió el segundo también de golpe y se giró para observar al resto de la gente. La bebida le hizo efecto inmediatamente y una sonrisita surcó sus labios dorados.

De repente, algo voló. Una sombra rápida, como un aguijón, atravesó el aire. El guerrero tuvo el tiempo justo de ladear la cabeza, el puñal pasó a milímetros de su cara y se clavó en la pared de madera.

—¡Por Rolm! —exclamó sorprendido Hildan.

La gente murmuró en voz alta y asustada se levantó arrastrando las sillas. Los clientes empezaban a salir corriendo hacia la entrada.

—¡No quiero peleas aquí dentro! —gritó el camarero.

Ya era demasiado tarde.

Una figura surgió desafiante de entre la gente. Hildan desenvainó su larga espada. La muchedumbre terminó de salir y el camarero se escondió debajo del mostrador.

Se quedaron frente a frente.

El tipo tenía una larga melena morada recogida en una coleta. Su rostro estaba maquillado de pálido y los ojos tenían sombras negras circulares. De su boca sobresalían dos colmillos puntiagudos. Vestía traje con falda de polivinilo azul eléctrico.

—¡Tu puta madre! —exclamó, señalándole con un martillo de guerra, en forma de cabeza dracónica.

—¡Esa boca! —respondió Hildan, al tiempo que atacaba con su espada de hoja ancha color platino.

Las armas chocaron y se quedaron cruzadas mientras ambos aguantaban el golpe. Después, los dos se separaron y retrocedieron.

Silencio.

Sus miradas se cruzaron.

—¿Podemos resolver esto de otra forma? —preguntó el sujeto del traje de polivinilo.

—Por supuesto —contestó Hildan.

—¿Tengo que morir?

—Pues en teoría sí... qué quieres que te diga... pero lo podemos arreglar.

—¿Cómo?

—Necesito tu cerebro. ¿Podrás vivir sin él?

El tipo acometió balanceando el arma. Hildan esquivó los ataques con varios giros de cintura y se apartó a un lado.

—Pero cojones, ¿no querías un trato?

—No lo sé. Qué quieres que te diga, no me gusta la opción.

Y volvió a atacar de nuevo. Hildan fue parando uno a uno todas las estocadas y después volvió a colocarse a un lado.

—Bueno, no necesito todo tu cerebro. ¿Sabes? Tan solo un implante... —dijo Hildan.

—¿Y si te lo vendo? —ofreció el sujeto del martillo de guerra.

—¿Cuánto?

—100.000 créditos.

La respuesta de Hildan fue atacar. Su ímpetu hizo retroceder al tipo, mientras se protegía como podía.

—¡Pero si te lo dejo barato!

Ambos pelearon, atacando y defendiéndose. Las fuerzas estaban igualadas así que se volvieron a separar, cansados.

—¡Está bien, está bien! Te lo compro —dijo Hildan sonriendo y envainando la espada.

—Muy bi... bie... biennnn... —el tipo se desplomó en el suelo de un golpe seco, decapitado.

—Era mentira —dijo finalmente, mientras volvía a guardar el dinero.

Hildan dejó la cabeza cortada en la barra.

—¡Camarero otro Plirko!

Y después miró la mancha oscura como se alargaba. Sí. Cuanto le gustaba mirar la sangre. Sí. Ya tendría tiempo después de extraer el pack de memoria.

El camarero le vertió algo en la bebida sin que se diera cuenta... de hecho, ya llevaba haciéndolo en todas las consumiciones...

Repetición del suceso. Grabado por una mini-cámara oculta en el techo del bar.

—Está bien, está bien. Te lo compro —dijo Hildan sonriendo y envainando la espada.

El otro hombre baja su martillo de guerra y mira como le ofrece las chapas plateadas, el dinero en curso en Symcrania.

Ya estaba descuidado.

Entonces al tiempo que el guerrero muestra el dinero, con la mano en alto, la figura de Hildan se distorsiona unos instantes al desgajarse una negrura de su cuerpo.

Y la sombra en un movimiento veloz, casi imperceptible para los ojos humanos, ataca desplegando dos brazos alargados y puntiagudos. Con un movimiento de molinete, el primer brazo hace un tajo en el cuello y a continuación el segundo remata sesgando la cabeza. El hombre cae al suelo decapitado.

—Era mentira.

Los cinco miraron atentamente las imágenes.

—Bueno ya lo habéis visto —dijo uno de ellos y después apagó el visor de la pantalla—. Ahora con la droga que nuestro cómplice el camarero ha ido metiendo en sus copas, no podrá hacer trucos sucios...

—Las coordenadas indican que va pasar por la encrucijada dentro de 10 minutos —dijo otro mos-

trando una aparato portátil que parpadeaba.

—¡PARTAMOS! —gritaron todos a la vez.

Los cinco eran idénticos entre si. Y a su vez idénticos, al tipo que había matado Hildan...

El guerrero cabalgaba eufórico después de haber bebido más de la cuenta. Una extraña sensación, por momentos, se iba metiendo en su cerebro... Como de docilidad...

—¡Gurrppp! —eructó.

«Bueno, con el pack de memoria que he extraído de ese desgraciado podré obtener un succulento botín de créditos... el Conde de Exalia paga bien... aunque no aguanto sus amaneramientos... ¡Bah!... Ya me estoy viendo de regreso a Khrower y pegándome un festín de putas... y putos», logró pensar en su agitada cabeza.

Y cuando llegó a la encrucijada de camino, un grupo de personas le cortó el camino.

—¡Qué demonios...! —tuvo tiempo de exclamar antes de que su caballo cayera al suelo muerto y él saliera despedido hasta chocar contra el suelo.

«Eso me pasa por no prestar atención... por no tener conectado el radar del Cristal...», pensó un momento y seguidamente:

»Con lo bueno que está el Plirko...», barruntó delirando.

Los cinco idénticos, con sus melenas moradas recogidas con trenzas y sus trajes con falda azules de polivinilo, se aproximaron.

Hildan les sonrió amablemente.

—Parece que los efectos de la droga que han surtido efecto —dijo uno de ellos.

—Eso parece —respondió otro y se dirigió al guerrero —. ¿Puedes darme el pack de memoria?

El de Khrower, se sintió extrañamente amable. Tonto. Un impulso de voluntad forzada, le ordenaba que se lo diese.

—Pues claro, con gusto —dijo y de su frente extrajo un compartimiento, en el cual había un objeto extraplano y rectangular. —Téngalo.

El tipo, con dos dientes que le sobresalían de la boca, sonrió con una mueca extraña, tomó el objeto y lo miró.

—Afirmativo —dijo al resto de clones.

—Eliminen al puto mercenario.

Uno de los iguales, se acercó con una ballesta de flechas de titanio, apuntó y disparó rápidamente. La saeta se clavó en el pecho de Hildan... Se escuchó un extraño ruido y algo chisporroteó. Una descarga eléctrica convulsionó el cuerpo del guerrero y cayó al lado.

—¿Qué ha pasado? —dijo el ejecutor extrañado.

Después, los acontecimientos se aceleraron... Hildan ya estaba de pie, antes de que los clones se percataran de ello. Del peto donde estaba clavada la flecha, caían trocitos de cristales.

—¡Bastardos, me habéis jodido el Cristal! —gritó enfurecido con la razón recuperada y su espada se puso a trabajar... De dos movimientos rapidísimos, sendas cabeza volaron segadas. A continuación se impulsó y dio una voltereta por el aire. El resto de clones se quedó mirando, atónito, como el guerrero giraba, pasando sobre ellos y aterrizaba medio incorporado a sus espaldas.

Los tres iguales se movieron como si estuvieran borrachos y después cayeron al suelo, muertos y

manando un reguero de sangre espesa que iba manchando la tierra.

Hildan se alzó y contempló fascinado el filo rojo oscuro de la espada.

«Qué bien queda...», pensó. «Pero ahora me he quedado sin caballo, y sin el Cristal... Hay que joderse». Se desclavó la saeta y terminó de quitarse los restos del Cristal.

* * *

Escuchó un graznidos. Miró hacia arriba y vio un pájaro negro. Detuvo el caballo.

—¡Oh, no! —exclamó dando una palmada.

El pájaro dio varias vueltas en círculo y a continuación, descendió hasta él, posándose en un hombro.

—¡Está bien, está bien! Cumpliré mi promesa —dijo resignadamente mientras cogía el pergamino del pico del mensajero negro.

Aquella señal, era ya de por si bastante manifiesta. No debía de quebrar el pacto con el muerto... Pero bueno... Por el camino podría divertirse un rato... Oh, sí.

Puso rumbo a Malyakor.

El pájaro alzó el vuelo y mientras ascendía, graznó: Luzmila Veldenum, Luzmila Veldenum, Luzmila Veldenum.

—¡Vale! ¡No me olvidaré del nombre!



Furia Berserker

Y he visto más debajo del sol: en el lugar del derecho está la iniquidad; y en el lugar de la justicia, la injusticia. Me dije: Dios juzgará al justo y al criminal, porque hay un tiempo para cada cosa y para cada acción aquí.

Eclesiastés 3:16-17

Año de Nuestro Señor 1.327

La columna de humo que se elevaba detrás de las copas de los árboles ennegrecía el cielo moteado por las primeras sombras de la noche. Con expresión pétrea, el germano observó la colina, intentando calcular la distancia que lo apartaba del incendio. Según sus mapas, aquella zona del bosque de Windsor estaba vacía; le restaban tres jornadas para alcanzar la aldea más próxima. Una punzada de desconfianza lo hizo estudiar la vegetación con detenimiento; todo estaba demasiado tranquilo dadas las circunstancias. ¿Qué podía hacer? No quería arriesgarse a que, en el caso de que las llamas se propagaran, verse atrapado entre la espada y la pared. Por otra parte, era imposible que el bosque ardiera solo; aquel fuego era obra de seres humanos. De inmediato, clavó los talones en los ijares del caballo y se lanzó hacia su objetivo. Rápidamente, cruzó una planicie bordeada por pinos de gran tamaño. La brisa otoñal le golpeó el rostro y le hizo fruncir el entrecejo: estaba demasiado familiarizado con el hedor a muerte para no reconocerlo. Conforme ganaba terreno, revisó de memoria el equipo que había adquirido en Londres semanas atrás: el arco de cinco pies de longitud, era más potente y con mayor alcance que los que había utilizado jamás; las saetas de penachos negros y puntas de hierro; y la aljaba de avellano sin adornos de ninguna clase. Los cascos del animal aplastaron la hierba, resonando entre la foresta perlada de ecos y sombras. La ladera se volvió más escabrosa y lo obligó a tomar precauciones; una rama oculta en el camino podría provocarle una caída.

Como de costumbre, Stark estaba preparado para entrar en combate. Aunque no tenía motivos para desconfiar de aquellas tierras, prefería vigilar su espalda en la medida de lo posible; cualquiera podría matarlo de un flechazo traicionero para apoderarse de su bolsa. De hecho, su sexto sentido de soldado le advertía de que el peligro acechaba por los alrededores; no hubiera llegado tan lejos si no fuera capaz de percibir el mal. Se internó entre los árboles, dispuesto a desenvainar el mandoble que le colgaba de la cadera cuando fuera necesario. La vegetación lo circundó, ocultando el brillo crepuscular del sol. Avanzó entre los claroscuros del bosque, pendiente de cada recodo del terreno. El olor del humo era cada vez más fuerte; una desagradable mezcla de madera húmeda y carne quemada. Con los nervios contraídos por la tensión, descendió por un sendero que culebreaba entre los pinos.

En su fuero interno, estaba seguro de que la providencia le deparaba una desagradable sorpresa. El germano detuvo a su montura: huellas recientes horadaban el suelo removido. Sus sospechas se acrecentaron; un grupo a caballo, de unos diez o quince jinetes, había pasado por el mismo lugar hacía escasas horas. Una extraña inquietud le encogió el corazón; al parecer aquel condado de Inglaterra no era tan pacífico como pensaba.

Finalmente, traspasó la barrera de árboles y se dio de bruces con una escena de pesadilla. Una pequeña cabaña había sido consumida por el fuego. Alrededor, cuerpos masacrados, tendidos en agónicas posturas. El animal intentó retroceder, pero Stark apretó las bridas con fuerza. De mala gana, dejó el bosque atrás y penetró en la colina, impulsado por la mano férrea de su dueño. Con una mirada furiosa, el germano analizó su entorno, percibiendo señales de destrucción y saqueo. Descendió de su corcel, le dio unas palmadas en el cuello para tranquilizarlo y ató las riendas a un tocón derribado. Con la espada en la mano, colmado por un odio horriblemente familiar, se dirigió a la morada consumida por las llamas. Al pasar junto al cadáver de un niño, unos cuervos levantaron vuelo y abandonaron el cuerpo, graznando sonoramente. Stark blasfemó entre dientes. Aquellos indeseables comensales ni siquiera tenían la decencia de esperar a que se enfriara su sustento. El muchacho, de unas ocho primaveras de edad, tenía la cara interna de los muslos manchada de sangre, y el cuello abierto hasta la columna vertebral. La rabia le causó un nudo en las entrañas y le arrebató el aliento. Con el rostro convertido en una máscara de piedra, sorteó la cerca que rodeaba el hogar y se aproximó a la parte delantera del mismo. En mitad del camino, una joven yacía de costado; la flecha que le traspasaba el vientre le había salido por la espalda. El germano echó un vistazo al cobertizo destruido por las llamas; los cuerpos abrasados de los carneros y las ovejas sobresalían entre las vigas y las paredes humeantes. A la derecha, atado a un pino joven, descubrió a un hombre despellejado a latigazos. Cuando tuvo la seguridad de que no sufriría ningún ataque, guardó el arma dentro de la vaina y examinó las facciones del cadáver. Se trataba de un individuo de mediana edad, de rasgos nobles y elegantes; algo difícil de ver por aquellas tierras. Las terribles heridas que le laceraban el cuerpo atestiguaban que no había cedido en ningún instante: sus verdugos tuvieron que esforzarse para arrebatarse el último aliento.

Con la boca seca, Stark retrocedió para reconocer el terreno desde una perspectiva más amplia. La ceniza le hacía lagrimear los ojos y le impedía ver con claridad. El aire era abrumador y caluroso. ¿Quiénes eran aquellos infelices? Tenía la impresión de que se ocultaban de algún adversario: aquella zona estaba demasiado aislada en las profundidades del bosque; nadie en su sano juicio viviría allí sin tener un motivo de peso. Nubes oscuras ensombrecieron la bóveda celeste y ocultaron los rayos menguantes del sol. Podía imaginar los hechos: la cabaña había sido asaltada por jinetes armados; las víctimas, sorprendidas y en inferioridad numérica, no pudieron ofrecer resistencia; primero cayó la mujer; más tarde apresaron al hombre, que tuvo que presenciar como violaban y degollaban al niño ante sus propios ojos; por último, después de arrancarle la vida mediante la tortura, prendieron fuego a su humilde propiedad. La bilis le inundó la garganta al recrear la impotencia de aquel individuo en su mente: lo más doloroso que podía pasarle a una persona era perder a los seres amados y no poder hacer nada por evitarlo. El germano conocía esa emoción de memoria: nada había sido igual desde

que la Orden del Temple fue aniquilada por el Santo Oficio. Las viejas cicatrices de los remordimientos, las mismas que acarrea en su alma desde hacía una eternidad, parecieron segregarse en su interior. Deprimido, se obligó a apartar la vista de la cabaña y contempló las huellas de los caballos: éstas descendían hacia el sudoeste, en dirección a Bracknell. Según sus cálculos, si los jinetes avanzaban a buen ritmo, llegarían a la ciudad en menos de una semana. ¿Qué podía haberlos conducido hasta aquel lugar alejado de la mano del Señor? La casualidad quedaba descartada de inmediato: los proscritos no se molestaban en recorrer tanta distancia para conseguir botín; preferían viajeros incautos con oro en los bolsillos. Podía afirmar sin miedo a equivocarse que alguien había enviado a los asaltantes a exterminar a aquella familia. No quedaban más opciones; el sadismo que habían mostrado con el marido era una prueba irrefutable. Había una historia tras la matanza y necesitaba descubrir la verdad, de lo contrario, no tendría la conciencia tranquila.

Su montura pastaba ajena al horror que asolaba la cima de la loma. Stark envidiaba su despreocupación; tenebrosos fantasmas le roían el espíritu y era incapaz de evitarlos. La imagen de la Sede de los Caballeros de Dios, la noche que Guillermo de Nogaret y sus hombres apresaron al Maestre Jacques de Molay, se superpuso sobre la cabaña incendiada. Podía ver a sus hermanos ahorcados en las almenas y saeteados en el patio, cristianos valerosos y decentes que merecían mejor suerte que morir como animales, asesinados sin juicio previo por los soldados del rey de Francia. Una tristeza informe lo invadió con su manto tenebroso; había perdido la esperanza desde aquel día. Jamás, a pesar de sus mejores intentos, pudo recuperarla; el vacío que inundaba su corazón le era imposible de llenar. Aquella pesada losa de plomo sobre su conciencia amenazaba con aplastarlo. Por ello era un asceta y un amargado; no encajaba en ninguna parte y sus viajes interminables por el mundo no lo auxiliaban a encontrar el olvido. Le esperaba otra noche de insomnio en la que no podría conciliar el sueño. Por mucho que quisiera no conseguía olvidar el pasado. Wolfgang sintió como las lágrimas le descendían por el rostro: lamentaba profundamente la muerte de aquellas personas.

* * *

El germano descendió la loma en silencio. Sus pasos apenas producían sonido al aplastar las hojas secas esparcidas por los suelos. Se detuvo detrás de un árbol y estudió su entorno. Enfrente, a unas doscientas yardas, brillaba una enorme hoguera. Apretó el puñal y continuó adelante; no parecía haber centinelas por los alrededores. Una corriente de aire helado meció las copas de los pinos y propagó sonidos intranquilizadores por el bosque. A sus oídos llegó el sonido de las conversaciones y las risas; los jinetes estaban celebrando su infame acción. Un escalofrío de odio lo estremeció de la cabeza a los pies y sus ojos atormentados brillaron con la locura propia de un fanático; Dios le había asignado la labor de acabar con aquellos inicuos y pensaba cumplirla a rajatabla. Su figura se fundió con las sombras omnipresentes que lo circundaban. Cualquier hombre, de haberlo visto, hubiese retrocedido ante su presencia. El calor de las llamas aumentó; apenas le quedaban unos metros para poder espiar a sus enemigos sin ser visto. Al llegar al límite del claro, se agazapó detrás de un tupido seto con los músculos del cuerpo rígidos. La sed de venganza que lo embargaba era tan intensa que amenazaba con ahogarlo. Jamás entendería porque continuaba actuando como un Caballero de Cris-

to; habían transcurrido decenios desde que se transformó en un mercenario para sobrevivir, pero su deseo de justicia seguía siendo igual de poderoso, o incluso más, que antaño.

Stark contempló el campamento con una mirada gélida. Un grupo de individuos armados descansaba alrededor de las llamas. El reflejo del fuego irradiaba tanto a los hombres como a las monturas. No le fue difícil reconocer a los soldados de la Corona: el blasón de Windsor era inconfundible. La sorpresa lo dejó con la boca abierta: encontrarse con la guardia de Eduardo III era lo último que se le hubiera pasado por la cabeza. El germano recordó las historias que corrían por el mercado de Londres de boca en boca: el Parlamento había obligado a abdicar al rey Eduardo II a principios de año. La opinión popular dictaminaba que la administración de éste había sido un caos durante mucho tiempo: los nobles se sublevaban constantemente y había permitido que Roberto I de Escocia lo venciera en la batalla de Bannockburn. Por otra parte, las intrigas palaciegas de Isabel de Francia y su amante, Roger Mortimer, habían acelerado su caída. Hasta el Papa Juan XXII y el hermano de “La Loba”, Carlos IV, se prestaron a intervenir el año pasado en la invasión del país. Una mueca de repugnancia recorrió las facciones del germano: nada había cambiado durante su larga peregrinación por Oriente; Europa continuaba dividida y gobernada por seres repugnantes y amorales. De hecho, de forma indirecta, había atentado contra la Corona antes de embarcarse en su largo viaje. Uno de los antiguos consortes de la reina Isabel, el bucanero Michael Oldcastle, había muerto gracias a sus órdenes. El nuevo monarca debía de ser un títere colocado en el trono por su propia madre. El amante de Isabel de Francia gobernaba Inglaterra en aquel momento; pensar lo contrario sería una estupidez. Mortimer se había tomado muchas molestias en enviar a sus tropas tan lejos para aplastar a una familia indefensa. Debía averiguar porqué.

Uno de los soldados se levantó del suelo y orinó sobre la hoguera. Sus compañeros lanzaron estruendosas carcajadas y se pasaron los pellejos de vino. El antiguo caballero templario tuvo la tentación de abalanzarse sobre él y decapitarlo. Le hubiera encantado ver las expresiones de sus oponentes mientras el cadáver se derrumbaba como un surtidor de sangre. A duras penas, controló sus instintos asesinos y continuó estudiando a la Guardia Real. Interiormente, prometió que ninguno de aquellos individuos lograría llegar al castillo de Windsor. El soldado regresó a trompicones al lugar donde había estado bebiendo. Uno de los hombres que pululaba cerca del carnero que se asaba encima de las llamas en un espetón cortó un trozo de carne con una daga y se lo tendió obsequiosamente.

—¡Tomad capitán! —exclamó—. ¡Necesitáis recobrar fuerzas!

—Gracias, John —hipó su superior con voz de borracho—. Cuando lleguemos al cuartel seréis ascendido de inmediato.

Sus camaradas lanzaron carcajadas burlonas ante la ironía de su superior y volvieron a jugar a los dados.

—¡Sois un idiota! —gruñó—. Sólo intentaba ser amable con vos.

—Lo habéis sido, soldado. Por ello no tendréis que recoger las boñigas de mi caballo durante todo el camino. Pero la próxima vez que me faltéis el respeto no seré tan benévolo. ¿Entendido?

El hombre inclinó la cabeza, derrotado.

—Sí, capitán Lionel.

—¡Perderos de mi vista!

El germano analizó al capitán de la guardia. Éste tenía el peto manchado de vino y las calzas estaban a punto de estallarle debido a la voluminosa barriga. Llevaba barba y tenía el pelo largo y grasiento. El resto de los soldados tampoco presentaban mejores condiciones que su superior. En realidad, más que hombres de la Guarida Real, parecían asaltantes de caminos de baja estofa. Mortimer seleccionaba a individuos que estuvieran a su altura para realizar los trabajos sucios, sin duda alguna. Aunque no conociera a la familia, estaba decidido a vengarla; no podía permitir que aquel espantoso crimen quedara impune. Stark tenía las manos manchadas de sangre; matar a aquellos cerdos no significaría ninguna diferencia. Metódico, contó el número de hombres y de monturas, las armas y provisiones que disponían. Cuanto más supiera de ellos, mejor. Pensó en aguardar a que se quedaran dormidos y, en mitad de la madrugada, pasarlos a cuchillo uno tras otro. Al ritmo que estaban bebiendo, dudaba que ninguno pudiera darle problemas, pero aquello le pareció demasiado misericordioso. Primero debían sufrir y sentirse culpables, experimentar el horror en sus propias carnes y suplicar clemencia al Señor; era lo mínimo que podían hacer antes de consumirse en las llamas del infierno. El germano dio la media vuelta y abandonó el campamento sin sonido alguno. El bosque pareció cobijarlo con su manto y desapareció en la oscuridad como un espectro.

* * *

La tropa de hombres armados cabalgaba por la foresta como una procesión fúnebre. Los rostros pálidos y ojerosos, de expresiones exhaustas y deprimidas, eran la prueba perfecta de que las últimas jornadas habían sido una pesadilla. Atemorizados, contemplaban los pinos con recelo; todos tenían los nervios de punta. De los catorce hombres que habían partido del castillo de Windsor sólo quedaban ocho. El capitán Lionel avanzaba a la cabeza de la columna, empapado de sudor y preso de temblores incontrolables. Había bajado significativamente de peso y su antigua arrogancia había pasado a la historia. En lo alto, a través de las frondosas copas de los árboles, el sol declinaba por momentos. Un escalofrío recorrió a los hombres de la guardia: la noche se avecinaba con sus promesas de horrores y destrucción. Hacía tres días que venían siendo atacados por un enemigo invisible. Sus compañeros se habían desvanecido en las profundidades del bosque sin dejar rastro. Cada noche, por muchas precauciones que tomaran, las bajas aumentaban sin cesar. Habían organizado batidas intentando localizarle, pero todas resultaron infructuosas y no arrojaron luz sobre las misteriosas desapariciones. Tampoco habían encontrado huellas de ningún tipo; comenzaban a pensar que se trataba de un fantasma.

Tropezaron con el primer cadáver a un kilómetro de uno de los campamentos que montaban para pernoctar. El soldado estaba atado a un árbol y tenía todos los huesos rotos: una terrible expresión de sufrimiento le recorría el rostro transido por el dolor. El segundo cuerpo no presentaba mejor aspecto: colgaba por los pies de una rama y estaba brutalmente despellejado. A partir de ese momento los jinetes fueron incapaces de conciliar el sueño: ninguno quería ser víctima de aquel espantoso destino. Al día siguiente, a pesar de los turnos de guardia, hallaron el tercer cadáver cerca de los caballos. Dos flechas habían terminado con su vida: una en la garganta y otra en el esternón. Impotentes, los soldados discutieron y maldijeron el bosque; aquellos salvajes ataques eran obra del mismísimo Satanás. Algunos empezaron a santiguarse y a orar entre dientes; tenían la esperanza de que el Señor fuera

misericordioso ante una fe recién descubierta. Todo fue en vano; aquella misma tarde encontraron a John en un recodo del camino; su cabeza estaba clavada en una pica. La cólera fue reemplazada por el pánico; un miedo difícil de describir con palabras; un terror que paralizaba los músculos y helaba el espíritu.

Todos se miraban entre ellos y se preguntaban cuál sería el próximo en caer. Aquella noche estuvo exenta de risas y diversión; el bosque les resultaba amenazador hasta límites insoportables. La idea de que, oculto entre los árboles acechara un demonio dispuesto a acabar con ellos, les ponía la carne de gallina y les encogía el estómago. A la mañana del tercer día, ante sus propias narices, en el linde del claro, apareció otro de sus compañeros. Éste tenía la cara ennegrecida, el cuello alargado y las tripas esparcidas alrededor de su cuerpo. El capitán Lionel rompió a llorar e imploró clemencia Divina. Aquella locura tenía que ser una maldita pesadilla: sus hombres no merecían ser masacrados de un modo tan cruel. Temblando, ordenó a uno de los soldados que vigilara a los corceles y salió con sus hombres a peinar el bosque. El centinela protestó, pero se mostró inflexible; de no encontrarlo morirían todos. Horas más tarde regresaron abatidos, empapados de sudor y con las manos vacías. El guardia no había terminado su turno: yacía sobre la maleza con una saeta hundida en el ojo derecho. Desesperados, subieron a sus monturas y galoparon colina abajo como posesos. Una liebre incauta quedó aplastada bajo los cascos de los caballos. Todos tenían el mismo pensamiento: escapar de aquel lugar maligno y salvar la piel. Un grito estremecedor se alzó al final del grupo. Uno de los hombres se desplomó del corcel y fue arrastrado varios metros hasta que lograron detener al animal. La conclusión fue tan obvia como mortífera: la flecha que le sobresalía por la espalda dejaba poco a la imaginación.

Horas más tarde, cuando las tinieblas cubrieron la tierra con su manto, la Guardia Real continuaba nerviosa. Miraban los pinos con desconfianza y apretaban las armas afiladas. En la bóveda celeste, la luna propagaba una iluminación tenue y mortecina. El miedo y la indecisión corroían los espíritus de los jinetes. Empezaban a perder la esperanza de salir con vida de aquel bosque embrujado. La brisa nocturna agitó las llamas de la pequeña hoguera que les servía para entrar en calor. Ninguno tenía ganas de comer o de beber. Un estado de apatía absoluta invadió a los soldados: sólo era cuestión de tiempo que le tocara al siguiente; de nada servía posponer lo inevitable. El sonido de las bestias nocturnas y el crujido de las ramas de los árboles eran angustiantes. Maldecían a Mortimer por haberlos enviado a aquella misión suicida. En un principio, todo había salido a pedir de boca; exterminar a la familia fue tan sencillo como placentero. Después todo se torció de manera espantosa; los estaban masacrando uno a uno y no podían hacer nada por evitarlo. Su adversario no concedía cuartel y mucho menos piedad. Cualquier distracción o negligencia, por mínima que fuera, era pagada con la muerte. Poco a poco, la fogata se convirtió en un puñado de ascuas moribundas. Ninguno se molestó en avivar el fuego; abandonar el perímetro del campamento para buscar leña significaba jugarse el cuello sin necesidad. Lionel se arrebujó en sus pesadas pieles y observó las estrellas lejanas. Un escalofrío le puso la carne de gallina: tenía la sensación de que unos ojos implacables lo estudiaban desde la penumbra. Agitó la cabeza e intentó apartar aquellos pensamientos de su mente; nadie sería lo bastante loco como para atacarlo. Nervioso, luchó por encontrar una posición más cómoda sobre el duro suelo. Con un poco de suerte podrían alcanzar la seguridad de Bracknell en una jornada de viaje. El capitán tenía la intención de abandonar su cargo y no volver a vestir uniforme jamás; aborrecía su

carrera militar y los crímenes que había cometido. Había sido un mal cristiano y el Todopoderoso lo había castigado haciéndolo pasar por aquella prueba. Ahora lo veía todo claro: no volvería a beber y asistiría a la Iglesia todos los domingos. Se acabaron los juegos de azar y los pecados de la carne. Lionel creía que era el momento de dejar el pasado atrás y empezar una nueva vida. La hoguera se apagó y sumió el campamento en una oscuridad absoluta. Entonces, cuando menos lo esperaba, unos dedos de hierro se cerraron sobre su boca. Éste quiso dar la voz de alarma, pero la presa que le inmovilizaba la mandíbula era demasiado fuerte. Sintió un golpe en la parte posterior del cráneo y el universo estalló en un millar de luces iridiscentes antes de sumirse en el olvido.

* * *

Cuando el capitán de la guardia recuperó el sentido lo primero que experimentó fue un terrible dolor de cabeza. Le palpitaban las sienes y tenía la boca pastosa. Un hilillo de sangre seca le descendía por el cuello y le manchaba la camisa. Sus ojos divagaron en la oscuridad y se posaron sobre una pequeña fogata que apenas propagaba humo. La sorpresa y el miedo estuvieron cerca de paralizarle el corazón: había descubierto su propia espada sobre las ascuas al rojo vivo. La cruda realidad lo despejó como un jarro de agua fría: estaba atrapado e indefenso lejos de sus tropas. Intentó escapar, pero las cuerdas que le envolvían las muñecas y los tobillos cercenaban la carne igual que cuchillas. Luchó contra las ligaduras hasta que el agotamiento lo obligó a abandonar sus propósitos; necesitaría un milagro para romperlas. El sudor le descendió por el rostro y lo encegueció durante unos angustiosos segundos. El llanto se le agolpó en la garganta y emitió un gemido de horror primigenio. Hizo todo lo que pudo por tranquilizarse. La mordaza que le rodeaba la boca apenas le permitía respirar; terminaría ahogándose como un idiota. Nervioso, estudió su entorno: paredes de piedra, olor a humedad, silencio sepulcral roto por el crepitar de las llamas. Estaba en una gruta de buen tamaño, de ello estaba seguro; los ecos producidos por su propia respiración parecían reverberar hasta el infinito. Ahora lo comprendía todo: no habían encontrado rastro alguno de sus hombres porque fueron torturados y aniquilados en un lugar seguro. La revelación le produjo una arcada de pánico. La bilis le cubrió la boca y lo dejó sin aliento en los pulmones. Sabía que estaba a punto de correr la misma suerte que sus soldados asesinados.

Una voz gélida surgió de las tinieblas:

—Buenas noches, capitán Lionel.

Éste lanzó una imprecación para sus adentros: ¿Cómo demonios podía saber su nombre y su rango militar?

La voz continuó:

—He de haceros unas preguntas —dijo—. Si vuestras respuestas me complacen os prometo que tendréis un final rápido y sin sufrimiento.

Lionel escrutó la oscuridad sin lograr distinguir a su invisible interlocutor. ¿Había oído bien o todo era producto de su imaginación?

—Si sospecho que tratáis de engañarme lo lamentaréis —explicó—. Lo que habéis visto en el bosque no será nada comparado con lo que pienso haceros. He aprendido los métodos de la Santa

Inquisición y pudo considerarme un discípulo aventajado. —Guardó silencio un instante—. Asentid con la cabeza si me habéis comprendido.

El capitán de la guardia obedeció sin rechistar: valoraba demasiado su pellejo como para llevar la contraria.

—Voy a quitaros la mordaza. Si os atrevéis a pedir socorro os cortaré la lengua. ¿Ha quedado claro?

Lionel volvió a asentir. Aquella voz le ponía los nervios de punta; prometía dolor, sufrimiento y muerte. Escuchó como el desconocido se ponía en pie y rodeaba el fuego. No se atrevió a seguirlo con la mirada: tenía miedo de lo que podía ver. Una hoja metálica le rozó la nuca y la mordaza cayó al suelo. Aliviado, el capitán respiró hondamente; la pesada atmósfera de la caverna hubiese podido asfixiar a cualquiera. Distinguió el olor inconfundible de un caballo: al parecer su enemigo era de carne y hueso, no un espectro. El odio venció a la cobardía y al pavor: hubiera dado cualquier cosa por poder acabar con su oponente. La quietud de la gruta lo hizo olvidar la incomodidad que le producían las piedras que se le hundían en la espalda; tanto silencio no presagiaba nada bueno. Entrecerró los ojos, intentando distinguir a su enemigo, pero las sombras lo ocultaban a la perfección.

La voz inquirió con sequedad:

—¿Por qué Mortimer os envió a asesinar a la familia que vivía en el bosque?

Lionel volvió a quedarse sin aire en los pulmones: era imposible que aquella información hubiera llegado fuera de palacio. El miedo lo obligó a tratar de escurrir el bulto.

—No sé a qué os refe...

Escuchó un sonido seco: un puñal vibraba a escasos centímetros de su nariz.

—Mi paciencia tiene un límite y vos empezáis a sobrepasarla —gruñó—. La próxima vez os quedaréis sin vuestra virilidad.

El capitán de la guardia palideció ostensiblemente. Tenía los ojos llenos de tierra. La voz restalló como un latigazo:

—¡Responded!

—Según Mortimer el hombre pertenecía indirectamente a la nobleza —confesó de mala gana—. Era un hijo bastardo de Eduardo I. Un estúpido deslíz que mantuvo durante su juventud antes de casarse. La reina no quiere correr el riesgo de que un advenedizo pueda reclamar el trono en cualquier momento. Por ello convenció al mariscal para que nos enviara a eliminarle.

La voz no parecía convencida:

—¿Un vástago ilegítimo de Zanuquilaro? —preguntó desdeñosamente—. ¿Acaso en estos tiempos cualquier imbécil tiene derecho a reclamar la Corona por llevar unas gotas de sangre azul en las venas?

Lionel replicó:

—Al parecer era fruto de una de las hijas de Luis IX de Francia. Vivió en secreto en Inglaterra sin que nadie supiera de su existencia hasta hace unas semanas. Eduardo II, al igual que su padre, mantenía tratos con el bastardo desde hacía décadas. Lo más probable es que se lo confesara a la reina antes de ser ejecuta...

La voz inquirió con aspereza:

—¿Qué diablos habéis dicho?

El capitán se mordió los labios: había hablado más de la cuenta.

—Tengo entendido que el rey fue asesinado hace poco tiempo —admitió—. Es lo que se rumorea por el palacio. No puedo afirmarlo con seguridad porque no estuve presente.

La voz fue fría como el hielo:

—¿Y cómo es posible que una basura como vos tenga tanta información sobre esta historia?

Las palabras del desconocido hirieron el orgullo propio de Lionel.

—Uno de mis soldados pertenece a la guardia del castillo de Berkeley —masculló—. ¿Necesitáis más detalles al respecto?

—Por supuesto.

El capitán no fue consciente del sarcasmo de su captor.

—El rey fue empalado por el culo con una espada al rojo vivo —rezongó—. Al parecer la reina no quería señales de tortura en su cuerpo que pudieran delatar su ejecución. Eduardo II, a pesar de ser un monarca mediocre, no merecía un destino tan horrible.

—No me lo puedo creer —dijo la voz con un matiz de humor tan negro como el infierno—. Resulta que poséis algo remotamente similar a la conciencia.

Lionel sintió como la sangre se le helaba en las venas: las palabras habían sido tan cortantes como el hacha de un verdugo.

—Estoy al corriente de los crímenes que habéis cometido —repuso—. Vuestros hombres me contaron la verdad antes de abandonar este valle de lágrimas. Sé que disteis la orden de azotar al hijo de Zanquilargo hasta la muerte. Os gusta hacer sufrir a los demás, ¿no es cierto? Por ello violasteis y degollasteis al muchacho. No fue suficiente con exterminar a sus padres y prender fuego a su hogar. También tuvisteis que saciar vuestras degeneradas apetencias para disfrutar del trabajo que os habían encomendado.

—Yo no...

Su captor lo interrumpió con aspereza.

—Por norma no suelo utilizar la crueldad para conseguir mis fines —puntualizó—. Vuestros hombres perecieron como cerdos que eran y no me arrepiento de haberlos mutilado. El Señor ha guiado mis actos y tengo la conciencia a salvo de cualquier remordimiento. Ahora os toca el turno a vos y debo confesar que os engañé desde el principio. Voy a tomarme mi tiempo para que vuestra agonía sea larga y dolorosa. Es lo mínimo que merecéis por vuestras acciones.

El capitán de la guardia empezó a llorar de puro terror: sabía que no saldría con vida de la caverna. Sintió como su captor se aproximaba lentamente.

—En un principio pensaba utilizar vuestro propio acero para torturaros, pero gracias a la información que me habéis proporcionado, me parece mejor idea que compartáis el destino del rey. Nadie podrá decir que no fuisteis un siervo leal a la Corona...

* * *

El campamento hervía de excitación. Los hombres de la guardia, al comprobar que su capitán había desaparecido, estuvieron a punto de perderse en el bosque. La razón venció al pánico a duras penas: todos sabían que tendrían más posibilidades de sobrevivir si continuaban juntos. Algunos propusie-

ron salir a buscar a su superior y dar caza al enemigo, pero, después de discutirlo detenidamente, llegaron a la conclusión de que sería una pérdida de tiempo. Ninguno quería arriesgar el pellejo por su superior; que se pudriera en el infierno con tal de que a ellos no les pasara nada. Desde el cielo, la luna llena irradió los troncos de los árboles y la vegetación misteriosa. En breve amanecería y podrían abandonar volver a casa. De improviso, descubrieron que no estaban solos. La sorpresa paralizó a la Guardia Real. Detrás de la fogata, en un rincón a oscuras, los contemplaba un individuo. Un escalofrío de miedo les erizó los poros de la piel: ignoraban cómo podía haberse materializado en el claro sin que ninguno de los centinelas lo hubiese visto. ¿Acaso era el espectro que los había exterminado como a perros rabiosos? El centelleo de una espada los hizo buscar sus propias armas con manos febriles. Uno de los soldados se adelantó a sus camaradas y se aproximó a la aparición. Ésta vestía túnica azabache y cota de malla, botas oscuras hasta las rodillas y capa de cuero negra. Sus ropas estaban sucias de polvo y sangre seca. En el rostro pálido, de rasgos angulosos y mandíbula cuadrada, destacaban dos ojos grises llenos de cólera. En su mano, empuñado con fuerza, llevaba un mandoble de temible aspecto. El soldado reculó: tenía la impresión de estar observando a Lucifer en persona. Los demás miembros de la guardia abandonaban sus posiciones con las armas por delante. De la figura emanaba un odio tan avasallador que casi resultaba palpable. La atmósfera estaba cargada de violencia contenida y promesas de muerte. Uno de los hombres gritó con todas sus fuerzas:

—¡Matadlo!

El antiguo caballero templario desenfundó el puñal y lo arrojó hacia al individuo más cercano. El acero resplandeció en el aire y se hundió en el pecho de su adversario. El soldado lanzó un grito y se derrumbó hecho un guiñapo. La Guardia Real blasfemó y se lanzó al ataque. El germano esquivó un hacha y destripó a su oponente; intestinos burbujeantes se desparramaron por los suelos. Acto seguido, apartó el cadáver de un empujón y se abalanzó sobre otro soldado. Las espadas entrechocaron y soltaron chispas azules y amarillas. Stark introdujo el arma en el hueco del brazo de la coraza de su enemigo y le taladró el corazón. De inmediato, saltó hacia la izquierda y dejó caer el mandoble de arriba abajo; un brazo saltó por los aires junto a un reguero púrpura. Un aullido de dolor se alzó sobre las respiraciones agitadas, el estruendo del metal y los cuerpos en movimiento. Un cuchillo le arañó la sien y una hoja afilada le mordió el brazo hasta el hueso. El germano retrocedió trazando un semicírculo defensivo a su alrededor. Las nubes sumieron la arboleda en una oscuridad momentánea. Uno de los soldados perdió el equilibrio y se desplomó con un chillido de terror. La hoja de Stark trazó un arco centelleante y le separó la cabeza de los hombros. El manantial de sangre que escapó de la espantosa herida chisporroteó al salpicar el fuego. Los hombres de la guardia lo rodearon. La luna volvió a despuntar en el cielo y alumbró el campamento lleno de cadáveres. El germano levantó la punta del arma y analizó a sus antagonistas fríamente. Estaba empapado de sudor y la herida le sangraba sin cesar. Trazando un molinete con el mandoble, lo descargó sobre el individuo situado a su diestra. La estocada le abrió el cráneo hasta el mentón. Antes de que el cadáver llegara al suelo, se volvió como un relámpago y detuvo una violenta acometida. Stark rechinó los dientes y deslizó el arma hasta la cruz de la espada de su adversario. Ambos forcejearon, cuerpo a cuerpo, intentando romper la guardia del otro. El germano vislumbró una sombra detrás de su espalda y se echó a un lado. Su instinto de luchador le salvó la vida; la lanza dirigida a sus riñones se hundió en la tripa de

su oponente. El soldado escupió un borbotón escarlata por la boca y miró a su compañero con ojos llenos de asombro. Stark no le dio la oportunidad de recuperarse de su error. El mandoble se le hundió en la nuca saliéndole por el cuello; no valía la pena mostrar honestidad en combate con aquellos malnacidos.

Exhausto, el antiguo caballero templario bajó el arma y se esforzó en recuperar el aliento. Había sido una lucha sucia y feroz, basada en la supervivencia más elemental; le dolían todos los músculos del cuerpo. Contempló los cadáveres con asco: los animales salvajes del bosque tendrían trabajo que hacer. Por primera vez en mucho tiempo se sintió en paz consigo mismo: haber cumplido la labor que el Todopoderoso le había asignado aliviaba su conciencia. Nerviosos, los corceles pisoteaban el suelo y tiraban de las riendas; la matanza no los había dejado indiferentes. El germano no se molestó en tranquilizar a los animales: tenía cosas más importantes por las que preocuparse. Uno de los soldados agonizaba con el brazo amputado por encima del codo. A pesar de la pérdida de sangre, continuaba aferrándose a la vida con una tenacidad digna de admiración. Imperturbable, Stark rodeó lo que restaba de la hoguera y se aproximó al moribundo. Éste acertó a suplicar con los ojos colmados de lágrimas:

—Piedad... —musitó—. ¡Por el amor de Dios!

La espada descendió y le perforó la garganta. El soldado emitió un borboteo y expiró con horribles contracciones. El germano no experimentó remordimiento alguno: la imagen del hogar pasto de las llamas no se le borraba de la memoria; todos habían pagado sus pecados con la muerte. La satisfacción que experimentaba desapareció lentamente: apenas había descansado o comido durante las últimas jornadas. Se frotó el rostro y se dio cuenta de que necesitaba contener la hemorragia cuanto antes. Se inclinó y le quitó el cinturón al hombre que acababa de aniquilar. Después, se hizo un torniquete alrededor del brazo y detuvo la pérdida de sangre. Podía considerarse dichoso: había exterminado a siete hombres sin sufrir ningún percance digno de consideración. Una sonrisa amarga, la primera que esbozaba en meses, le afloró a los labios; el Altísimo se encargaba de proteger a sus siervos. La idea de no poder conocer el descanso lo angustiaba: estaba cansado de ser un instrumento de probidad Celestial. Levantó la cabeza y vislumbró la luna llena; la soledad y el desánimo pesaban sobre su espíritu. Limpió la espada en la camisa de uno de los cadáveres y la introdujo en la vaina con un chasquido metálico.

El amanecer se aproximaba por el horizonte. Debía regresar a la seguridad de la caverna, junto a su caballo, lejos del caos que había causado. Necesitaba dormir y recuperar fuerzas. Suerte que se había desembarazado del cuerpo del capitán Lionel antes de dirigirse al campamento de la Guardia Real; no le apetecía ver el cadáver con una espada introducida en el recto hasta la empuñadura. Una súbita sensación de autoaborrecimiento le produjo una punzada en el pecho: no era mejor persona que los hombres que había asesinado. ¿En que clase de individuo lo habían convertido las contriciones que acarreaba sobre su alma? Siempre se había considerado un soldado, no un monstruo. Había actuado igual que el Santo Oficio para lograr sus objetivos: violenta y sádicamente. Aunque quisiera negarlo, la realidad no admitía excusas piadosas; había disfrutado con sus actos. Torció los labios y volvió a mirar los cuerpos inertes: de no haberlos atacado hubieran conseguido llegar a Windsor sin problemas. ¿Qué hubieran opinado sus hermanos del Temple de haberlo visto? La respuesta fue inmediata:

se avergonzarían de su persona y condenarían su actitud al mayor de los castigos. La insensibilidad que lo embargaba empezaba a preocuparle: no podía desviarse del camino recto y convertirse en uno más del rebaño. Las vicisitudes de la vida lo habían transformado en un individuo lleno de odio y remordimientos como muchos mercenarios veteranos que había conocido durante sus aventuras. El cinismo no le servía para ocultarse de su conciencia: la compasión era lo único que lo diferenciaría del mal que se había propuesto erradicar en todas sus formas. Sin darse cuenta, impulsado por el deseo de venganza, había perdido sus metas de vista. Necesitaba un cambio de rumbo, volver a empezar, o no habría ninguna posibilidad de salvar su alma. Suspiró: para él sería más fácil tocar el cielo que volver a sentirse completo.

Wolfgang se detuvo en el borde del claro con los hombros hundidos por el cansancio: era consciente de que nunca podría ser un hombre de paz.

—*Domine Deus, Agnus Dei, Filius patris* —susurró con desánimo—. *Qui tollis peccata mundi, miserere nobis. Consummatum est.*



El Frío del Alba

La gota de agua se deslizó por el desigual techo de la caverna, avanzó por una de las estalactitas que colgaban sobre el pequeño campamento improvisado y cayó sobre la cara poblada de barbas del Vagamundos. La fría gota despertó al hombre. Abrió los ojos poco a poco, los párpados le pesaban, aún estaba adormilado pero ya era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Fuera aún nevaba y el frío viento, que entraba en la caverna, le calaba hasta los huesos. No se escuchaba el trinar de los pájaros pero sí el ligero aleteo de algún murciélago acompañado por el chillido penetrante e inconfundible. En algunas partes de la caverna el suelo estaba completamente encharcado y las gotas, que caían de las demás estalactitas, formaban un eco sordo que se propagaba y chocaba en las paredes del lugar. El hombre se puso en pie y salió de su refugio, donde la ventisca de la noche anterior le había obligado a ocultarse, fuera la nieve no daba tregua, pero ahora no era nada más que una débil capa de fina y blanca cellisca lo que caía, aún estaba oscuro, el amanecer se retrasaba, pero era hora, ya, de partir.

El Vagamundos recogió el espontáneo campamento, apagó los rescoldos de la hoguera que lo habían mantenido caliente durante la noche. Luego se colocó las altas botas y se cubrió con una gruesa manta de viaje hecha de piel de ciervo y armiño sobre su jubón de cuero; y puso el arco y la lanza a la espalda y asegurando la espada en el cinto.

Salió de la caverna con las primeras luces del alba, el viento frío le calaba los huesos, atravesando como cuchillas su oscura piel. Añoraba su hogar, en el lejano sur, lejos de aquellos parajes nevados y fríos donde apenas nadie quería vivir, tan solo aquellos que habían nacido en aquel lugar lo deseaban. Recordaba las praderas verdes de su tierra, la suave brisa del aire y el tostado sol que acariciaba los campos al atardecer, pero eso era algo que le sucedía a todos los Vagamundos, añoraban la tierra que habían tenido que abandonar.

Él, al igual que los demás Vagamundos, convive con el desprecio y la humillación por parte de los demás, en un viaje continuo sin rumbo fijo. Había vivido en el asesinato y en la caza una vida en constante conflicto con la muerte, la huida del destino que tarde o temprano finaliza y te alcanza, una evasión que jamás fue real, pues solo consistía en aplazar la muerte hasta que ésta quisiera.

En muchos lugares solo lo nombraban como Vagamundos o simplemente lo llamaban asesino, en otros, en cambio, recibía el nombre de Drafen que en la lengua común significa “acechador”.

Ningún Vagamundos podía volver a su hogar, pues todo el que recibía ese nombre era porque había sido desterrado de su tierra por crímenes y atentados. En todos lugares eran despreciados y considerados como asesinos fríos e implacables, sin escrúpulos. Drafen no era menos.

Su historia comenzó cuando aún era un simple muchacho de no más de diez años. Drafen aún llevaba grabado a fuego los sucesos de aquella noche, recordaba como en mitad de la madrugada se

despertó al oír los chillidos desesperados de una mujer, recordaba que la que gritaba era su madre y que una vez más, como siempre, ésta aguantaba los golpes que el padre de Drafen le propinaba. Pero aquella vez era distinto, el padre de Drafen, un hombre alto y fuerte, curtido en el campo de batalla y muy diestro en el manejo de la espada, golpeaba, de manera enajenada, a su mujer con un grueso leño envuelto en llamas. Drafen contempló aquella escena con una mueca de horror en el rostro, su madre sangraba y en la cara de su padre se dibujaba la locura, en los ojos saltones la demencia era más que visible. Impulsado por una fuerza aún desconocida para Drafen en aquel momento, se lanzó a la habitación y cogiendo la espada de su padre, la misma espada que hoy día aún lleva colgada de su cinto, Drafen salió y se dirigió al salón, donde se estaba produciendo la macabra escena. Allí, su madre había dejado de llorar y de temblar, incluso había dejado de respirar, solo sangraba. Su padre lo miro con sus ojos saltones y perturbados. Mientras reía estrepitosamente, zarandeaba con la otra mano el cuerpo sin vida de su mujer.

—¡Se lo merecía, muchacho, ella misma se lo buscó! —ladraba como un perro acorralado—. No me mires como si fuese un asesino, pues no soy más que el brazo ejecutor que ha hecho lo que debía; solo he hecho lo necesario hijo, solo lo que tenía que hacer.

Drafen no respondió, no tenía nada que decir. Odiaba a aquel hombre desde hacía tiempo, para él solo era un despojo de la guerra, un pobre demente que recordaba los campos de batalla cada noche en la posada y que luego lo pagaba con su mujer a golpes.

Lo odiaba, lo odiaba con todas sus fuerzas. En aquel entonces era un pobre necio, un muchacho estúpido que se alimentaba de aquel odio, ahora sabía que ese odio lo acabaría destruyendo.

Drafen miró a su padre mientras una fugaz lágrima se escapaba por su mejilla. Sus ojos viajaron de su padre al cuerpo sin vida de su madre, de ahí a la afilada hoja de la espada que sostenía en sus manos y de nuevo a su padre. Impulsado de nuevo por aquella extraña fuerza se lanzó contra él. Drafen solo agradecía una cosa a aquel hombre, haberlo enseñado a luchar.

No tuvo que esforzarse demasiado, aquel borracho ya no era lo que una vez fue, con maestría, haciendo un veloz quiebro, esquivó el leño que su padre le lanzó, éste se estrelló contra el cristal de la ventana, rompiéndolo y saliendo a la calle. Drafen se recompuso del quiebro y se estabilizó con los pies. Haciendo una pequeña finta se colocó justo a la diestra de su padre, quien, con un movimiento torpe y fallido, trató de coger del cuello al muchacho. Drafen se zafó con una nueva finta y se colocó justo detrás del hombre, el siguiente movimiento trató de hacerlo con los ojos cerrados, pero aquella extraña fuerza se lo impidió. La afilada hoja entró por la nuca del padre atravesando su cuello y saliendo por la garganta, la hoja brillando con un color carmesí oscuro, mientras caía al suelo junto con el cuerpo sin vida del padre del muchacho.

Drafen se sentó junto a los cuerpos de su familia. Allí, completamente solo, comenzó a llorar. Se envolvió en un llanto frío, un llanto más de rabia que de dolor, que el mismo pensó que no era real.

Mientras se perdía entre las lágrimas, frente al muchacho apareció un enigmático gato de larga cola y de pelaje oscuro como la noche. No lo había visto llegar, pero allí estaba frente a él. Los insondables ojos del gato eran brillantes y profundos y en uno de ellos se veía a la perfección una cicatriz que le cruzaba verticalmente.

—Sabes lo que has hecho, muchacho. Conoces el crimen que has cometido —dijo el gato con voz alta y clara.

Drafen no dijo nada. Tal vez su reacción no era la más apropiada en aquella situación, no todos los días se oía hablar a un gato negro.

—¿Sabes quién soy? ¿Te han hablado de mí? —Volvió a decir el gato—. Claro que te han hablado de mí, no hay nadie que no conozca a la muerte, pues yo soy quien primero llegó a este mundo.

Drafen seguía sin decir nada. Pareció enmudecer completamente, como si su lengua se hubiera escondido en lo más profundo de sus entrañas y que no fuese capaz de salir de allí. Pero aunque hubiese podido hablar, no habría sabido qué decir a un gato parlante que decía ser la Muerte.

—Te preguntarás qué hago aquí, cómo es posible que la Muerte te hable. En teoría, el destino te tenía reservada esa espada para ti, tú deberías de estar tendido en el suelo y no tu padre, pero, al parecer, el destino se equivocó y ahora, he de llevármelos a ellos y dejarte a ti —el gato miró con desprecio los cuerpos de la familia de Drafen—. No me gusta esa idea, pero no me queda otra alternativa y en cuanto a ti —el gato se volvió de nuevo hacia el muchacho, éste lo miró con la vista turbada por las lágrimas—, el acto que has cometido esta noche te marcará para siempre, seré tu compañera hasta el día en que tenga que llevarte conmigo. Nos volveremos a ver, Drafen.

Eso era lo último que recordaba de aquella noche. Días después despertó en una cabaña perdida en mitad de las montañas. Aquel fue el último lugar en el que estuvo antes de partir de su tierra para siempre. Después de eso se convirtió en lo que ahora es, un Vagamundos. La Muerte decía la verdad, no fue la última vez que Drafen la encontró, lo acompañó en cada paso que dio por el mundo desde aquel momento. Ahora, mientras el día avanzaba y atravesaba los bosques gélidos del norte, de grandes pinos de aguja, recordaba la última vez que habló con ella. Hacía tan solo un par de meses, cuando llegó a esta tierra recóndita. De nuevo se topó con otro animal que portaba la voz de la muerte. En esta ocasión se presentó con la forma de un cuervo de oscuro plumaje y negro corazón, con ojos oscuros y profundos. Éste, al igual que los demás animales que decían ser la muerte, tenía una cicatriz que atravesaba verticalmente uno de sus ojos.

—Día tras día me llevo miles de almas conmigo —le dijo el cuervo—, almas que se desvanecen para nunca volver y que dejan atrás a madres y esposas, hermanos e hijos. Muchos me ven con cara temerosa, hay otros que me llevan esperando largo tiempo y me ven como a un familiar añorado, tú, en cambio, me ves como a ti mismo, convencido de que eres tú, tu propia muerte.

En todas las ocasiones que se hubo topado con ella, Drafen nunca le había hablado. Llevaba viendo a la muerte desde los diez años y después de veinte años aún no sabía qué decirle, cada vez que la veía se limitaba a observar sus movimientos, las expresiones, y atentamente escuchaba sus palabras.

—El camino que recorres te ha llevado lejos y durante todo este tiempo has conseguido evadirme, pese a caminar a mi lado. Has recorrido la tierra cazando y matando, debes de estar agotado; el frío de este lugar es desconocido para ti, para mí en cambio, es confortable e incluso delicioso. Conoce bien estas tierras, elige el lugar que más te guste para descansar, porque esta vez no lograrás huir de mí.

Drafen pensó largo tiempo en aquellas palabras, palabras que significaban el final de su vida, pero no creía que eso fuese a suceder, él llevaba evadiendo a la muerte desde los diez años y seguiría haciéndolo durante el resto de su vida.

A media mañana llegó a una pequeña aldea, situada muy al norte de las tierras nevadas, en ella apenas vivían una docena de personas, las casas eran de madera y de paja y los tejados estaban cubiertos con pieles de animales para guardar el calor. Drafen entró en lo que parecía una posada, era el edificio más grande de la aldea y junto a él había unos establos, pero ningún caballo en ellos.

El interior de la posada era lúgubre y seco, pero después de tanto tiempo vagando en la nieve le resultó acogedor. En la chimenea de piedra ardía lentamente la leña seca y tras la barra, el posadero limpiaba unas jarras de barro.

—Si deseas comida te puedo servir un poco de sopa —le dijo el posadero, un muchacho de unos veinte años, de pelo rubio y grasiento, chupado y picado de viruela—, si lo que deseas es alojamiento te puedo hacer un hueco en los establos.

Drafen le indico con un gesto de la mano, mientras tomaba asiento en una de las mesas, que quería una jarra de cerveza. Junto a la mesa a la que se había sentado había un anciano de largas barbas canosas, ataviado con ropas de pieles de animales. Los ojos grises y cansados del anciano se perdían en el fondo de la jarra de barro que sostenía.

—¿Qué trae por estos lares a un Vagamundos? —Le dijo el anciano sin quitar ojo del fondo de su jarra—. ¿Acaso te has perdido muchacho o es que has venido a ayudarnos a matar al Oso?

Drafen miró extrañado al anciano pero no respondió, el posadero llegó con la jarra de cerveza, no era raro que aquel anciano supiese que era un Vagamundos pero sí que lo tratara tan bien, tal vez por la conveniencia de la necesidad.

—Esa maldita doble moralidad, os ven a todos como asesinos pero siempre os llaman cuando necesitan eliminar alguna bestia que les molesta —le dijo el anciano con una sonrisa—, chico esta es una aldea pobre, alejada de toda civilización, trabajamos la tierra y nos alimentamos de lo poco que nos ofrece y ahora la muerte viene a nosotros con la forma de un maldito oso, que mata a nuestros animales y asusta a los cazadores cuando salen a por comida a los bosques del este, dime, ¿si nadie te ha llamado, a que has venido? Tal vez sea coincidencia que llegue un cazador de bestias en el momento en el que más necesitamos uno.

Coincidencia, pensó Drafen, demasiada coincidencia. Tal vez el destino al fin me muestra su cara y al fin me reúna con él, puede que el cuervo tuviese razón y que mi viaje acabe aquí.

—¿Qué harás muchacho? —dijo de nuevo el anciano sin quitar ojo del fondo de su jarra—. ¿Cazarás a la bestia o beberás hasta reventar?

Drafen no dijo nada, si se trataba del destino lo comprobaría por sí mismo. Se terminó su jarra de cerveza y tras haber pagado al posadero, salió y se dirigió a los bosques que había al este de la aldea. Deambuló durante el resto del día, entre zarzas y monte nevado, entre pinos de aguja y abedules helados, buscando las huellas del oso, pero no encontró nada.

Cuando la noche cayó encontró refugio en una pequeña cueva, situada cerca de un arrollo de fría y cristalina agua. Una hoguera le dio luz y calor y con sus mantas se hizo una cama en el frío suelo de piedra. Trató de dormir acurrucado en las mantas y junto al fuego. El cansancio le venció a la media noche, pero poco tiempo hubo de dormir.

Tras un par de horas de sueño un fuerte ruido le despertó, abrió los ojos veloz, casi en un suspiro, y se topó con un grupo de sombras que correteaban por las paredes de la cueva al son de las llamas que crepitaban en la hoguera, entre las sombras apareció una más grande y terrible, esta sombra no danzaba, no correteaba, lo miraba fijo con unos ojos negros como el azabache.

Frente a Drafen acababa de aparecer un oso enorme, de largo y oscuro pelaje, salvaje y sombrío, de grandes zarpas y negros ojos. Una cicatriz vertical atravesaba uno de sus ojos. El oso lo miro feroz, impaciente, hambriento.

—Dicen de mí que soy el final, que una vez se me ve no hay nada más —comenzó a hablar el oso—, que soy la oscuridad más absoluta, pero en tu caso fue diferente, a ti te supuso un principio, fui el comienzo de tu camino, cuando se apartó de la luz y comenzaste a tropezar con las tinieblas.

El oso se relamía mientras hablaba.

—Nunca he oído tu voz pero nunca me ha hecho falta para saber lo que piensas. Te lo dije Drafen, este sería tu final, espero que hayas elegido un bonito lugar para descansar.

—He recorrido junto a ti un largo camino —dijo Drafen, quien por fin tenía algo que decirle a la muerte—, un camino en el que tú mismo me iniciaste y que aún no estoy dispuesto a abandonar.

—Crees que huirás del destino, que no es este el final que mereces, dime, ¿nunca has pensado que el destino te tenía este final reservado, que todo lo que has hecho te ha llevado hasta este momento, que este es tu hado y el final del camino?

—¿Y tú nunca has pensado que este puede ser el final del tuyo? —dijo el Vagamundos en tono amenazador.

El oso soltó una fuerte carcajada que rebotó por la cueva como un rugido atronador.

—Qué insolencia hablar de esta manera a la muerte, he sido compasivo contigo Drafen e incluso he llegado a estar cómodo a tu lado durante estos años, pero jamás permito que nadie me hable de esta manera, tu final es este, asimílalo, será lo mejor para ti.

Sin previo aviso Drafen desenvainó la espada de su padre, asió la lanza que llevaba a la espalda y se lanzó contra el oso, contra la misma muerte, en una carga desesperada a favor de la vida. Primero descargó su brazo derecho con todas sus fuerzas, dirigiendo un ataque certero a la pata izquierda del oso. Este lo esquivó sin esfuerzo y de un revés arrojó fuera de la cueva al Vagamundos.

Era una noche clara, el cielo nocturno dibujaba un manto estrellado y el brillo espectral de la luna llena, corría un viento frío que movía las aguas del arrollo y las hojas del bosque. Drafen clavó la espada en la fría nieve y se colocó en posición de ataque con la lanza, de la cueva emergió el oscuro oso, la negra muerte. El Vagamundos cargó de nuevo, usando la lanza como si de una extensión de su propio brazo se tratara, ataques a la diestra, ataques de frente y a la siniestra, rápidos y ágiles, ataques fallidos. El oso también se movía veloz, esquivaba sin esfuerzo alguno y contraatacaba con destreza, pero también fallaba. En una ocasión la lanza atravesó la pata derecha del oso y la zarpa del animal desgarró el pecho del Vagamundos pero aún así, el combate siguió. La lanza se había partido al atravesar la pata del animal y Drafen tuvo que recurrir a la espada de su padre. De nuevo comenzó el combate, como una danza ensayada de toma y daca.

Y allí continuaron combatiendo, la muerte y el hombre, durante toda la noche, hasta que uno de los dos cedió por agotamiento. Cuando las primeras luces del alba se instalaban en la bóveda celeste, la zarpa del oso trazó el final de la contienda, cruzando de arriba hacia abajo el rostro de Drafen. El Va-

gamundos cayó, aún con vida, pero demasiado dañado como para sobrevivir durante mucho tiempo, sus profundas heridas le causarían una muerte pronta y segura.

—No podías vencer —dijo el oso con tranquilidad—, nunca nadie ha conseguido huir de mí, ni de su destino, acéptalo y asume tu final, pues este es el final que tenías predestinado desde el día en que tus manos acabaron con la vida de tu padre.

Drafen miró al oso, su vista se volvía borrosa, sus extremidades se entumecían y solo sentía frío. Una vez más, como antaño, no supo que decirle a la muerte, pero si sabía lo que deseaba, descansar.

Allí yació, en las frías tierras del norte, tan lejos de su hogar, mientras el alba ocupaba el cielo y el frío de la mañana inundaba sus pulmones.



La Guardia Sagrada

Oh Korghan, vuestras plegarias de venganza
arden en mi carne y avivan la flama que late en
mi pecho.

Guiad mi mano en el combate y permitid que
enfrente la victoria o la muerte con la frente en
alto y una sonrisa fiera.

Plegaria kerhanni.

UNO

El viento rugía a través de la estepa y azotaba con furia al grupo de jinetes que galopaba hacia el poniente. Se trataba de hombres fieros, enfundados en brigantinas y cotas de malla y armados con hachas y mandobles que refulgían bajo el sol que atravesaba las nubes.

Los rostros macilentos y las miradas turbias develaban el horror que les había acompañado durante las últimas jornadas. Se desviaron del sendero repleto de carromatos y se cruzaron con los semblantes abatidos de los labriegos, mercaderes y nobles que buscaban escapar del infierno que se había desatado sobre la marca de Selarkania.

El sujeto al mando señaló un altozano que se hallaba a un cuarto de legua y hundió los talones en los ijares de la bestia. La enseña dorada y negra de los sacerdotes guerreros de Othar flameaba orgullosa sobre la cumbre.

Tiberio de Arruan desvió la vista del caos que reinaba en la calzada y fijó su atención en la turma que ascendía la colina. Se libró del yelmo y se pasó la mano por la mata sudorosa. El frío le mordía allí donde los eslabones de la cota lamían su piel.

—Mi señor —saludó Jacques de Verk con un ademán, tirando de las riendas del corcel. Sus ojos verdes refulgían ansiosos a pesar del cansancio que le abrumaba.

El capitán de la mesnada le contempló por unos latidos. Percibía el olor del humo, el sudor y la sangre que acompañaba a los recién llegados y se preguntó si no se encontraría en las mismas condiciones.

Sacudió la cabeza y volvió la mirada hacia el resplandor amarillento que se advertía en lejanía.

Aquella visión le arrebatava el aliento.

—Xe-Urtar ha caído —aseguró Jacques, confirmando sus peores temores.

El caudillo suspiró y palmeó el cuello del caballo. En ese instante fue consciente del agotamiento que le aquejaba. Sin embargo Tiberio de Arruan apartó aquellos síntomas de debilidad y buscó consuelo en el férreo fanatismo que le caracterizaba. Recorrió los rostros inexpresivos que le rodeaban y comprendió que la tropa estaba llegando al límite de sus fuerzas.

Habían luchado sin cesar durante las últimas cinco jornadas. Los dioses de fuego de los clanes deménidas y darusianos habían despertado de su letargo, y ahora reclamaban la sangre de aquellos que se habían atrevido a invadir la tierra que les pertenecía por derecho.

El alzamiento tomó por sorpresa a toda Selarkania. Las hordas barbáricas, animadas por sus chamanes, surgieron de las planicies del este destruyendo todo a su paso. En cuestión de días cayeron las aldeas y los puestos fortificados. Las pocas fuerzas que consiguieron hacerles frente fueron barridas por aquella masa salvaje sedienta de sangre. Tan sólo unos pocos escuadrones de caballería habían tenido éxito al realizar ataques rápidos y certeros en los flancos del enemigo. La mesnada de Tiberio había participado en innumerables asaltos de este tipo, pero todo aquello no era más que pellizcos sobre aquella bestia informe que dejaba un sendero de muerte y destrucción a su paso.

Ahora Xe-Urtar, la última esperanza de resistencia, había caído en manos de los idólatras y el caudillo advertía el negro destino que les esperaba en aquellas frías planicies. Sin embargo, de manera irónica, aquello les ofrecía otra oportunidad.

—Los bárbaros se tomarán su tiempo para quemar, violar y asesinar a los infortunados que decidieron permanecer en la ciudad. —Miró la extensa procesión que discurría a través del camino y sintió una punzada en la boca del estómago—. Al menos durante tres o cuatro días podremos poner algo de distancia entre ellos y nosotros.

Jacques respiró hondo y sostuvo la mirada de su capitán.

—Tal vez si no cargásemos con este lastre podríamos escapar de esta locura—dijo al contemplar con desánimo la columna de refugiados.

Los ojos oscuros del Tiberio refulgieron con indignación.

—¿Estáis proponiendo que abandonemos estas gentes a merced del enemigo? —espetó airado, fulminándole con el ceño fruncido.

El color abandonó las mejillas del guerrero al entender que había permitido que la desesperación cobrase vida en sus labios. Volvió los ojos hacia aquella aglomeración de almas angustiadas y se maldijo por aquel arrebató de cobardía.

—Lo siento, mi señor —replicó con un suspiro—. He permitido que el cansancio y la tensión me dominen.

Una sonrisa fiera iluminó los rasgos atezados del sacerdote guerrero.

—No os tenéis que disculpar —respondió el caudillo, tomando el odre que colgaba de la silla—. Tan sólo admiración puedo sentir por cada uno de vosotros después de lo que hemos pasado.

Jacques atrapó la pelliza en el aire y bebió un buen sorbo de aquel caldo avinagrado. Se volvió hacia sus hombres y advirtió el gesto de agradecimiento que le dedicaron al entregarles el vino restante.

—Ahora os explicaré la razón que nos impide abandonar a estos miserables —exclamó Tiberio de Arruan encarando a la docena de jinetes que colmaban la cima del collado.

—El honor. —Aquella palabra caló hondo en los corazones de los hombres—. La lealtad es lo que nos diferencia de los idólatras que infectan estos parajes. —Los ojos del paladín recorrieron cada uno de los rostros mugrientos que le observaban con atención—. La palabra que dimos a los miembros de Concejo de Xe-Urtar, la promesa de proteger a sus habitantes, es lo que os convierte en hombres civilizados. Recordadlo con orgullo mientras os batís con vuestro último aliento para cuidar a los inocentes que nos acompañan. —Señaló a la masa de desposeídos que colmaba la calzada y continuó—: Sin honor no somos mejores que los salvajes que nos pisan los talones, nunca lo olvidéis.

Un coro de asentimiento emanó de aquellos individuos taciturnos y agotados.

—Este será un buen lugar para acampar —apostilló el capitán al notar que la esperanza refulgía en aquellos rostros cenicientos, al menos por el momento.

—Daré las órdenes de levantar las tiendas —se adelantó Jacques con un gesto cansino.

—Esperaremos a la turma de Muñiz hasta el amanecer, después de eso continuaremos hacia el oeste —comentó Tiberio, apretando los labios y fijando la atención en las inabarcables praderas que se extendían por doquier. Al norte, en la distancia, se apreciaban los relámpagos hendiendo la tierra como picas de plata. La tormenta se acercaba y no tardaría en dar con ellos.

Las hogueras de los guerreros palidecían al compararse con el halo anaranjado que refulgía en el este. La dramática destrucción del último enclave civilizado encogía el corazón de los soldados que observaban aquello mientras cenaban en silencio, envueltos en sus capotes. Al fondo, el monótono traqueteo de los carromatos y los murmullos y lamentos de los refugiados era lo único que rompía aquel espantoso mutismo. La procesión continuaba sin descanso hacia el poniente, albergando la esperanza de evitar ser atrapados por la turba enajenada que les pisaba los talones. La amenaza del vendaval había sido arrastrada hacia el este, y apenas algunas nubes rezagadas navegaban por el firmamento.

De vez en cuando, la figura consumida de algún refugiado se atrevía a abandonar la calzada para vagabundear a través de las piras, con la perspectiva de conseguir una hogaza de pan o un poco de agua. Al principio la tropa compartía sus raciones con aquellos miserables, pero a medida que pasaban los días los víveres comenzaron a escasear y aquellas visitas furtivas se convirtieron en un verdadero drama para todos los implicados. La naturaleza era una madre despiadada y la prueba de ello se advertía por doquier. Los ancianos y los enfermos fueron los primeros en sufrir sus consecuencias. Agonizaban a la vera del camino, víctimas del cansancio, el hambre y la sed, bajo la indolente mirada de los que alguna vez fueron sus parientes o amigos.

Jacques pensaba en aquello mientras trataba de evitar a la suplicante anciana que permanecía a pocos pasos de la hoguera. En sus rasgos marchitos se apreciaba el sufrimiento que le aquejaba. El soldado apretó los labios y comprendió que la ración de cecina apenas duraría un par de jornadas más. A veces se preguntaba si no sería más piadoso acabar con aquellos desdichados de una vez por todas, al menos así les evitarían el espantoso final que les esperaba a manos de los salvajes. Agradeció al ver cómo la vieja desaparecía como un perro apaleado al escuchar el rumor de los jinetes que se acercaban desde el oeste.

La voz de alarma se esparció con rapidez, a pesar de que el enemigo se hallaba a un centenar de estadios a sus espaldas

—¡Quién va! —rugió un centinela blandiendo una pica de caballería. El acero resplandeció bajo el titilar de las flamas.

—¡Muñiz y su cohorte! —clamó un coro de voces desde la penumbra.

La emoción revolvió las entrañas de Jacques. Se irguió con premura y enfiló en dirección de aquel alboroto en busca de noticias.

El segundo al mando desmontó y se libró del yelmo y los guanteletes de malla. El sudor resbalaba por aquel rostro marcado por la viruela y sus ojillos almendrados no anunciaban nada bueno. A Jacques le pareció que había envejecido un par de lustros durante los últimos días. Entonces se estremeció al descubrir que menos de la mitad de los hombres habían regresado con vida de aquella patrulla. Encontró la mirada de Muñiz y advirtió la desolación y la impotencia que le embargaban. El oficial agitó la cabeza y evadió la penetrante mirada del guerrero.

—¿Dónde está el capitán? —espetó con voz cansina, buscándole entre la multitud.

—Aquí estoy —contestó Tiberio, emanando de la penumbra como una aparición fantasmal. Sus ojos refulgían con la intensidad de mil infiernos al constatar el estado de los recién llegados. Sospechaba que su subalterno traía consigo noticias devastadoras.

—¿Qué os ha sucedido? —inquirió con los rasgos apretados.

Muñiz agitó la cabeza, y por unos instantes, Jacques imaginó que aquel hombretón se desharía a sus pies como una efigie de barro.

—Nos sorprendieron a unos veinte estadios de aquí, mi señor. —El tono del segundo era tan vacío como la expresión de su mirada—. Demonios darusianos, caballería ligera. Al menos unos ochenta o cien avanzando rápido hacía el poniente. Le dimos batalla pero nos superaban en número.

Tiberio de Arruan no pudo evitar el escalofrío que le revolvió las entrañas. Aquello significaba que las hordas paganas se habían dividido y ahora pretendían cerrarles el paso hacia el oeste.

El caudillo recorrió los semblantes de los hombres y constató el catastrófico efecto de las palabras de Muñiz. Tenía que pensar rápido si quería mantener la cohesión de la tropa. Aquellas noticias podrían provocar una desbandada e incluso un motín.

Sin embargo el sacerdote era un hombre forjado en el calor del combate, y aquel revés tan sólo significaba un súbito cambio de planes. Aquellos bárbaros pintarrajeados no iban a vencerle tan fácilmente.

—¡Chevalier! —gritó a todo pulmón, arrancando a sus oficiales del estupor que les embargaba.

Un sujeto alto, ataviado con una brigantina gris, brotó del grupo de guerreros. Los ojos azules delataban la sangre norteña que corría por sus venas, y la cicatriz que le recorría la mejilla izquierda denotaba su experiencia guerrera.

—Traedme el estuche de piel que descansa sobre mi silla —le ordenó Tiberio. El aludido se limitó a asentir antes de desaparecer en la oscuridad que reinaba más allá del círculo de hogueras.

Jacques y los demás se sentaron sobre la hierba mientras el capitán se alejaba unos pasos y discutía con Muñiz. Por la palidez y el estupor que abrumaban al segundo, parecía no gustarle nada de lo que estaba escuchando. Respiró hondo y se estremeció bajo el abrazo de la corriente gélida que recorría el descampado.

La estilizada figura de Chevalier surgió de la penumbra. El titilar de las flamas empeoraba aún más el feo tajo que exhibía en su rostro.

Tiberio abrió la funda y extrajo un viejo pergamino que crujió al ser extendido sobre el césped humedecido. Los hombres se acercaron con vacilación. No podían imaginar qué otra ruta podrían utilizar para abandonar Selarkania antes de ser interceptados por el enemigo. El caudillo se plantó enfrente de la vitela y señaló el este con la punta de una daga.

—Los idólatras partirán de Xe-Urtar en dos jornadas, tres a lo sumo si la fortuna nos sonríe. —A Jacques le pareció que aquel hombre parecía un escribano. Su porte noble y las sienes encanecidas le dotaban de aquel curioso aspecto—. Pero ahora sabemos que han dividido sus fuerzas con el afán de cerrarnos el paso hacia el oeste. —El fulgor homicida que iluminó los ojos del caudillo diluyó el espejismo de bondad que había percibido momentos antes—. Los darusianos utilizarán la rapidez de sus monturas para acosarnos mientras sus aliados dan alcance al tren de refugiados que nos acompaña.

—¿Entonces qué nos queda por hacer? —inquirió un sujeto rechoncho de piel cetrina, llamado Vendakam.

Tiberio de Arruan se mesó la barbilla y encaró al sureño que acababa de hablar.

—Nos queda una opción, enfilar hacia a la fortaleza de Ur' Jakat — replicó con sequedad—. Es nuestra única esperanza.

Muñiz suspiró y se mordió los labios. Ahora Jacques comprendía el resquemor del segundo oficial. Al mirar a sus compañeros advirtió la inquietud que les invadía tras escuchar aquella proposición.

—¿Pero mi señor? —insistió Vendakam con el rostro convertido en una mancha gris—. La Guardia Sagrada del señor de la venganza ha protegido ese lugar por más de diez siglos. No creo que nos vean como muy buenos ojos. Tal vez caigan sobre nosotros imaginando que somos una fuerza invasora.

Tiberio encajó la mandíbula, consciente de que no iba a ser fácil convencerles. Y para ser honesto, él mismo tenía sus dudas. Se preguntó si aquella decisión no sería producto de la desesperación que cobraba vigor en los más hondo de su pecho.

Sin embargo el apoyo surgió de quién menos lo esperaba.

Muñiz se irguió y se pasó la mano por la mata rojiza que le coronaba la cabeza. Miró a cada uno de los presentes y recobró el aplomo que le caracterizaba.

—Estoy de acuerdo con el plan del capitán —aseguró con tranquilidad—. Los darusianos pretenden cerrarnos el paso y los deménidas se disponen a aplastarnos con su innumerable infantería. —Respiró hondo, sus ojos oscuros flameaban con vigor—. A no ser que estéis dispuestos a esperarlos en medio de la llanura, propongo que enfilemos hacia las montañas y busquemos cobijo en Ur' Jakat. Al menos aquello nos ofrece la oportunidad de vivir unos días más.

El silencio confirmó la adhesión de todos al osado plan del caudillo. De todos modos, ¿qué otra cosa les quedaba por hacer?

Aquella era la espantosa realidad que pesaba sobre cada uno de ellos mientras la muerte se acercaba a pasos agigantados, sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo.

DOS

La línea de refugiados alcanzaba la media legua mientras enfilaba hacia los picos nevados que destacaban en septentrión. Su avance se dificultaba al dejar atrás las llanuras y adentrarse por los traicioneros senderos que conducían a las montañas.

Jacques cabalgaba despacio, abriéndose paso entre aquella sombría muchedumbre. En medio de la miseria y el dolor que atestiguaban sus ojos una escena llamó su atención. Una joven de cabello oscuro sostenía a un anciano enjuto que apenas podía caminar. Se desplazaban con el cieno hasta las rodillas, haciendo de cada paso una verdadera odisea. El guerrero intercambió una mirada con la moza y quedó sin aliento al advertir el abatimiento que le desfiguraba las facciones. Tenía la expresión de una anciana a pesar de su lozanía.

—En algún momento deberá elegir entre ella y el viejo —reflexionó Muñiz con sorna, agitando la cabeza—. Es cuestión de supervivencia.

Jacques se volvió. Por algún motivo aquel comentario le aceleraba el corazón.

—En verdad sois uno perro desalmado, compañero —replicó con acritud, evadiendo un cuerpo desmadejado que yacía sobre el barro.

El segundo al mando le miró con una ceja enarcada y esbozó un gesto lobuno.

—¿No lo somos todos, camarada? —exclamó con desdén—. La guerra nos ha convertido en lo que somos, Jacques. —Un fulgor sombrío asomó en sus pupilas—. Los más afortunados caen en combate, mientras los demás vagamos por el mundo con el alma muerta.

Jacques quedó sin palabras. La crudeza de Muñiz resumía a la perfección el sentimiento que trataba de evadir desde hacía mucho tiempo. Su vida se había convertido en una espiral de incontrolable violencia, y cada vez le era más difícil buscar sosiego en el recuerdo de su esposa muerta. Las únicas imágenes que retornaban a su mente eran los cuerpos ensangrentados de los miserables que habían caído bajo su espada. Sin embargo, al contemplar a la turba de desheredados que les seguían los pasos, una luz de esperanza refulgía en su corazón. Tal vez por esta vez valdría la pena empuñar el acero para defender la vida de aquellas almas atormentadas.

Al caer la tarde, el sendero no era más que un angosto pasaje a través de altas paredes de granito. La mesnada de Tiberio se había dividido en tres grupos, uno para encabezar la marcha y otro para cubrir la retaguardia y dar aviso en caso de la presencia de los bárbaros. El tercero recorría la columna de un lado para otro para evitar incidentes y retrasos.

Jacques había dejado a Muñiz en la zaga y ahora cabalgaba a un lado del capitán. Acosado por el hambre y la sed, prefirió esperar la caída de la noche para merendar y así evitar las miradas hambrientas de los asilados.

—Siento que nos vigilan —comentó el caudillo con una tranquilidad que dejó asombrados a sus acompañante—. Estamos entrando en los dominios del antiguo imperio. —Jacques intercambió una mirada ansiosa con el portaestandarte y luego examinó las sombrías moles que se elevaban por encima del convoy. Se le encogieron las tripas al comprender que la situación no podía ser más compro-

metedora. Un ataque en aquel lugar sería devastador.

Al advertir el desasosiego que se apoderaba de la tropa, Tiberio dibujó una sonrisa en su tez aceitunada.

—No os preocupéis —aseguró en tono burlón—. Los caballeros de Korghan no suelen atacar a traición, prefieren los combates frente a frente para aumentar su prestigio y honor.

—Disculpad si vuestras palabras no logran convencerme —replicó Jacques con un hilo de voz, arropándose en su capa de lana basta.

—Nunca los comprenderíais, hijo —exclamó el paladín, pensativo—. Los defensores de la fortaleza son los últimos miembros de la vieja raza kerhanni, los primeros humanos que pusieron pie en estas tierras. —Le echo un rápido vistazo al acantilado que se perfilaba a su derecha y continuó—: Sometieron a las bestias que infectaban las planicies y fundaron un imperio que duró al menos cien siglos. Sus antepasados eran maestros de la guerra y la sola mención de su nombre era sinónimo de terror en tres continentes.

—¿Y qué sucedió con ellos? —terció Vendakam, que les seguía unos pasos atrás. La curiosidad bailaba en sus ojillos hundidos.

—Lo que sucede con todo en este mundo —reflexionó el sacerdote guerrero torciendo el gesto—. Después de una era de esplendor se sumergieron en sus oscuras religiones y finalmente languidecieron, permitiendo que razas nuevas y aguerridas se apropiaran de lo que alguna vez fueron sus vastos dominios. —Suspiró con melancolía—. Es la historia de la humanidad, ciclos interminables de gloria y decadencia.

Jacques le miró asombrado, aún le costaba comprender las facetas que componían el tejido de Tiberio de Arruan. Clérigo y guerrero, erudito y asesino, todo aquello conformaba un amalgama apasionante. Sin embargo apartó aquellos pensamientos y centró la atención en algo más apremiante.

—Si el imperio se extinguió... ¿Qué sentido tiene el alcázar? —inquirió con recelo.

El caudillo frunció los labios y sus ojos ardieron con intensidad.

—El imperio podrá ser historia antigua, hijo —contestó—, pero los kerhanni aún perviven más allá de las montañas negras. —Señaló con el mentón la accidentada sierra que se apreciaba a cientos de estadios de distancia—. Los descendientes son orgullosos de su herencia y son pocos los extranjeros que pueden franquear las puertas de Ur'Jakat.

Jacques y los demás le miraban como si se tratase de un puñado de rapaces escuchando a su tutor.

—Los pocos que han tenido la suerte de tratar con ellos, hablan de un pueblo dedicado a cultivar la excelencia guerrera bajo las milenarias y estrictas reglas religiosas de sus antepasados —concluyó el clérigo con gesto ausente, sin apartar la vista del borde del acantilado.

Un silencio incómodo se apoderó de todos al recordar el oscuro panteón que se atribuía a los kerhanni. Eran las deidades de la contienda y la revancha las que regían los destinos de aquel belicoso pueblo.

Tiberio se removió en la silla al pensar que tal vez una muerte atroz les esperaba más allá de aquel sendero. Sin embargo llegó a la conclusión de que sería preferible jugarse la suerte con los kerhanni que dar media vuelta y encarar a las hordas sanguinarias que les pisaban los talones. Al menos le debía aquello a los civiles que le acompañaban en busca de redención.

Aquella noche abandonaron la senda y se internaron en un valle oscuro bordeado por un milenario

bosque. Bajo el espejismo lunar aquel lugar se antojaba misterioso y aterrador. No fueron pocos los hombres que rezaron una plegaría al advertir aquellos troncos nudosos que se asemejaban a las zarpas de un monstruo dormido. Tiberio de Arruan no compartía el temor supersticioso de la tropa. Era consciente de que la verdadera bestia les seguía los pasos sin descanso ni vacilación. Se trataba de una criatura conformada por miles de seres embrutecidos que compartían una cosa en común: Un insaciable deseo de asesinar a todos los hombres, mujeres y niños que colmaban la caravana.

El líder de la expedición organizó aquel maremagno lo mejor que pudo, y permitió doblar la guardia en los linderos de la floresta para aliviar el desasosiego de la hueste. Luego recorrió la línea de refugiados, tratando infundirles algo de aliento y esperanza. Aquello era más difícil a medida que pasaban los días y las perspectivas se tornaban más sombrías. Lo único que esperaba ahora era que los dioses le tendieran la mano y permitieran que los kerhanni no decidieran acabar con ellos. Luego de merendar cecina y gachas avinagradas, el caudillo se sumió en una duermevela intranquila que no hizo más que aumentar la tensión que le embargaba.

El amanecer trajo consigo un firmamento radiante que les permitió vislumbrar el paisaje que les rodeaba. Hacia el sur se extendía una explanada de hierba alta de al menos legua y media, mientras hacia septentrión el terreno se convertía en suaves colinas que finalizaban de manera abrupta en un corredor de muros de basalto y pizarra tan altos como cuatro hombres. Se trataba de una barrera natural que separaba la tierra de los kerhanni del resto del mundo. El valle medía al menos tres leguas de largo por legua y media de ancho, y el único acceso desde el sur era el sendero estrecho por el cual habían irrumpido durante la noche.

—Las puertas de Ur' Jakat —exclamó Vendakam señalando los muros que destacaban hacia el norte. Jacques creyó advertir cierto temor en voz.

—Todo este lugar es una maldita trampa —terció Muñiz con sequedad, lanzando un escupitajo—. Podrían esconder miles de hombres en ese condenado bosque y nadie se daría cuenta de ello. —Señaló la espesa floresta que bordeaba el extremo occidental, e hizo un curioso gesto con los dedos para alejar el mal de ojo.

Jacques se disponía a replicar cuando un resplandor llamó su atención y la del resto de sus camaradas. No tardó en surgir un clamor colectivo cuando aquel fulgor se materializó en un nutrido grupo de caballería.

Al igual que los demás, no pudo ocultar la impresión que le causaron aquellos soberbios jinetes. Portaban armaduras escamadas y yelmos cónicos que despedían reflejos de plata bajo los primeros rayos del sol. En sus estandartes de seda roja flameaba un puñal rodeado por una serpiente, la enseña de Korghan, el señor de la venganza.

El guerrero sintió un retortijón en la base del estómago al enfrentarse con aquellas leyendas vivientes. Le impresionó además la majestuosidad de sus monturas, corceles de batalla que dejaban a los suyos como meras bestias de carga.

—Aprestad vuestros aceros pero no desenvainéis si ellos no lo hacen primero. —Aquella orden recorrió la línea y aumentó la tensión que les carcomía las entrañas.

El guerrero captó el intercambio de miradas ansiosas y rogó porque nadie cometiera un error del cual pudiesen arrepentirse.

La comitiva se detuvo a unos cincuenta pasos del primer grupo de centinelas. Intercambiaron algunas palabras en su lengua nativa y luego dos de ellos se separaron del grupo principal. Cruzaron la línea de guardias ante la atónita mirada de los lanceros. La apariencia de aquellos misteriosos guerreros provocó una gran agitación.

Se trataba de hombres recios, de ojos almendrados, pómulos altos y piel tan blanca como la nieve de las montañas. A pesar de su aspecto fiero, lo que en verdad amedrentó a la tropa fueron los extraños tatuajes que cubrían sus rostros. Plegarias escritas en una lengua extinta que les recorrían la piel desde la frente hasta el cuello, otorgándoles un aspecto sobrenatural. El tintineo de las armaduras y el murmullo ahogado de los presentes consiguió romper el mutismo reinante.

—¿Quién habla en vuestro favor? —inquirió el que parecía ostentar el mando, tirando de las riendas de la ansiosa cabalgadura. La enseña de Korghan refulgía en el petral de plata de la bestia.

Tiberio de Arruan se abrió paso en medio de los refugiados que contemplaban a los kerhanni con una mezcla de miedo y estupor. Portaba la capa púrpura de los sacerdotes guerreros y sus ojos brillaban con altiva dignidad.

—Soy yo —replicó con firmeza, encarando al sujeto que le contemplaba desde la silla del caballo—. Venimos desde muy lejos, escapando de la furia de los salvajes que han despertado a sus dioses paganos y ahora claman la sangre de los inocentes. —Abrió los brazos y señaló los carromatos y los seres consumidos que se amontonaban hasta donde alcanzaba la vista.

El kerhanni frunció el ceño y pareció vacilar, pero recobró el gesto frío que le caracterizaba.

—Pues estáis invadiendo la tierra sagrada de los kerhanni —aseguró cortante, fulminando al clérigo con la mirada—. Debéis dar media vuelta y regresar por donde habéis venido.

Los rasgos de Tiberio palidecieron pero la resolución ardía en su mirada.

—Atrás nos espera la muerte, kerhanni —aseguró con crudeza, clavando la vista en aquellos rasgos tatuados.

—Pues la muerte os espera también si seguís avanzando —contestó el guerrero, acariciando la empuñadura de la cimitarra.

Un silencio espeso se adueñó del lugar. Ni siquiera el viento se atrevía a interrumpir aquella reunión. Jacques miró a Vendakam y captó el miedo en su mirada.

—¿Vais a permitir que los bárbaros masacren a estos miserables? —espetó el caudillo con acritud—. Los que veis aquí son los únicos que pudieron huir de Xe-Urtar antes de que fuese destruida por las hordas tribales.

El kerhanni dio un respingo. Al parecer la caída de la urbe le tomaba por sorpresa. Sostuvo la mirada de Tiberio y luego se volvió hacia su compañero.

El hombre asintió y galopó de vuelta hasta el grupo principal, para luego enfilarse hacia las puertas de Ur'Jakat.

—Si estáis en lo cierto —comentó el kerhanni—, la oscuridad no tardará en cernirse sobre toda la marca de Selarkania.

—Ya lo ha hecho —confesó Tiberio con amargura—, y de una manera que no podríais imaginar. —El caudillo torció el gesto al recordar el sufrimiento y el dolor que le habían acompañado durante los últimos días, y por alguna razón deseó que aquel altivo guerrero lo viviese en carne propia, al menos por unos latidos.

TRES

Jacques quedó atónito al descubrir que la fortaleza que Ur´Jakat estaba compuesta por tres bastiones inexpugnables. Desde el claro apenas se apreciaban la piedra negra y los muros del castillo principal. Sin embargo al adentrarse a través de los senderos que discurrían detrás de los peñascos, pudo ver con claridad los viejos fortines que protegían el camino principal. Eran estructuras de piedra maciza que podrían albergar al menos dos centenas de soldados bien pertrechados. Aunque su aspecto no era tan intimidante como el del alcázar que dominaba la cima, sin duda aquellas fortificaciones llevarían el peso de la batalla en caso de un sitio prolongado. Jacques trató de imaginar cuántos enemigos se habrían estrellado contra aquella barrera a lo largo de los siglos.

Dejaron atrás las sombrías fortificaciones cubiertas de verdín, y se desviaron por un sendero de cabras que les llevaría hasta las puertas del castillo. Al cabo se toparon con antiguas efigies talladas en una de las caras de la montaña. Tenían el tamaño de un hombre y representaban a los doscientos maestros de la Orden de Korghan que habían dirigido la fortaleza desde su construcción. Jacques y el resto de la comitiva se sintieron empequeñecidos por la grandeza milenaria de la Guardia Sagrada. El guerrero volvió la vista hacia su comandante y captó el estupor que le abrumaba. Tiberio vestía sus mejores galas, pero en comparación con las cotas bruñidas y los yelmos resplandecientes de la escolta kerhanni, se asemejaba más a un pordiosero que a otra cosa. Aquello le entristeció.

Esta reflexión se vio interrumpida por el bramido de un poderoso cuerno que le erizó los vellos del cuerpo. Alzó la cabeza y contempló las murallas negras y las agujas de jade que parecían rivalizar con el azul impoluto del firmamento. Aquel lugar exudaba una majestuosidad temible que le arrebató el aliento.

Las hojas de bronce y hierro se abrieron de par en par, y un nutrido grupo de caballería salió a su encuentro enarbolando los pendones del señor de la venganza.

Eran al menos veinte jinetes bien armados que despertaron el recelo de los recién llegados. Muñiz apretó la empuñadura de su hoja e intercambió una rápida mirada con Jacques. Sin embargo el aplomo en la expresión del comandante consiguió traerle algo de sosiego.

La inusitada guardia les rodeó y les condujo en silencio hasta el interior de U´r Jakat. Cruzaron las hojas reforzadas y se internaron a través una corta calzada que discurría bajo las almenas. Entraron al patio de armas y se detuvieron enfrente de la torre de homenaje. Una edificación milenaria y rústica, enclavada en medio del templo de Korghan y una llamativa atalaya de jade y granito. Desmontaron bajo la atenta mirada de los centinelas que prestaban guardia en los adarves. Una súbita sensación de indefensión aceleró el corazón de Jacques de Verk. Imaginó que aquellos hombres podrían hacer lo que quisieran con ellos sin que pudiesen mover un dedo para evitarlo. Aquella idea se convirtió en una inquietante realidad al escuchar las palabras del individuo que se plantaba enfrente de Tiberio.

—Dejad vuestras armas a buen recaudo —exclamó el kerhanni con firmeza, sosteniendo la mirada del clérigo guerrero—. Tan sólo dos de vosotros podréis reuniros con el maestro.

Tiberio de Arruan apretó los labios y aguantó las palabras que luchaban por salir de su boca. Estaba

dispuesto a tragarse su orgullo si con ello conseguía el favor de los kerhanni. Miró alrededor y advirtió la ansiedad que bullía en los semblantes de sus hombres. Comprendió que tan sólo se necesitaría de una breve chispa para iniciar una carnicería de la cual sin duda llevarían la peor parte. El sacerdote respiró hondo y esbozó un amago de sonrisa al aflojar el broche del cinto.

—Jacques, Vendakam —exclamó sin apartar la vista del oficial de la fortaleza—, permaneced aquí con los caballos. Estoy seguro de que nuestros anfitriones os tratarán con el respeto que os merecéis.

El guerrero dio un respingo y recibió la hoja del caudillo sin saber qué decir. Captó el gesto de estupor de Vendakam con el rabillo del ojo.

Muñiz soltó un improperio y se libró de la daga y el mandoble.

El kerhanni sonrió y les invitó a seguirle al interior de la torre con un leve ademán.

A pesar del calor que salpicaba el exterior, en el pasillo del edificio reinaba una gelidez que congelaba los huesos, o al menos eso pensó Tiberio mientras sus pasos hacían eco en las paredes. Otra cosa que le impresionó fueron los vestigios de los frescos que alguna vez cubrieron los muros. Escenas de gestas gloriosas y ritos misteriosos perdidos en los abismos del tiempo. Dejaron atrás el corredor e ingresaron en un amplio salón de planta circular iluminado por varios braseros. El capitán de la mesnada agradeció la tibieza que envolvió su cuerpo al poner pie en aquel lugar. Se frotó las manos y volvió a sentir la circulación despertando sus ateridas articulaciones.

A pesar de la penumbra que pervivía en los rincones, una columna de luz brotaba de la cúpula y daba vida a la sombría efigie del dios de la revancha.

Korghan, mitad hombre y mitad hiena, parecía congelado en la piedra negra que le daba forma. Unos ojos de rubí resplandecían sobre aquella testa bestial que consiguió inquietar a los recién llegados.

Tiberio de Arruan aguantó el impulso de realizar el signo sagrado del Othar en aquel sitio pagano. Miró a Muñiz y la consternación y el miedo luchaban en su expresión.

—No debéis mostrar temor enfrente del señor de venganza. —Aquella voz firme y melodiosa resonó con fuerza en las paredes—. Es el único dios que ofrece consuelo a quienes lo han perdido todo.

Un hombre surgió de las sombras y les contempló con curiosidad. Vestía un caftán celeste adornado con piedras preciosas. Tenía las facciones angulosas y los ojos almendrados propios de su raza, pero guardaba una inquietante sensibilidad en la mirada. El cabello blanco contrastaba de manera extraña con sus movimientos gráciles y calculados, mientras los tatuajes que le cubrían el rostro parecían danzar bajo el tubo de luz que surgía del techo.

Avanzó unos pasos y se detuvo en el centro de la estancia.

—Debo admitir que es la primera vez que un sacerdote de Othar viene a pedir ayuda a los acólitos de Korghan —comentó con cierta ironía.

Tiberio palideció y apretó los puños para contener las emociones que danzaban en sus entrañas.

—Creedme que nunca hubiese puesto pie en vuestra fortaleza si tuviese otra opción. —Apretó los dientes y se arrepintió de haber hablado. Mucho estaba en juego para echarlo a perder por una antigua rencilla eclesiástica.

El maestro guardó silencio por unos instantes. Luego soltó un suspiro y se dejó caer sobre el sitial que descansaba a los pies de la espeluznante efigie.

—No es momento de revivir viejos desacuerdos, sacerdote guerrero— aclaró el kerhanni con gravedad—. La amenaza que se cierne sobre la marca nos obliga a pactar una tregua en nuestras diferencias. El futuro de la civilización pende de un hilo.

El corazón de Tiberio latió con vigor al comprender lo que significaba aquello. La sombra de la aniquilación que le había acompañado durante las últimas jornadas comenzaba a desvanecerse.

—La caída de Xe-Urtar ha marcado un punto de inflexión que no podemos pasar por alto —continuó el kerhanni, perdiendo la mirada en las sombras que se acumulaban en los rincones—. Si no actuamos de inmediato más tribus se unirán a la rebelión y ni siquiera los muros de Ur'Jakat podrán contener tal marea de odio. —La duda asomó en los gallardos rasgos del maestro, y Tiberio y su acompañante fueron conscientes de que la situación era mucho peor de lo que habían pensado. Si todos los pueblos de Selarkania se levantaban en armas la sangría se extendería durante décadas y la destrucción sería incalculable.

—¿Qué proponéis entonces? —inquirió el diácono de Othar con ansiedad. El resplandor de los braseros le otorgaba un aspecto siniestro a sus facciones afiladas.

El kerhanni enarcó una ceja, sorprendido ante aquella intervención.

—Lo único que sabemos hacer los miembros de la orden —replicó con dureza—. Matar a nuestros enemigos y engrandecer el nombre de nuestro dios.

—Al menos en eso estamos de acuerdo, kerhanni —respondió Tiberio con una sonrisa fiera. El líder de la guardia le devolvió el gesto con una carcajada que retumbó de manera lúgubre en los muros del salón.

A medida que las noticias acerca de la devastación causada por los bárbaros apretaba los corazones de Tiberio y su mesnada, los miembros de la Guardia sagrada aparecían alegrarse por la inevitable contienda que tenían entre manos.

Los preparativos para la batalla fueron en aumento durante las jornadas posteriores a la llegada de los refugiados. Los kerhanni apelaron a las tropas que se hallaban acantonadas en los confines de sus dominios, mientras los hombres aptos entre la muchedumbre de asilados fueron reclutados con premura. Cualquiera que pudiese empuñar una espada o un arco fue recibido con el beneplácito de Tiberio y el maestro Ad-Jedimm.

Al tiempo que esto ocurría, los batidores recorrían los caminos en busca del rastro de la horda bárbara. No tuvieron problema en dar con su legado de muerte y destrucción. El humo de los incendios se extendía a cientos de decenas de leguas a la redonda.

Los informes daban cuenta de una fuerza de cerca de diez mil hombres. Avanzaban en dirección a las puertas, convencidos que su ventaja numérica y la protección de los chamanes sería suficiente para arrasar de una vez por todas con sus enemigos ancestrales.

Aquellas nuevas desconcertaron a los selarkianos pero no consiguieron alarmar a los inquietantes kerhanni. Pasaban el día reforzando las defensas y entrenando complicadas formaciones de caballería en la extensa explanada que se abría enfrente del paso fortificado.

Tiberio y sus oficiales contemplaban todo aquello con una mezcla de envidia y admiración, con-

vencidos de que los miembros de la guardia sagrada eran dignos de la leyenda forjada por sus antecesores.

Los días pasaron incólumes e incluso algunos llegaron a pensar que la batalla nunca tendría lugar. No sabían lo equivocados que estaban.

El sacerdote guerrero cruzó el umbral de la estancia y advirtió el olor a mirra y azafrán que flotaba en el aire. La testa bestial de Korghhan parecía haber cobrado vida bajo el resplandor de los braseros que llenaban los rincones.

—Están aquí. —Ad-Jedimm permanecía postrado sobre el solio con mirada ausente. Por unos momentos parecía fundido con la efigie que se alzaba encima de su cabeza.

—Lo sé —respondió el clérigo de Othar con tranquilidad. De alguna manera experimentaba cierto alivio al saber que todo se decidiría al día siguiente—. Los batidores han avistado a sus exploradores en el valle.

El maestre suspiró y tomó la copa de cristal que descansaba sobre el brazo del sitio. El líquido rojizo resplandeció como el fuego al ser tocado por el espejismo lunar que se filtraba por la cúpula.

—Mis hombres han esperado este momento desde hace siglos —musitó, bebiendo un largo sorbo—. Siempre supimos que las tribus salvajes vendrían algún día por nosotros. —Aquellas palabras encerraban un desconcertante placer que consiguió estremecer a Tiberio.

—Al parecer la expectativa de enfrentar a vuestros enemigos no os alegra el corazón, servidor de Othar —comentó Ad-Jedimm con aire burlón.

Tiberio respiró hondo y enfrentó aquellos ojos cargados de misterio.

—Al contrario de vuestro pueblo, la guerra para nosotros es un mal necesario —respondió con honestidad.

El líder de la guardia sagrada dio un respingo y apretó los labios.

—Para nuestra nación el conflicto es un arte que nos llevó a la grandeza —aseguró con resque-
mor.

—Y os arrastró a la destrucción también. —Tiberio parpadeó y se maldijo a sí mismo por haber hablado de aquella manera. Después de todo, los kerhanni le habían apoyado sin esperar nada a cambio.

Ad-Jedimm le sostuvo la mirada con dureza pero nada en su expresión parecía haberse alterado.

—Disculpadme —confesó Tiberio con resignación—. No soy quién para hablar así de vuestras tradiciones.

El maestre se irguió y las piedras preciosas que adornaban el caftán cobraron vida en una orgía de destellos multicolores.

—No tenéis que disculparos, extranjero. —Había resentimiento en el tono del kerhanni—. Mañana veréis con vuestros propios ojos cómo lucha la guardia sagrada. —El maestre abandonó el inmenso salón dejando el eco de sus pasos como único testigo de su presencia.

Tiberio de Arruan cerró el broche de la capa y se sintió más solo que nunca en aquel espeluznante lugar.

CUATRO

Jacques de Verk experimentó una punzada en la boca del estómago al constatar la dimensión de la fuerza enemiga. Los bárbaros se desplegaban en la embocadura de la llanura en medio de gritos y cánticos que el viento arrastraba hasta su posición. Volvió la vista hacia el resto de sus compañeros y sospechó que eran víctimas de la misma aprensión que le arrebató el aliento.

El miedo y la resolución luchaban por partes iguales en la expresión de Vendakam. El sureño sería su compañero en el ala derecha, mientras Tiberio y Muñiz comandarían el ala izquierda. Su misión consistiría en enfrentar a la caballería darusiana y proteger el flanco de los kerhanni, los cuales lanzarían sus monturas acorazadas en contra del grueso de los rebeldes.

La mesnada de Tiberio no envidiaba la labor de la guardia sagrada. Los cuatro mil jinetes al mando de Ad-Jedimm intentarían romper la nutrida formación de infantería deménida que comenzaba a desplazarse a través de la explanada como una plaga de langostas. Los yelmos de bronce y las armas de los vándalos arrojaban destellos al ser acariciadas por el sol que se alzaba en el firmamento, testigo mudo de la contienda que se desataría a continuación.

Tiberio desmontó y plantó la rodilla en la hierba mientras ofrecía una plegaria al señor de la guerra. Algunos siguieron su ejemplo, aunque la mayoría apenas podía despegar la vista de la inabarcable masa de invasores.

Jacques miró a los miembros de la Guardia Sagrada que ocupaban el centro de la formación. Se sorprendió al captar la resolución que ardía en la mirada de aquellos altivos guerreros. Los años de constante entrenamiento los habían convertido en soberbios asesinos, dignos herederos de la nación que alguna vez había dominado aquella tierra con puño de acero.

El silencio que inundaba la línea se deshizo bajo los acordes de los cuernos que hacían eco en los muros de la fortaleza. Una nube de polvo se alzó en el sendero mientras los colores de Korghan ondeaban al viento y la cota dorada del maestro Ad-Jedimm sobresalía por encima de las corazas de plata de su escolta personal. Un clamor cobró vida entre los acólitos del señor de la venganza mientras golpeaban las espadas contra sus escudos. El caudillo kerhanni, ataviado con panoplia completa, recorrió la línea saludando a sus hombres como si se tratase de sus propios hijos.

Se detuvo unos instantes en el flanco derecho e intercambió unas palabras con Tiberio de Arruan. Ambos líderes sellaron su alianza con un apretón de manos que despertó la admiración entre la tropa.

Entonces, los retazos de gritos y lamentos provenientes de la llanura les obligaron a volver la atención hacia los primeros focos del combate. Los arqueros, ocultos en el bosque desde la noche anterior, habían comenzado a castigar la compacta formación deménida. Algunos jinetes darusianos enfilaban hacia la floresta en medio de aullidos salvajes.

—¡Qué estamos esperando! —rugió Ad-Jedimm, levantando la cimitarra y encarando a la tropa.

—¿Permitiréis que los salvajes aniquilen a vuestros aliados?

Un coro de voces indignadas fue su respuesta.

Los ojos del maestro refulgieron con furia bajo el yelmo. Señaló a la turba bárbara y descendió al trote la colina que le separaba de la explanada, sin mirar atrás. Los kerhanni le siguieron al tiempo

que recitaba una plegaria que caló hondo en el corazón de sus aliados:

“Oh Korghán, vuestras plegarias de venganza arden en mi carne y avivan la flama que late en mi pecho.

Guiad mi mano en el combate y permitid que enfrente la victoria o la muerte con la frente en alto y una sonrisa fiera.”

Hipnotizado por aquellos cánticos, Jacques de Verk se dejó arrastrar por la fuerza primigenia que latía en su corazón. Hundió los talones en los ijares de la yegua y se entregó a la voluntad de los dioses, mientras sus ojos buscaban con aprensión la línea enemiga en medio de una nube de polvo. El suelo temblaba bajo el peso de las cabalgaduras acorazadas de la Guardia Sagrada. La polvareda nubló su visión y el peso de la cota amenazaba con quebrarle la espalda, pero un júbilo demencial se había apoderado de sus sentidos y no le abandonaría hasta caer o salir victorioso.

Los darusianos dieron media vuelta para hacerle frente a la nueva amenaza. A pesar de carecer de cotas o armaduras, arremetieron con el irreflexivo coraje propio de los primitivos, coreando sus gritos de guerra.

En flanco derecho, desde los linderos del bosque, los exilados de Xe-Urtar cobraban su venganza mientras continuaban sembrando la muerte con una letal lluvia de saetas. Los deménidas se apretaban bajo sus escudos de madera y piel, pero era tal su cantidad que era casi imposible fallar el blanco entre aquel hormiguero humano. Los chamanes y los caudillos se movían de un lado para otro, señalando con desdén la nube de polvo que devoraba estadios y se acercaba con celeridad.

Mientras aquello ocurría, Tiberio y los suyos chocaban contra los primeros escuadrones darusianos. Los gritos se entremezclaban con el restallar de los aceros y los relinchos de las bestias, en medio de una cacofonía espantosa. El hedor de la sangre se alzó como un tufo dañino en medio de aquella salvaje refriega.

En el ala izquierda, Jacques y los suyos apenas pudieron reaccionar ante el ímpetu de los bárbaros. Las flechas alcanzaron al portaestandarte, y de Verk tuvo que saltar por encima de la cabalgadura que se derrumbaba enfrente de él. Desenvainó con premura, y pegó los muslos a la silla al tiempo que tomaba impulso y rajaba el rostro del primer rival que le hacía frente. El darusiano cayó del caballo y fue arrollado por los jinetes que seguían al guerrero. Una lanza surgió del caos y se hundió en el pecho de Vendakam.

Jacques se estremeció al ver caer a su segundo. El sureño se revolvió con las vísceras regándose a su alrededor. Sin embargo aquello duró tan sólo unos instantes, el caos de la refriega y la polvareda tiñeron aquella escena con un aire de irrealidad. El hedor de la muerte invadió los pulmones de Jacques y despertó sus impulsos más primitivos. Ahora la lucha era personal y cada hombre libraba su propia gesta.

El guerrero de Othar desvió un golpe de hacha con el escudo y cercenó una mano que intentó desmontarle. El caballo se encabritó y hundió el cráneo de otro bárbaro que se atravesaba en su camino. Todo era confusión, sangre y muerte. Los cuerpos de los guerreros se amontonaban sobre las mon-

turas y la locura reinaba por doquier, pero los hombres de Tiberio lograron imponerse gracias a la ventaja que les otorgaban sus yelmos de bronce y cotas de malla.

Jacques, agotado y cubierto de sangre de pies a cabeza, continuaba acosando a los supervivientes. Las escenas de horror vividas durante los días anteriores eran el combustible que alimentaba su sed de venganza.

Un darusiano se volvió para hacerle frente. Era apenas un muchacho pero en sus ojos ardía la crueldad de su raza. Desvió el golpe de la espada del jinete, pero resbaló sobre los intestinos de un caballo destrozado. De Verk no tuvo misericordia, lanzó un tajo que le abrió hasta el esternón y un placer demencial refulgió en su rostro salpicado de sangre y sesos.

Un clamor desgarrador inundó la llanura cuando la guardia sagrada reventó la barrera de carne y acero conformada por los deménidas, con la fuerza de un huracán. Cientos cayeron o fueron aplastados por aquellos diestros jinetes. Los kerhanni aprovecharon el peso de sus monturas y penetraron las defensas, dejando tras de sí una estela de muerte y espanto. El maestro encabezaba aquella pavorosa carga seguido de sus oficiales de confianza. Las inmaculadas cotas de los acólitos de Othar se opacaron con la sangre y las entrañas de sus enemigos, mientras las monturas hundían las pezuñas en pozos de sangre oscura y cuerpos mutilados.

El estandarte de la guardia flameaba orgulloso por encima de la turba enloquecida que trataba de reagruparse para detener aquella carnicería. Los jinetes acorazados se abrían paso a punta de espada y lanzas largas mientras los salvajes contraatacaban como hienas acorraladas. El portaestandarte fue alcanzado y los jinetes cerraron filas alrededor del cuerpo sin vida para recuperar los colores. En aquel embate cayeron varios caballeros, pero un grito victorioso surgió de aquellos fieros guerreros cuando la enseña de Korghan flameó en medio de la devastación. El sonido del cuerno se alzó en medio del caos y los jinetes de la guardia se reagruparon para organizar un nuevo ataque.

Los bárbaros aullaron desafiantes y elevaron sus macabras insignias con cabezas cercenadas, imaginando que habían conseguido ahuyentar al enemigo. Animados por sus caudillos, se lanzaron a la carga arrollando a los heridos y moribundos que tuvieron el infortunio de atravesarse en su camino.

Jacques contemplaba todo aquello con admiración. La locura del combate ardía en su pecho y deseaba regresar a la lid a toda costa. Respiraba con dificultad y apenas podía levantar el brazo que sostenía el broquel, pero nunca se sentía más lleno de vida que cuando entraba en combate. Entonces volvió su atención hacia la formación que se acercaba a todo galope. Los ojos de Tiberio de Arruan resplandecían como fuegos fatuos bajo unos rasgos sucios y ensangrentados. Tenía la cota desgarrada y un hilillo de sangre resbalaba por su frente. Sin embargo la sonrisa fiera que le ofreció a sus subordinados aceleró el corazón de Jacques.

—Vendakam ha caído —musitó el guerrero con voz gangosa.

—¡Qué Othar lo tenga en su gloria! —balbuceó el clérigo con ira y resignación. Hizo girar la montura y volvió la atención hacia los kerhanni que formaban en la explanada. Al fondo, el viento arrasaba la bravata de los bárbaros. Se desplegaban sobre la llanura sin orden ni concierto.

—Desplegad la enseña de Othar sobre vuestras lanzas —ordenó Tiberio, ajustándose el yelmo abollado—. Es hora de que los bárbaros y los kerhanni sepan de qué estamos hechos.

Ad-Jedimm esbozó un gesto de sorpresa al descubrir a los recién llegados cubriendo los flancos.

Algunos estaban heridos y otros apenas podían sostenerse en la silla, pero todos estaban resueltos a continuar hasta el final.

El mismo maestre apenas podía disimular la agonía en sus rasgos sudorosos. Un hacha deménida le había traspasado la cota a la altura de las costillas.

Desenvainó la cimitarra cubierta de sangre y señaló a la turba que se acercaba desafiante.

—¡Muerte o victoria! —aulló Tiberio de Arruan dedicándole un gesto lobuno al caudillo kerhanni. Los orbes de Ad-Jedimm recobraron la vitalidad antes de cargar sobre el enemigo.

Los jinetes avanzaron mil pasos antes de cerrarse como una cuña sobre el centro de los salvajes. Las picas enhiestas y la velocidad demencial de aquella carga consiguieron desbandar a los pocos darusianos que aún continuaban en la refriega.

Algunos kerhanni fueron alcanzados por una lluvia de saetas y lanzas, pero la mayoría consiguió cruzar indemne aquel muro humano, dejando un rastro de muerte a su paso.

Pegado a la silla y con el corazón en la garganta, Jacques no dejó de repartir golpes a las sombras que se cruzaban en su camino. En medio del caos y el desenfreno advirtió que aquella enloquecida carga tenía un propósito definido.

Protegidos por una densa formación de lanceros, los caudillos enemigos ocupaban el centro del avance. Los bárbaros continuaban cayendo en cantidades pavorosas, pero al final su número terminará por imponer al vencedor. Aquella descarnada verdad fue la que impulsó a los kerhanni a llevar a cabo aquel desesperado ataque.

Ad-Jedimm se desvió hacia la derecha y el anillo defensivo de los salvajes apenas pudo reaccionar. Mientras tanto, Tiberio y su reducido séquito encaraban a los hacheros que reculaban para defender a sus líderes.

Los filos destrozaban las cotas y partían los espinazos de las monturas, pero la mesnada aguantó la posición, dando muerte a todo aquel que estaba al alcance de sus picas y mandobles. Los cadáveres se amontonaban y el hedor de la sangre y los excrementos apenas permitía respirar.

Jacques luchaba como un infante más después de haber perdido su caballo. Apenas podía sostener el escudo pero soportaba como un león todo lo que se le echaba encima.

Vació las entrañas de un salvaje y luego hundió la hoja en la garganta de un nuevo rival.

Tiberio y los demás cerraron el círculo a pesar de las graves pérdidas.

Entonces un aullido triunfal surgió a sus espaldas.

Los kerhanni habían dado cuenta de la escolta de los chamanes y ahora se cebaban sobre los instigadores de aquella cruenta guerra. Algunos gritaban y lanzaban maldiciones antes de ser decapitados o abiertos en canal por los implacables acólitos de Korghán. Otros luchaban con denuedo y morían con el orgullo reflejado en sus rostros primitivos.

Tiberio dio un respingo al ver cómo el mismo Ad-Jedimm se sumergía en aquel nudo de hombres pintarrajeados, y les destrozaba con el martillo de batalla, animado por el clamor de la tropa. Aquello fue suficiente para desbandar la acometida de los deménidas, una nación primitiva y supersticiosa que temía más el poder de los brujos que a cualquier enemigo. Verles caer allí, masacrados por aquellos demonios enfundados en acero, fue suficiente para apaciguar cualquier deseo de conquista.

Ahora aquella masa abigarrada luchaba por abandonar el valle y regresar a las fronteras que les ofrecían protección.

En ese momento el combate se transformó en una espeluznante masacre que duraría hasta el atardecer.

Miles de nativos cayeron bajo el acoso de los arqueros y las incontables cargas de caballería orquestadas por Tiberio y el maestre de la Guardia Sagrada.

Jacques vagaba entre los cuerpos sin vida y los moribundos, rematando a los heridos con un hacha enemiga. Un deménida ensangrentado se arrastraba con esfuerzo. Sus ojos salvajes taladraron al hombre que se le echaba encima.

Jacques recordó a los muertos, los niños y los ancianos que se podrían en el camino tras la fatigosa retirada de Xe-Urtar.

El bárbaro sonrió con desdén antes de que Jacques le hundiera la hoja en medio de la cara. Un clamor en medio de los cuerpos le anunció una nueva víctima.

El guerrero elevó el arma con esfuerzo, aún había muchos que degustarían el sabor de su venganza.

* * *

Las piras ardieron por tres jornadas y se dice que la nube alcanzó las mismas fronteras del imperio de Admelahar.

A pesar de la aplastante victoria, el maestre de la Guardia Sagrada nunca se recuperó de sus heridas. Falleció una cuenta más tarde en medio de terribles sufrimientos, pero afirmando que jamás se arrepentiría de haber participado en aquella batalla. Fue enterrado con honores a las puertas de la fortaleza y su efigie se talló sobre la base de la montaña que circundaba el fortín.

Tiberio de Arruan y su mesnada continuaron protegiendo las fronteras civilizadas, y su leyenda se unió por generaciones a las gestas que narraban la pavorosa batalla de las Puertas de Ur'Jakat.



Mortimer Mortis Magister

Las Malas Memorias de un Mal Mago Malo

Hola, me llamo Mortimer Mortis Magister. No sé si es una frase épica para comenzar una historia. Lo que sí sé es que estaréis encantados de conocerme, aunque a mí conoceros me da exactamente igual. ¿Por qué? Porque... ¡Soy un mago malvado! ¿Por qué debería preocuparme por vosotros? Va contra mi naturaleza. Pero ¿sabéis que es lo realmente importante? Como todo hechicero me gustan dos cosas: morirme a la mitad de una aventura y contar mis historias... Vaya, la frase anterior sí hubiese quedado mejor como arranque, pero bueno, ¿qué le vamos a hacer?

Esto que voy a contaros ocurrió hace... ¿Quinientos años? ¿Dos centurias? ¿Hace media hora? Déjenoslo en un término medio: en una era que el mundo ha olvidado, hace mucho (pero que mucho, mucho) tiempo. Eso sí, me gustaría incluir un mapa o un prólogo con una batallita muy chula, pero no tengo tanto espacio. No obstante, como mal mago malo podría obligarles a que me dejaran más páginas, pero en fin... Tampoco estoy para escribir aquí una obra maestra, pese a que os enseñaré algo crucial (a veces no sé cómo sigo viviendo de lo crucial que soy). Sea como sea, centrémonos antes de que venga ese troll repulsivo (y perverso) y no pueda seguir con esto.

Nací en un lugar donde se elige ser mago, alquimista, soldado y/o borracho del reino como se eligen la mayoría de las cosas en mi mundo: por la suerte, por los designios de esa perra llamada fortuna (me encanta ser melodramático y copiar frases de otros cuentos, como esta, pero no se lo digas a nadie).

Por tanto, desde jovenzuelo, iba de un lado a otro haciendo mis cosas malvadas: persiguiendo unicornios para robarles la sangre (lo más de lo más), convirtiendo en príncipes a los sapos (¡salve, rey Gustavo I del Charco!), yéndome a la taberna con los orcos cuando tenía ya la mayoría de edad (unos cinco años)...

Lo que ocurre es que nunca fui un gran hechicero malvado. Por mi ascendencia todos esperaban que fuese un maldito villano, el próximo Señor Oscuro (o al menos Su Oscuro Alcalde)... ¡Y me hubiera gustado! Pero es que se necesita demasiado tiempo todo eso de criar trasgos en cavernas y pactar con salvajes, creando grandísimas torres para vivir solo sin poder montarte una buena fiesta de vez en cuando... Así que resulté ser una decepción.

No está mal. Era malo hasta siendo malo.

Lo peor es que me llamaba Mortimer Mortis Magister. Alguien con ese nombre... A ver, no puede ser Miss Bondad de la Tierra Embrujada. ¡Qué va! Como mucho, dama de honor y no, no estoy diciendo con esto que me vaya a poner ahora un vestidito (aunque me quedaría divino de la muerte)...

Oh, estoy divagando de nuevo... ¿Qué más da? Tú sigue leyendo, ¡te lo exijo, como mago malo que soy! (Por favor).

Lo que os venía a contar es que un día, el Lugarteniente del Emperador Sin Alma (sí, tiene un nombre ridículo), me llamó y me hizo ir hasta su ciudadela para encomendarme una misión (vamos, lo que se dice una entrevista de trabajo). Debería inventarse algo para comunicarnos a distancia, por cierto. Yo lo llamaría mor... mesen... tele... inter... teléfono... Suena bien.

Eh, pues nada, me tuve que dar una pateada desde la aldea de los lobos de Grikraphèçüthímksfp (si lo pronuncias bien, te doy un premio invisible). Se ve que en este mundo podemos pasarnos media vida batallando, pero lo que se dice construir carreteras y eso... No, es demasiado. ¿Infraestructura? ¡Qué va! Mejor crear orcos gritones, que son más útiles a la hora de matarte, saquear y esas cosas (lo digo de manera irónica, pero si eres un orco, no, lo digo en serio).

Eso... Que estaba yo caminando como un descosido (bueno, iba de carreta en carreta, lo que se conoce como autoestop sin que lo sepa el conductor) hasta que llegué. Sabes que te hallas (me encanta decir “hallar”) en una ciudadela del mal porque tiene muros altos (perdón, prefieren ser descritos como ciclópeos, que para algo los hicieron los cíclopes), una altísima torre negra y, sobre todo, porque apesta como un montón de orcos sucios (como si los hubiera limpios...) jugando a una batalla de barro bajo los soles del verano en un estercolero particularmente sucio.

Me encaminé hacia él por el camino de baldosas (negras. Eran amarillas antes, pero a todo el mundo le daba por cantar y eso). Un par de trasgos me recibieron amablemente dándome una paliza (totalmente gratuita, ¡eh! No hay que pagarla ni en incómodos plazos). En definitiva, luego me tocó subir por una de esas torres grandísimas, con todas esas escaleras y burocracias... ¡Puff!

Total, que me llegué a cuestionar si merecía la pena subir hasta allá arriba porque es como: “¿qué más me da?”. Si quería verme aquel capullo del Lugarteniente que bajase, que para algo le pagaban bonitas comisiones en diamante y joyas negras. Funcionarios... Pues nada, que me eché en las escaleras y tal a descansar o a pasar la tarde (lo que me viniese mejor).

Me encanta hablar con los guardias, porque se supone que no se pueden mover, así que son buenos conversadores. Les conté mis rollos: que si habría que reconstruir aquella vieja ciudadela que tenía un gran burdel, que si no odian que los enanos tengan barbas tan largas, que si han escuchado esa ultimísima profecía que asegura que un tipo patizambo (con su arma definitiva: un calcetín usado) acabará con un tipo que tiene un primo que a su vez es hermano de un amigo de la infancia del Emperador Sin Alma, blablablá... En fin, me eché unas risas exageradas y el cabreo del Lugarteniente no se hizo esperar. ¡La gente mala tiende al cabreo con una facilidad facilísima!

Oí (o escuché, yo que sé) toses.

—¡Alguien debería darle un caramelo a ese colega vuestro que se está pudriendo!

Y me partí de risa, que para algo ha sido un gran chiste...

Hasta que me partieron un bastón en la cabeza. Me suele pasar con una frecuencia inusitada... En esta ocasión, lo identifiqué con facilidad: báculo de Lugarteniente. Me ha pegado desde atrás, estando a mis espaldas. Suena tan... Tan “horripílitico”.

Automáticamente, me levanté. Me puse más firme que la Torre Torcida de Rote. Debéis saber (sobre todo las chicas guapas que lean esto) que me parezco a mis antepasados, que son muy molones en

esos cuadros tan bien pintados: perilla (sobre) saliente, pantalones a cuadros, abrigo negro, camisola que un día fue blanca, un cetro partido que he arreglado con la sofisticada magia de atarlo con una cuerda, mis ojos pintados (es la última moda entre los repipis elfos)... A todo esto, que soy el tipo más firme que han visto nunca (aún estando borrachuzo). Así que hice una reverencia y dije todo, completa y absolutamente, serio:

—¿Qué pasa, jefe? ¿Cómo le trata la vida?

Si un golpe con un báculo duele, dos ni te cuento...

—¡Reclamé su presencia, Mortimer Mortis Magister, hijo de Mortimer Magister, hijo de...!

—¿No irá a decir algo feo, como hijo de...?

—¡No!

—Ah, pues recuerde que también tenía una madre muy maja. Me parece un poco machista eso de hijo de... Hijo de mi madre, también. Si se me permite, señor... ¿Sabe?

—¡Escuchad aquello para lo que os he llamado o acabaréis en las mazmorras de esta torre!— dijo el Lugarteniente, no sé si como una amenaza o como un chiste mal, pero que muy mal contado.

Era un tipo amenazador (por su-puesto). Tenía una barba larga que no molaba mucho y una mirada oscura como boca de trago. Su nariz ganchuda, sus cejas pegadas... Debía medir unos, un... un metro y medio, pero estaba siempre cabreado así que había que respetar al trepa este. Sea como sea, lo que se dice un adonis, un adonis élfico, no era. Por cierto, no sé lo que es un adonis, simplemente, me sonaba bien esa palabra (fastidiaros aquellos que buscáis incoherencias, ¡ja!).

—¡Escucha ahora, Mortimer Magis Magister!

—Soy todo orejas... Y pelo bonito, ojos impactantes, boca sensual a la par que...

—¡ESCUCHA!

Empecé a asentir como loco. Un día, lo hice tanto que pensé que se me iba a caer la cabeza, pero lo vi divertido y seguí haciéndolo hasta que me mareé y me caí por un barranco. Cosas que pasan.

Sea como le dé la gana de ser, mi madre siempre me dijo que le desesperaba que estuviera hablando desde que nací y acabó provocándose una sordera para no escucharme. Era una mujer muy simpática antes de que se fuese a bailar con los elfos pacifistas fumahierbas de las praderas. Me cae bien esa mujer y...

—¿Me estáis escuchando, Mortimer Mortis Magister?

Dije que “sí” con la cabeza. Debía escuchar. Ir a una mazmorra no mola demasiado. No te dan conversación las máquinas de tortura, la verdad.

—¡Os he llamado porque el Emperador Sin Alma busca un objeto de poder que le haría aplastar cualquier gota de resistencia que haya en este mundo! —Tomó aire y añadió—: ¿Comprendéis, maese Mortimer Mortis Magister?

Y hago la gran pregunta, esa que mis fans se escribirán en sus armaduras:

—¿Otro? ¿Otro objeto? ¡Por las diosas enanas! ¿Por qué? A ver, ya hemos tenido que recuperar —y digo, haciendo inventario con cada uno de los dedos de mis manos, y algunos de mis pies—: sus pulseras mágicas, su collarín mágico, su bata de los domingos mágica, su baúl de poder mágico, que se parecía sospechosamente a una de esas cosas de maquillaje... Y no estoy insinuando eso que dice todo el mundo por...

—¡No debe exigir explicación, Mortimer Mortis Magister Ave Insolente de Malagüero! —Me en-

canta cuando se ponen a inventar títulos a la peña para pasar el rato—. ¡El Emperador Sin Alma ha perdido su arma de poder más significativa!— Pausa dramática. Redoble de tambor o de batería—. ... ¡Sus botas de metal!

¡¡¡Chán, CHÁN... CHÁÁÁÁN!!!

Tengo que hacer la pregunta que se quedará grabada en las polvorientas páginas de la Historia:

—¿Cómo diantres se pierden unas botas de metal? No es como si te quedas por ahí y dices “hala, se me han olvidado esas zapatillas de pelusa del ombligo con cara de duende que tanto me molaban”. Contra, ¡es metal! ¡Eso pesa!

—¡No debes contradecir los mandatos de tus señores!

—No los estoy contradiciendo ni estoy cuestionando, sólo estoy preguntándome cómo se puede ser tan... — Reflexiono y añado lo que iba a decir desde el principio (sííí, claaaaro, desde el principio)—: Tan olvidadizo. Tan olvidadizo es el Emperador Sin Alma y no, no olvida lo de no dar ni gominolas ni muslos araw para los pobres muertos de hambre. No, qué va, eso no... Coge y se olvida de su ropa. ¡Qué sospechoso, mi mal señor!

—¡Son botas de metal son para aplastar el cuello del pueblo!

—Las que tienen todos los políticos.

—¡Mortimer Mortis Magister!

—Ese soy yo... Es que, a ver, se ha olvidado de las zapatillas de los domingos y ahora va a mover todo este mundo yendo a por ellas. Nos convertirá a todos en sus sirvientes...

—Ya lo sois.

—Pues vale... Como ese instrumento de poder lo vuelva a tener uno de esos malditos enanos (que se meten unas pateadas que pa' qué) y quiera destruirla en un volcán de hielo... — La vara del Lugarteniente se iluminó con esa luz que varía entre convertir en una estatua o un montón de luciérnagas. Mal asunto, colega—. Quiero decir, como vuelva a tener que ir a por uno de ellos, lo aceptaré con muchísimo gusto. Por supuestísimo. No tengo nada mejor que hacer, no... —. Era mentira. Sí tenía cosas que hacer. Por ejemplo: no hacer nada.

Y la “apacible” y animada charla siguió. Que si como Lugarteniente es muy malo, que si el mal avanza, que la edad del ser humano termina y la edad del orco comienza, que si los semielfos oscuros son unos traidores, que si los juegos de tronos están amañados, que si lo de ser funcionario ahora está mal pagado, que no sé qué, que no sé cuánto, un rollo repollo, que si patatín, hijo de patatán, y lo de aquí y lo de más allá... Que nada, que necesita un psicólogo o algo y me aburro.

Acabo aceptando, yo, en plan todo épico, y me encomiendan guiar a un grupo formado por un apesotado orco, un pestilente troll (al que obligaré que me lleve a lo... ¡Caballito!), un duende tramposo (escupo en los arcoíris) y alguna asquerosidad más (como un vendedor de papiros a domicilio). En fin, así es la vida y estamos en crisis, así que le digo:

—Vale, que sí, que voy.

Me dejó irme en paz tras soltarme no sé qué profecía. Hay más profecías que estrellas en el cielo y eso... Todo esto ha sido para mí más aburrido que un día sin elfas...

Tras irme con mi patrulla, hice lo más sensato que se puede hacer en este mundo cuando te mandan a hacer, bajo castigo, un cometido tan ridículo... Irme con toda esa gentuza maloliente a tomar unas birras a la taberna y emborracharme lo suficiente hasta olvidar. Porque tarde o temprano, es tiempo

de olvidar hasta los estereotipos... O yo qué sé. Eso era lo crucial que quería enseñarte al principio (sí, sí, te dije que iba a enseñarte algo crucial y era eso. Lo sé, no me des las gracias).

Me llamo Mortimer Mortis Magister y prometo que algún día sabrás más de mí. Todo mal mago malo necesita unas memorias (en quinientas partes, con doscientos escritores y un montón de juegos de rol), por lo que esto no es un adiós, esto es sólo para dejarte con la hiel en los labios (muahahaha, qué malote soy)...

Hasta pronto, si tal...

PD: ¿Alguno de vosotros tiene un par de monedas de oro? Es para un fin benéfico... Pagarme las birras... ¿No? Malditos pobres...



Historias de Aklas Terr

Capítulo 1: La Huida

En mitad de la noche. «¿Por qué, de repente, todo se ha vuelto tan oscuro?», se preguntaba Íllea mientras corría. Sus ojos rojizos estaban preparados para ver a través del espesor de la noche, pero por algún motivo, su vista acababa de fallarle.

Había elegido el bosque porque sabía que sería más difícil para los arqueros. Pero no había contado con que la espesa vegetación ralentizaría tanto su paso.

«¿Dónde están mis pies? ¡Maldición! ¡Es imposible centrar mi atención en dónde piso si no los veo!».

La joven vántiog se sentía en medio de una esfera dónde sólo existía la sensación de vacío. Sin aire, sin sonido, sin vista... Como si estuviera ahogándose bajo el agua y el tiempo se hubiera detenido a su alrededor. Sintiendo el escozor de las ramas que arañaban su piel, y el eco de un corazón que retumbaba como si quisiera salirse del pecho. Era como si estuviera viviendo la experiencia en tercera persona y no desde lo más profundo de su desesperación.

«No importa. He de seguir avanzando. Tengo que escapar como sea».

La determinación de la chica era admirable. Se sentía exhausta, apenas si le quedaba energía para seguir corriendo. Estaba sola, asustada, angustiada. Huyendo de la misma gente que una vez consideró sus *amigos*.

La joven expulsó el aire de sus pulmones en un fatigado suspiro, sin saber aún que su nublada visión no era sino la reacción ante un incidente que todavía no había llegado a su mente consciente.

«¿Qué es este dolor agudo en mi muslo? ¿No me habrán...?».

Rozó con la mano algo que la alarmó. Su instinto de supervivencia la invitó a negar la realidad, pero su sentido común la arrastraba hacia ella. Palpó el origen del dolor e intentó enfocar su mano. La visión le respondió, volviendo a ser clara para confirmar sus temores.

«¡Sangre! ¡Mi mano está llena de sangre! Me han dado», comprendió horrorizada.

«¿Etté, pero de dónde vienen los proyectiles? ¿De qué dirección?».

Por más que lo intentaba, la pequeña prófuga no conseguía oír más allá de sus lamentos y jadeos. Los nervios no eran buenos compañeros cuando se trataba de una prueba de concentración.

La flecha seguía clavada en su pierna, pero la chica estaba decidida a no prestarle atención. Si ahora

se detenía, todo habría acabado, y eso era algo que no permitiría. Sabía que, en caso de acorralarla, ella no sería rival para enfrentar a los Guerreros Tatuados, pero aún no estaba todo perdido. Aún contaba con su voluntad.

«¡Zzzzzzzuf!», algo silbó en su oído.

«¡Etté!». Más dolor. Otra vez.

En esta ocasión la flecha solo le había rozado el hombro. No era importante, pero la que permanecía aún clavada se lo estaba poniendo difícil. La maleza ejercía una discreta pero constante tortura al rozar con el extremo libre de la saeta. Íllea sentía la sangre resbalar por su pierna, caliente, marcando el tiempo que le restaba como un contador fisiológico.

Sirviéndose sólo de su fuerza no lograría partir el astil. Necesitaba valerse de algún elemento natural. Aminoró el paso para localizar algún tronco lesionado. Poco después, atisbó una alargada hendidura en una encina. Se detuvo un segundo, para introducir el extremo de la flecha en el hueco. Sujetó fuertemente la base de la herida y, con decisión, empujó la pierna hacia un lado. El vástago de madera se partió a ras de su mano.

Íllea siguió corriendo, forzando su resentida extremidad. Le había quedado claro que sus perseguidores conocían su posición, por lo que detenerse en éste momento a tratarse la herida no era una opción. Además, sus niveles de magia estaban por los suelos, lo que implicaría abortar su plan para despistar a los soldados si empleaba la energía mística en curar la herida. Sin embargo, le preocupaba que el sangrado pudiera hacerle perder la consciencia. Resolvió que, siempre que la herida permaneciera taponada, podría darle tiempo a descansar y regenerar la energía mágica después de despistar a los guardias. Una vez hecho esto, podría emplear las primeras trazas de energía renovada en curarse.

Una vez que aclaró sus ideas, Íllea cerró los ojos y susurró la orden verbal que acabaría con su última reserva mágica. Su cuerpo se desmaterializó súbitamente para reaparecer a unos trescientos metros de distancia del lugar de origen. Ahora los soldados no sabrían dónde buscar. Solo el destino decidiría si le habría salido bien o no la maniobra.

Inmóvil tras el refugio de un vigoroso roble, la joven esperó a que los soldados pasaran de largo. Presionó su espalda contra la abrupta corteza y contuvo la respiración. Rezaba para que el manto de robles y encinas le concedieran su ansiada protección.

Pero no todo se puede prever...

Frente a ella, a sólo un palmo de distancia, una imagen fantasmagórica cobró forma. Era un hechizo de grado 3, de los básicos que se aprenden para comunicarse entre tropas o para mandar mensajes de media distancia sin alzar la voz. Y había sido precisamente ella quien había enseñado la correcta ejecución de aquel truco a la persona que se manifestó. Era Berkaj, el subcapitán de los Guerreros Tatuados.

—Íllea Temán, por el vehemente Ragx Té..., ¡¿Qué estás haciendo?! —la inquirió cercándola con unos brazos intangibles incapaces de tocar el árbol ni de ejercer el efecto deseado. Los ojos del subcapitán estaban desbordados de ira. Cerca de la locura.

La vántiog agachó la cabeza entendiendo que su plan había fracasado. Ella no sabía quién lideraba la partida de búsqueda, pero debió haberlo supuesto. De entre todos los jefes de patrulla que podían

haber elegido, habían tenido que mandar a Berkaj, su propio primo y su mejor amigo después de Claud. La chica había descartado la posibilidad porque el rango militar de Berkaj le confería misiones de mayor complejidad. El subcapitán solía coordinar y dirigir fácilmente escuadrones de más de 60 guerreros. Pero claro, las Manrét habían enviado a quién mejor la conocía. Una persona leal, servicial e incorruptible que podría vaticinar la mayoría de las acciones de la fugitiva. Una persona con la que había entrenado desde niña, de la cual había aprendido las artes de combate de su pueblo y a la que, recíprocamente, ella había ayudado con sus dificultades en la magia.

Al ver que la chica se había quedado muda, Berkaj insistió.

—Quiero que me expliques *por qué* una novicia de las Manrét, la primogénita del acto de consagración, reniega de su investidura en medio de los rituales de los Cinco Días robando la sagrada reliquia que protege a nuestra gente y que les da fe. —El subcapitán cogió aire para seguir hablando—. Quiero que me digas qué ha hecho que de la noche a la mañana te conviertas en una *traidora*.

El joven estiró la última palabra, como si no quisiera nombrarla, como si repudiara el hecho de relacionarla con la chica que tenía en frente. La preocupación que ahora transmitían sus oscuros ojos contrastaba drásticamente con la rabia del principio.

Ella, en vez de contestar inmediatamente, y sin estar segura del porqué, se detuvo a contemplar al guerrero que la acorralaba. El niño que había crecido junto a ella se había convertido en todo un hombre de 19 años. Íllea llevaba tres años enteros sin ver a su primo y quizás ésta fuera su última vez. Merecía la pena ese último vistazo de su enojado rostro. De su piel morena y su afilada barbilla. De cómo los tatuajes tribales de color azabache en pómulos y frente acentuaban en él ese aspecto salvaje tan característico de su pueblo. De su pelo, negro y liso, recogido en una alta cola para parecer más amenazante. Y, sobre todo, merecía la pena verse reflejada en esos profundos ojos que, sin palabras, hablaban.

No aceptaría su justificación. La joven estaba segura de que la explicación que su primo buscaba no sería la que ella iba a darle. Pero aún así, a su manera, ella lo intentó.

—Estáis equivocados, Berkaj. El pueblo entero se equivoca. Seguir a Ragx Té nos está corrompiendo. Estamos dejando de ser *humanos* por seguir los oscuros designios de ese dios.

Berkaj no comprendía a qué se refería, pero tampoco podía demorarse más. Los subordinados estaban esperando órdenes y su hechizo estaba a punto de expirar. Debía actuar.

Berkaj bajó su mirada, reflexionando sobre qué hacer. Él amaba a su pueblo. Era defensor acérrimo de sus creencias y de la fuerza que Ragx Té les daba. Hace siglos, cuando su tribu estuvo a punto de ser exterminada por los pueblos enemigos, el dios les ayudó y les cedió la poderosa reliquia. Gracias a los Pergaminos Sagrados, los Vantioga se hicieron fuertes guerreros, prácticamente invencibles, y la victoria se inclinó a su favor.

«¡Por todos los dioses, mi pueblo es mi vida! —se dijo el joven a sí mismo—, pero Íllea...»

—Está bien. —Berkaj se resignó. Elevó su rostro, fulminando con la mirada a la chica. Aún había una chispa de luz en aquellos ojos, Íllea lo podía sentir—. Te dejaré marchar. Dame los pergaminos y te dejaré ir. Ya me inventaré una excusa creíble para los soldados. Y respecto a las Manrét... —Berkaj emitió un pequeño gruñido de frustración—. Si les devuelvo lo que robaste, y les juro que lo entregue arrepentida y voluntariamente, al menos tendré algo en lo que apoyarme para interceder en tu favor.

La pequeña vántiog abrió sus ojos como platos. El trato que le ofrecía su primo la pilló totalmente desprevenida. Jamás se hubiese esperado que Berkaj, la persona con el sentido del deber más integro de todo su clan, renegase de sus obligaciones... por ella. Al comprender, una triste sonrisa contagió de bondad su mirada. Berkaj seguía viviendo en un sueño. El sueño de que las Manrét eran las perfectas regentas. Las sacerdotisas de Ragx Té cuyas normas y rectitud nos unían como vantioga. ¡Qué equivocado estaba! Nada más lejos de la realidad. Las Manrét eran crueles, intransigentes. No dejarían de buscarla después de lo que había hecho y, ni mucho menos, le perdonarían la vida. Además, Íllea elegiría morir cien veces de la forma más horrible antes que regresar y someterse otra vez a su dominio. La delicada chica suspiró profundamente antes de enunciar su respuesta.

—No puedo hacerlo. Lo siento, Berkaj. Tendrás que matarme.

La expresión de paz contenida en el rostro de Íllea discordaba con sus palabras. Berkaj deseó no haberlas oído. La luz de la esperanza se apagó en el guerrero, dejando sólo unos ojos opacos que reflejaban una mirada vacía. Su semblante, ahora pálido, le hizo saber a Íllea que había tomado una decisión.

Berkaj desvió la mirada hacia un lado, como alejando mentalmente a la chica de él. Luego, volvió a sostenerle la mirada. Su consentimiento la sentenció.

—Pues entonces, que así sea.

Y su contacto expiró, dejando solo el recuerdo de una imagen que se perdió en el viento.

Íllea se quedó sola en medio del oscuro silencio. Esperando. Esperando la orden que le daría muerte. Inmóvil, formando ya casi parte del árbol. ¿Alguna vez habéis imaginado cómo sería vuestro final? Ella tampoco supuso que sería así.

Un silbido. De entre las sombras, de algún lugar frente a ella. El sonido de la saeta que permitiría que la joven, por fin, descansara de toda aquella *muerte* que había impregnado su vida. Una vez escuchó a alguien decir que no importaba cómo morías sino cómo hubieras vivido. Ella creía en eso. Estaba luchando por ello. Por el sueño de lograr enmendar parte de su desastrosa existencia. Sin duda, una parte ínfima que no valdría para atravesar la Puerta del Perdón una vez muerta. Pero que tal vez... sólo tal vez... le diera un significado a su miserable estancia en Aklas Terr.

La flecha se abrió paso, veloz, entre árboles y matorrales, cortando los vivos arcos de yedra roja que estrangulaba los ramajes. La pequeña novicia registró cómo se acercaba *lentamente* hacia ella, avanzando directamente hacia el centro de su frente, impetuosa y poderosa, pero a la vez, magnánima. Es curioso cómo la sensación temporal parece eternizarse cuando sabes que vas a morir. Cómo aquello que debería durar un instante puede embriagar las percepciones hasta hacer que ese trance dure infinito. «Muerta estoy. ¡Tà Etté, tà Sum Té! Ruego para que lo que guardo no sea encontrado»¹.

* * *

¹ «Tà Etté, tà Sum Té»: Expresión en lengua vántiog. Significa “Ayúdame Dios Mío, ayúdame Dios del Todo”. Té es el nombre genérico que los vantioga usan para las deidades. Siempre acompañan el nombre de la divinidad de esta terminación, que la clasifica como un dios. Sum Té (Dios del Todo) hace referencia a Adox Té. Esta es la deidad que está por encima de todas las demás y que, en teoría, las gobierna. Aunque no todo el mundo acepta su supremacía en Aklas Terr.

Ya estaba bien entrada la tarde y Hozz estaba cansado. El clérigo de la Orden de los Samaritanos se disponía a pasar la noche y lo que restaba del día descansando al lado del camino. El monje iba ataviado con su indumentaria oficial: una túnica completamente negra sobre la que se superponía un sayo sin mangas azul y de la que colgaba una holgada capucha. En la parte central del sayo, a la altura de su pecho, lucía el emblema de la segunda de las Ordenes de la Muerte: un laberinto sobre el que se alzaba la palma de una esquelética mano que daba la bienvenida al desorientado. La segunda orden tenía como norma ayudar al desvalido. Predicaba que, para que el alma de una persona cruzara la Puerta del Perdón y pudiera acceder al Descanso Divino, era necesaria una vida dedicada a procurar bienestar a los que eran más desfavorecidos. Esos eran los designios de Momom, divinidad de la Muerte, según sus hermanos samaritanos.

Escogió un lugar con tierra mullida y plantas herbáceas que lo acogerían como un lecho, a tan solo unos pasos de distancia del camino. Hozz tenía pánico a las bestias y pensó que cerca del camino estaría más protegido. Cubrió con la capucha su cabello, rubio y rapado, para protegerse del frío. Después, sacó una manta de su bolsa de viaje y se tumbó. Acomodó su espada a su vera y se echó de lado, con los brazos cruzados y las rodillas plegadas, arropándose a sí mismo y a su arma como si fueran dos hermanos. Parecía una tarde tranquila. Descansaría bien. O tal vez no...

Una espectacular bailarina se contorneaba sobre el clérigo, restregando sus sinuosas curvas sobre sus hábitos. El sonido de los cascabeles de sus muñecas y tobillos le hacía estremecer de placer. La sugerente pelirroja se inclinó sobre él, invitándolo a tumbarse debajo de ella. Hozz tenía una sonrisa de oreja a oreja. ¿Los sueños eran para eso, no? Para fantasear. Hozz estaba seguro de que a Momom no le importaría que levantara el celibato y... *otras cosas*, siempre que fuera en su imaginación.

Y es que el no ser humano conllevaba algunos privilegios. Él pertenecía a una raza arcana, de esas de las que ya apenas nadie hablaba. Hozz era un Tétradox. Una raza casi extinta que procedía directamente de los dioses. Esto significaba que, aunque la sangre ya estaba tremendamente diluida, por sus venas corría la esencia de una divinidad, lo cual le confería poderes innatos bastante *peculiares*. Uno de ellos era la capacidad de elegir y dirigir los propios sueños, concediendo un escaso margen de libertad a las fantasías que los integraban. No era una cualidad importante pero era revitalizante, y Hozz le solía sacar provecho cada noche.

Lamentablemente, no todo se puede controlar...

¿La relación se estaba tornando un tanto violenta o era sólo su sensación? Sin previo aviso, los rítmicos meneos de la pelirroja pasaron a ser fuertes sacudidas. El masoquismo estaba bien para ciertos momentos, pero esa noche se sentía mimoso y prefería algo más delicado. Cuando los zarandeos se transformaron en enérgicas patadas en el estómago, Hozz despertó, para comprobar con asombro cómo dos hermanos de la Orden de los Segadores de Almas le estaban dando la bienvenida a base de puntapiés. Las guadañas clavadas en el suelo, reflejando su adormilado rostro con el brillo del crepúsculo, le estremeció más que la visión de la propia pelirroja. Aunque no en igual sentido.

—Un momento, un momento. —Hozz intentó disuadirles por medio de la palabra mientras buscaba de reojo su espada. Y la encontró, en la mano de uno de ellos. Entonces el monje retrocedió, a gatas como un cachorro, alejándose de sus agresores bastante menos de lo deseado—. ¿Pero por qué tanta agresividad? ¿Es que no soy un hermano como vosotros?

El segador que no portaba su espada se agachó y ladeó la cabeza en un gesto bastante amenazante. Tenía la guadaña sujeta en su mano derecha y lo observaba como quien escruta a un ladronzuelo al que acaba de arrinconar.

—Estás maldito, lo puedo percibir. —El segador lo acusó señalándolo con un dedo inquisidor. Los polvorientos y grasientos mechones negros que enmarcaban su decrepito rostro le daban un aspecto enfermizo y macabro. Su voz sonaba extremadamente áspera. Con un movimiento desencajado y casi inhumano, inhaló parte del aire cercano a Hozz, para soltarlo después todo de golpe en una mueca de asco—. Hueles a estigmatizado.

Segadores de Almas. Así se llamaban los fanáticos devotos de la tercera de las órdenes que rendían culto a Momom. Al igual que las otras, sus hábitos consistían en una túnica negra provista de capucha y un sayo sin mangas. Pero en los segadores, el sayo era de color pajizo y el emblema de su centro mostraba la figura de un árbol que inclinaba todas sus ramas hacia un mismo lado. De una de aquellas ramas pendía la soga de una horca. El simbolismo era bastante significativo, pues los segadores eran el brazo ejecutor de la propia Muerte. No predicaban nada, excepto la supremacía de Momom y el total sometimiento a sus caprichos. No había que ser demasiado imaginativo para figurarse que esta orden de descabezados era la favorita del dios y, por tanto, la que gozaba de mayores privilegios. Pero el contacto directo con la sustancia mortífera del dios les pasaba factura. Cada uno de los segadores tenía transferida una gota de la capacidad de percepción del dios, por eso podían detectar a los estigmatizados. Pero a cambio, sufrían las consecuencias de llevar a la propia Muerte por dentro. Su aspecto físico se hacía más cadavérico con el paso de cada año, hasta el punto de poder determinarse la antigüedad de un segador según la huella de la demacración.

La misión de los segadores era perseguir y dar muerte a los detractores de Momom. Aquellos que hubiesen ofendido al dios de manera irreparable eran estigmatizados de forma sobrenatural por la misma deidad, creándose en su piel la Marca de los Condenados, una flor púrpura que servía de localizador para los fanáticos de las guadañas. Así te percibían. Y así percibieron el amargo aroma de la condena en Hozz.

El samaritano dudaba sobre cómo actuar. No era la primera vez que atraía la atención de los segadores pero sí la primera vez que no había podido esquivar el enfrentamiento. Esta vez lo habían pillado con la guardia bien baja. Totalmente desprevenido.

«¡Chicos! ¡Chicos, despertad! ¡No es momento para el letargo!», hablaba Hozz para sus adentros, concentrándose en buscar *algo* en su interior. Se preguntaba que tan profundamente dormidos estarían ahora sus amigos y cuanto le costaría despertarlos esta vez. ¿Por qué siempre estaban inactivos cuando más se les necesitaba, mientras que cuando prefería estar solo, allí aparecían para importunarlo?

El segador de la cabeza afeitada, el que le había robado la espada, miró a retaguardia y emitió una especie de siseo empujando el aire entre los dientes. Ayudado de un gesto, le indicó a alguien que se aproximara. Ahí fue cuando Hozz se dio cuenta de que no sólo le hostigaban dos segadores, sino cinco. Tres se habían quedado atrás, esperando a que sus compañeros les dieran información sobre si el hallazgo encontrado merecía el esfuerzo del camino.

Hozz tragó saliva.

—Hermanos, esperad. —Elevó las manos, invitándolos a la calma—. Estáis en un error. Lo que no-táis no es la Marca del Condenado, sino... *otra cosa*. —Hozz rió con nerviosismo, intentando restar importancia a la situación.

«¡Chicos!», insistió el samaritano, ya con cierta entonación de reproche. Las voces de su cabeza parecían no querer despertar esta vez. «¿Dónde estáis? Necesito vuestra ayuda».

Era bien cierto que los Tétradox gozaban de un tipo exclusivo de poder, pero esto no tenía por qué implicar que sus destrezas estuvieran por encima de las de una persona bien entrenada. La mayoría de las veces, ésta diferencia de habilidades no constituía una gran ventaja en el campo de batalla. Otras veces, sí. Eso era según la dependencia que tuvieran sus enemigos de la *materia orgánica desprendida*, esto es, de aquella que no estuviera formando parte de un ser vivo, ya fuera animal o planta, pero que procediera de él. Y es que el principal talento de los Tétradox implicaba la aceleración o ralentización de la descomposición de éste tipo de materia.

Los otros tres clérigos se aproximaron a Hozz. Dos de ellos eran exageradamente altos y parecían gemelos. El que sobraba, el más harapiento, tenía cara de bobalicón. Ninguno de ellos tenía expresión de tener un buen día. Aunque, claro, al ser segadores, esto era normal.

—Matémosle —propuso uno de los gemelos.

—Sí. ¿Para qué demorarnos más? —puntualizó el otro.

El que antes había olisqueado a Hozz se incorporó para continuar hablando. Sus rasgos físicos estaban notablemente más corrompidos que los de sus compañeros, por lo que sería el de mayor rango.

—Dime, ¿y cuál es esa misteriosa explicación que piensas te va a salvar de una muerte segura? —preguntó el segador.

—Esto... pues... resulta que lo que percibís no es el resultado de la Marca de Los Condenados, sino más bien es porque... mi naturaleza... mi naturaleza es semidivina, y por eso emano este efluvio empíreo que se confunde con la impregnación que la Marca posee de esta esencia.

El de la cara de tonto abrió mucho los ojos. Por un momento, todo permaneció en el más profundo de los silencios.

Luego, el líder comenzó a reír estrepitosamente y su risa fue secundada por un coro de carcajadas.

—Si esperas que nos creamos eso es que o estás loco o eres tonto —respondió el cabecilla de manera tajante, sin rastro de la sonrisa que antes lucía—. Y ninguna de esas dos circunstancias te salvará de morir aquí y ahora.

«¡Desnúdate!», una voz masculina se dignó a aparecer, demandando la inusual petición desde dentro de Hozz. La emoción que sintió el monje al escucharla se materializó en una sonrisa, la cual quedó interrumpida tras prestarle atención a sus palabras.

«¿Qué me desnude, dices? ¿Crees que es momento de bromas?», le replicó Hozz agitado, sin que sus hostigadores fueran conscientes de la disputa que se libraba en su interior.

«¡Confía en mí, Hozz! ¡Vamos, desnúdate! No podrán encontrarla»

—¿Y ahora por qué sonríes? —inquirió el segador jefe—. ¿Es que te hace gracia la idea de que te demos muerte aquí mismo? Desde luego, samaritano, pareces estúpido. Me agotas la paciencia.

Hozz ignoró la amenaza mientras asimilaba lo que su amigo quería decir. Utten, la voz masculina que anidaba en él, era el mejor improvisador que nunca había conocido. Lo malo es que sus ideas no siempre salían bien...

Hozz se puso de pie, añadiendo una larga zancada hacía atrás, alargando como pudo la distancia con sus acosadores.

—¡Dejaré que me examinéis! Así comprobaréis que no poseo señal alguna —propuso el samaritano, empezando a desabrocharse el sayo.

La idea dejó al líder de la patrulla un tanto... *desconcertado*. Era la primera vez que un estigmatizado intentaba demostrar su inocencia. No sabía qué pretendía, pero la idea de descubrirlo era cada vez más tentadora.

—¡Pero qué haces, marrano! ¡Te voy a matar! —gritó el de la cabeza afeitada, pretendiendo cargar contra él.

Pero el jefe le cortó el paso, interponiendo su brazo libre entre Hozz y el potencial asesino.

—Está bien. —concluyó el líder con un extraño brillo en los ojos—. Continúa.

Hozz obedeció.

Cuando el monje estuvo en cueros, el líder le indicó con un gesto que rotara sobre sí mismo. Esto les permitiría observar todos sus ángulos y asegurarse de que la flor purpúrea no estaba en el cuerpo del samaritano.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los gemelos, señalando una de las cinco o seis extrañas deformaciones que el clérigo tenía repartidas por su piel—. Parecen quemaduras.

—Son... eso mismo. Quemaduras. Trabajé de herrero durante un tiempo.

La mentira quizá pasara por verdad. El tejido ulcerado estaba en extremidades, cuello y vientre, y no abarcaba amplias zonas. Podría resultar raro que un herrero trabajara sin protector pero tampoco era imposible. En cualquier caso, no eran la marca que buscaban.

Tras un embarazoso escrutinio, la sombra de la duda se cernía sobre los rostros de los segadores. La desconfianza estaba cambiando a pura perplejidad. Si no había marca, el joven no podía ser un repudiado de Momom. Así de simple.

—Está bien, no pareces culpable. Aunque ni por un momento pienses que me voy a tragar eso de que tienes sangre divina en tus venas —dijo el líder—. Lo más probable es que hayas estado en estrecho contacto con algún estigmatizado y, de forma transitoria, se te haya pegado el hedor. Pero claro, tú lo negarás. —El segador chasqueó la lengua—. Supongo que no vas a decirnos con quién has estado ni por dónde se fue, ¿verdad?

Hozz le miró como si no supiera de lo que estaba hablando.

—¡Ah! Lo que yo pensaba... —concluyó el jefe, el cual se dirigió a sus hombres sin despegar la mirada de Hozz—. Iros. Ya hemos perdido bastante tiempo con este tipo. Yo os alcanzo luego.

El de la cabeza afeitada dejó caer la espada al lado de Hozz, fulminándole con una mirada que decía «*te has salvado por esta vez pero la próxima no tendrás tanta suerte*». El resto de los secuaces también obedecieron. Ninguno estaba convencido de la explicación que había dado su jefe pero tampoco les importaba mucho encontrar la verdad. Los cuatro caminaron a paso ligero, regresando por dónde habían venido.

Hozz recogió su ropa y tapó sus vergüenzas con el embrollo de telas. Luego intentó tomar su espada, pero el segador jefe fue más rápido que él. Con un suave movimiento de muñeca, el segador desplazó su guadaña para empujar la espada, que se deslizó unos metros sobre el suelo, alejándose de Hozz.

Hozz lo miró sin comprender.

—Yo no he dicho que te pudieras ir. —aclaró el segador. Una pícara sonrisa le iluminó el rostro. Sus ojos volvieron a brillar—. ¿Quien me dice a mí que no tienes la flor purpúrea en alguna zona más *atípica* de tu cuerpo?

El samaritano seguía sin comprender.

«*Huye*», la voz de Utten volvió a sonar en la cabeza de Hozz. «*¡Recoge tu espada y lárgate de aquí pitando!*»

—No se..., tal vez en la parte interior de los muslos, o entre las nalgas, o... —El segador caminó sinuoso, casi juguetón.

Hozz comenzaba a entender. Y no le gustaba nada el matiz que había tomado el asunto.

A medida que el segador se acercaba, Hozz retrocedía con una clara expresión de «*tierra trágame*».

«*¿Qué hacéis, chicos?*», una voz femenina interrumpió la congoja de Hozz. «*¡Ahí va, Hozz, estás desnudo! ¿Qué me he perdido?*»

«*Es una larga historia, Arika. ¡Nuestra integridad peligra!*», le respondió Utten.

Arika analizó la situación. Una vez despiertos, tanto ella como Utten podían percibir lo que sentía Hozz. Además, eran capaces de ver las imágenes que proyectaba su mente al recibir los estímulos externos. Prácticamente, era como estar viendo a través de sus ojos. En cierta manera, era como ser el propio Hozz.

Hozz ignoró la conversación de sus dos amigos y se concentró en la forma de recuperar su espada. No podía huir sin ella. Era su más útil posesión.

«Una piedra, un palo chico, unas cuantas hojas, otra piedrecita, algunas semillas, otra piedra... », Hozz evaluaba su entorno mientras retrocedía. No había demasiada materia orgánica desprendida y el samaritano cada vez estaba más lejos de su arma. Además, el tipo de tierra era eminentemente mineral, sin apenas humus que aprovechar. Sin embargo, tal vez pudiera valerse de las posesiones de su oponente.

«*¡Vaya, Hozz, parece que le gustas mucho! ¡Jo, jo, jo! Mi instinto me dice que desea darte mucho cariño*», comentó Arika divertida. Ella tenía un don para advertir las emociones de la gente. Aunque en este caso, no le hizo falta utilizar su capacidad empática.

«*Prrf, pffffff...*», Utten intentó contener la risa pero no era la persona más indicada para ignorar el aspecto divertido de las cosas, y Arika había empezado. «*¡Bwajaja, ja, ja... ay... ay, que me da!*».

Hozz les escuchó reír. Indignado, les replicó con ironía.

«*¡Ah, sííí? ¡Seguro que no os reís tanto cuando sintáis lo que yo, si ese pervertido me coge! ¡Y... por todos los demonios... dejadme pensar!*».

«*Ups*», Utten comprendió.

¡Sus sandalias! Las suelas del calzado del segador eran de esparto. Materia orgánica desprendida. Hozz se dio cuenta de ese detalle en cuanto sus amigos se callaron. Ésta era su oportunidad.

Decidido, el monje estiró la mano y usó su poder de descomposición sobre las sandalias. El risueño violador se encontraba ya bastante cerca. Repentinamente, el segador notó algo caliente licuándose en sus pies. Las suelas habían pasado de sólidas a un compost maloliente cuyo color recordaba al lodo. Hozz aprovechó para empujar al segador y salir corriendo en dirección a la espada. El acosador no pudo evitar resbalar y caer de culo. Vio como su presa se alejaba e intentó levantarse, pero la

viscosidad del calzado hizo que otra vez cayera y se diera de morros.

—¡Espera, maldito! ¡¿Qué me has hecho?!

Hozz no le respondió. Simplemente recogió el arma perdida y echó a correr. Podía haberse vengado del mal rato que los *hijos de...* la tercera orden le habían hecho pasar, pero prefirió pasar del asunto. Hozz no quería problemas con sus hermanos. Esto podía atraer la mirada de Momom hacía él, y peor aún, hacia sus dos amigos. No podían permitirse correr ese riesgo.

Hozz se adentró en el bosque. Afortunadamente, los Tétradox veían bien en la oscuridad, pues ya había anochecido. El segador ahora le perseguía descalzo y realmente enojado, agitando con rabia la guadaña sobre su cabeza. Con lo que Hozz no contaba era con el hechizo de visión nocturna que, casualmente, sabía realizar su perseguidor, lo que les llevó a estar un largo rato corriendo uno detrás de otro en medio de la incipiente noche.

Horas después...

En lo alto de un fornido roble, acompañada del canto de los grillos, una ardilla escudriñaba curiosa al nuevo inquilino de su hogar.

«¿Ya se ha ido?», preguntó Utten.

«Creo que sí. Llevo un buen rato sin oírle. Creo que podemos suponer que no volverá», le respondió Hozz, encaramado a las ramas. «¿Arika está...?».

«Sí, ya está dormida. Y si no hay nada más que hacer yo...»

«Claro, Utten, descansa. Soy consciente de que os debe dejar exhaustos el activaros durante tanto tiempo. Yo también dormiré. Supongo que en este bosque no habrá muchas bestias dispuestas a subir tan alto por una presa»

Y por fin, aunque el monje anheló el caliente abrigo de su manta perdida en aquella noche de otoño, Hozz descansó...

... durante un rato.

* * *

«¡Joder! ¿Y ahora qué es todo ese alboroto?». Hozz abrió los ojos. Oía movimiento y voces que se aproximaban desde lejos.

«¡Zzzzzzuf!»

Hozz se incorporó de inmediato cual perrito de las praderas. Reconoció el sonido.

«¡Flechas! ¿Pero qué...?».

De cuclillas sobre las ramas, Hozz buscó con minuciosa atención a los causantes de los disparos. Una cosa era fácilmente deducible. Si esa gente era capaz de lanzar flechas en la oscuridad de la noche, o bien veían perfectamente, o bien eran expertos arqueros de tiro a ciegas.

Mágicamente, de la nada, una chica apareció justo al pie de su árbol. Parecía asustada. Parecía estar huyendo. No se percató de la presencia del monje. Iba vestida con una sencilla túnica negra, de las que se utilizan para los viajes. No parecía ir armada. Era bajita, delgada y de piel morena. Sus cabellos eran lisos y negros, largos hasta llegar al comienzo de su pecho. Tenía tatuados pómulos, frente y manos, aunque la perspectiva desde arriba no facilitaba entrar en los detalles del dibujo. Lo que sí advirtió es que estaba herida. Su pierna chorreaba sangre y también tenía herido en el hombro,

además de llevar una muñeca vendada.

De repente, una imagen traslúcida se manifestó frente a ella y ambos se involucraron en una intensa discusión. Hozz supuso que el joven estaría usando algún tipo de proyección astral. El monje espió la conversación sin que su escondite fuera descubierto.

«¿Manrét?... Luego entonces... son vantioga», dedujo Hozz. Había oído hablar de las crueles y sádicas tradiciones de los vantioga, pero jamás se había topado con uno. Tenía entendido que eran una tribu huraña, endogámica, cuyos guerreros eran famosos por su ferocidad y por su compenetración casi sobrenatural. Eran humanos, pero tenían fama de demonios.

«Um... Hozz, ¿qué está pasando? ¿Quiénes son?», Arika volvió a tener consciencia.

«Son vantioga. Él la está acusando de traición»

Ambos siguieron escuchando.

La desesperación de los interlocutores sobrecogió el corazón de Arika. Él le había ofrecido un trato a la chica para salvar su vida, sin embargo, ella lo había rechazado. El instinto de Arika le indicaba dos cosas. La primera, que la chica necesitaba ayuda de manera urgente. La segunda, que había mucho más de lo que decían las palabras. Tal vez se equivocara, pero sentía que esa chica estaba a punto de dar la vida por lo que podría ser un malentendido.

«Hozz, tenemos que ayudarla», suplicó Arika. «Necesita ayuda, y como integrantes de la Segunda Orden debemos identificar al necesitado y ayudarlo».

«¡Pero qué dices, Arika! Esto, ni nos va, ni nos viene. Nuestro deber es hacer que la miserable vida de los pobres y enfermos sea un poco más digna, o que las almas de los muertos consigan una segunda oportunidad para redimir sus pecados y poder traspasar la Puerta del Perdón, pero nunca nos dijeron nada de defender a ladrones y traidores»

«Pero, Hozz, ella es inocente, lo puedo sentir. Mira su reacción, su mirada, su entereza...»

Hozz recapacitó. Arika no solía equivocarse en sus juicios sociológicos.

—Pues entonces, que así sea. —La voz del guerrero vantiog puso punto y final a la apasionada disputa, sentenciando a la chica con una promesa de muerte.

Inmediatamente después, su imagen desapareció.

«No sabemos ni cuántos son, Arika. Si la ayudamos, seguro que perdemos», replicó Hozz.

«¡Y si no la ayudamos, nos habremos perdido a nosotros mismos!—Arika hizo una breve pausa—. ¿Recuerdas por qué entraste en la orden, hace ya tantos años? Puede que Momom sólo sea un dios caprichoso e inmaduro, pero aún soy fiel a la ideología de mi orden y tengo fe en que, si alguna vez llego a atravesar la Puerta del Perdón, será gracias a la ayuda que, durante mis días, presté al indefenso»

«¡Zzzzzzuf...!»

La flecha iba directa a la cabeza de la vantiog. A Hozz se le agotaba el tiempo.

Hozz tuvo un movimiento reflejo, estirando su brazo en dirección a la chica, queriendo que no fuera alcanzada. Y, a veces, querer es poder.

La punta metálica de la flecha, abandonada y desorientada, rozó el cabello de la joven, cortando un mechón azabache que se desprendió suave y que cayó ondeante hacia sus pies. El metal quedó totalmente incrustado en la corteza del roble, a tan solo unos milímetros de la sien izquierda de la novicia.

Íllea abrió los ojos como el que presencia un milagro, notando cómo la piel se le erizaba en cada centímetro de su cuerpo. Un instante después, las cenizas que seguían al metal le acariciaron el rostro, obligándola a cerrar sus enormes ojos.

La madera de una flecha es materia orgánica desprendida. Justo antes de hacer diana, el vástago se degradó instantáneamente por mandato de Hozz. El cambio en el peso de la flecha hizo que la punta metálica se desviara, elevando unos milímetros su trayectoria al sentirse más liviana, bastando para no hacer diana. Si el monje hubiera esperado un segundo más, Íllea no lo habría contado.

«Arika, busca a Utten. Dile que venga», pidió el monje con urgencia.

Hozz saltó del árbol para caer justo delante de Íllea, amortiguando el impacto mediante la flexión de sus rodillas, apoyando una mano sobre el manto de hojarasca. El sayo azul, más fino que la túnica, ondeó en el viento como lo hace el estandarte de un ejército. Miró a la confusa joven de reojo mientras introducía la otra mano en el bolsillo. Sacó unas pequeñas piedras azules marcadas con símbolos arcanos. Esparció las runas sobre la superficie, lanzándolas de forma que cubrieran medio círculo por delante de ellos.

Pero en medio de la acción, un arma arrojadiza parecida a un pequeño cuchillo se abrió paso entre las sombras para ir en dirección al monje. Tras ella, desde una posición cercana pero no igual, emergió una saeta cuyo objetivo era el mismo. Estaban programadas para impactar a la vez, probando la reacción de Hozz.

El clérigo interrumpió su invocación, pendiente de esquivar el extraño cuchillo a la vez que desintegraba el proyectil. Íllea se tiró al suelo saltando hacia un lado, mientras que Hozz intentó esquivar rodando hacia el otro. El resultado fue que ambos se distanciaron.

La madera se pulverizó en el aire, mientras el extremo de metal se perdió en el horizonte de sus espaldas. Por desgracia, el puñal se clavó en el antebrazo izquierdo de Hozz, que instintivamente se lo sacó y lo dejó caer. Se reincorporó mientras observaba la extraña herramienta. Nunca había visto algo igual. Era un cuchillo plano, cuyo extremo se bifurcaba en una doble punta, entre las cuales quedaba una pequeña hendidura afilada y cortante. Le recordó a la lengua bífida de una serpiente.

—No debías haberte quitado el *Kilt* —dijo Íllea refiriéndose al cuchillo—. Ahora la hemorragia será mayor.

Ella tenía razón. A Hozz le corría la sangre por el brazo, goteándole hasta llegar al suelo. Esto se estaba poniendo feo. Debía completar la invocación.

Hozz clavó una rodilla sobre el suelo de hojas secas para, seguidamente, golpear fuerte la tierra con la palma de su mano ensangrentada.

—¡¡¡Yo os llamo, almas arrepentidas. Resurgid de la muerte para redimíos de vuestros pecados!!!
—Su voz sonó profunda, autoritaria. Una voz de ultratumba que hizo temblar a la novicia.

«¿Pero... quién es este tipo?», se preguntaba la vántiog. «Lo que hace con las flechas no es un hechizo, al menos no de los que vienen en los libros de magia. Tampoco veo rastro de energía mística en sus acciones. Y esa voz... Ese despliegue de poder...»

Del centro de la mano del clérigo emanaron hileras de energía, finos senderos plateados que dibujaban caminos serpentinos sobre el suelo por el que se arrastraban. Cada uno de estos haces se dirigió hacia una de las runas dispersadas, hasta absorberse totalmente por éstas. Esos hilos de energía no

tenían naturaleza mágica, sino divina. Era el poder de que Momom les otorgaba a los representantes de la segunda orden.

Una fuerza resurgió a la vida del corazón de cada runa. Venidas del otro mundo, las almas de los condenados tomaron forma humana para acatar la voluntad del nigromante. No les hizo falta preguntar cuál era su misión. Si querían limpiar los que una vez fueron sus nombres, debían cumplir la penitencia impuesta: proteger al agente de Momom. Si el Dios de la Muerte juzgaba que habían servido a la causa, luchando con valor y determinación, les concedería una segunda oportunidad para poder cruzar la Puerta del Perdón y descansar eternamente. Ese era el contrato, sellado con la esencia de sus propias almas.

Los lacayos inculcados avanzaron, introduciéndose en la maleza, buscando a sus enemigos. Actuaban como una fuerza automática. Un ejército sin voz. Como si lo único que les atara a este mundo fuera el cumplimiento de aquella orden. Y sus expresiones... Sus semblantes conllevaban la huella del sufrimiento. Una agonía padecida durante el paso de muchos años. Era como si su única motivación para seguir en pie fuera el recuerdo de su humanidad. Como si necesitaran aferrarse a esa efímera naturaleza que una vez formó parte de ellos.

Guerreros, cazadores, campesinos, mercaderes, marineros, piratas... Hombres y mujeres sin nada que perder pero mucho que ganar. Dispuestos a cualquier cosa.

Hozz aprovechó la cobertura que les proporcionaban sus aliados para correr hacía su protegida y tomarla de la mano.

—¡Vamos! Tenemos que salir de aquí.

Ambos corrieron y corrieron, como almas llevadas por los demonios, sintiéndose un poco más libres con cada zancada.

—Debemos llegar al río —propuso Hozz—. Allí podremos limpiar nuestro rastro.

«Hozz, lo siento. Estás herido por mi culpa», dijo Arika sollozando. «Puedo curarte. Por favor, déjame curarte».

—¡Ahora no, Arika! ¡No podemos detenernos!

—Mi nombre no es Arika —corrigió la pequeña vántiog.

Hozz cayó en la cuenta de que había hablado en voz alta. La tensión de la batalla provocó su error. La situación le frustró aún más. Reaccionó con ira, pero la encerró dentro de su silencio. Malhumorado, ignoró el comentario que había hecho su acompañante, y siguió corriendo en dirección al paso del río, tirando de la joven con fuerza, como si se tratara de un saco de patatas.

«¿Dónde diablos está Utten?», preguntó mentalmente el monje.

«No lo sé. No lo encuentro», Arika gimoteaba entre lamentos. «Pero créeme, Hozz, puedo ayudarte. Si te tranquilizas, podrás dejarme acceder a la herida»

Hozz valoró si seguir el consejo de su amiga. Era la primera vez que intentarían hacerlo en medio de una carrera, pero si Hozz lograba serenarse, la cosa podría marchar.

Los espíritus de Arika y Utten estaban ligados al de Hozz, por lo que cualquier hechizo del que ellos fueran capaces podrían compartirlo o realizarlo a través del monje. En este caso, como el blanco del hechizo era él mismo, lo único que tenía que hacer Arika era fluir por el cuerpo de su amigo hasta encontrar la herida. Pero Hozz debía relajarse o Arika sería incapaz de realizarlo con éxito. No se podía ir contra la voluntad del destinatario y el estrés era una importante barrera emocional.

—¡¡¡Aaaghh!!! —Hozz soltó la mano de la novicia para sujetarse la herida. El intenso dolor de su brazo hizo que cayera de rodillas.

Una luz verdosa se filtró de entre los dedos que la presionaban. El hechizo de curación estaba intentando funcionar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Íllea con aflicción, arrodillándose frente a su protector.

La joven acarició las mejillas del monje, sosteniendo su rostro con una dulzura natural de la que ella no era consciente. Así, logró acceder a sus anónimos ojos, haciendo que éste se diera cuenta de que no estaba *solo*.

Hozz no respondió a la pregunta. Simplemente, devolvió la mirada a los profundos ojos de la vántiog. Unos ojos rojizos que transmitían una sincera preocupación. Una mirada honrada de cuya integridad había hablado antes Arika. Ahora la vio. Por primera vez, Hozz vio a través de aquella chica. Y por primera vez, Hozz se enorgulleció de haber tomado la decisión correcta aquella noche.

—¿Estas bien? —insistió la novicia, dejando libre su cara.

—S... sí.

La respuesta de Hozz fue escueta pero clara. Íllea notó que algo había cambiado en su forma de mirarla. Habían creado un vínculo.

—Tu herida... ha dejado de sangrar. Se ha cerrado.

Hozz se miró el brazo. La herida estaba curada. Solamente quedaba una estrecha marca rosada en donde antes había penetrado el *Kilt*. Hozz se incorporó y volvió a mirar a la chica con expresión seria.

—¿Te llamas Íllea, no es así?

La vántiog asintió. Comprendió que el monje había escuchado la conversación con su primo.

—Yo soy Hozz —dijo el monje en tono amistoso. —¡Vamos, debemos seguir!

El samaritano volvió a tomar a la chica de la mano, pero ya no la sostenía con brusquedad, sino con firmeza. Ya no la zarandearía como una bolsa de ropa sucia, sino que, más bien, la guiaría en la oscuridad del camino. Porque ya no la sentía como una molestia, sino como alguien a quien había que proteger.

«Intentaré encontrar a Utten, pero he gastado demasiada energía en la autocuración. Siento que en cualquier momento voy a...»

La presencia de Arika se desvaneció.

«Está bien, Arika. Descansa». Hozz sonrió. «Gracias»

Fue entonces cuando la vántiog percibió un nuevo peligro en el ambiente.

—¡¡¡Hozz, cuidado!!! —Íllea derribó al monje, abalanzándose sobre su espalda.

La flecha les había pasado de cerca esta vez pero no había sido certera.

Un guerrero vántiog se dejó ver a unos metros de distancia. El arquero, de complexión grande y fuerte, y con dibujos tribales por todo el cuerpo, tensó el arco una vez más. Hozz se abrazó al suelo. Él y su protegida observaron con temor cómo el arquero se les acercaba para afianzar el tiro.

Fue entonces cuando un mensajero interrumpió la maniobra del soldado. En forma etérea, un compañero de tropa le comunicó al oído información de vital importancia. Luego, el mensajero desapareció.

El fornido guerrero tiró su arco al suelo y desenvainó su espada. Continuó avanzando con expresión de satisfacción. Era evidente que le habían revelado lo que Hozz sabía hacer con la madera. De hecho, seguramente el lanzamiento sincronizado del *kilt* y la flecha de antes había jugado un importante papel en la evaluación de sus habilidades.

Íllea se puso en pie y apremió al monje para que se levantara.

—¡Vamos, Hozz! —lo animó—. Es Walmot, uno de los Guerreros Tatuados. Es extremadamente fuerte. Si acierta con su golpe, no tendremos una segunda oportunidad. Pero no es muy rápido. Además, es un cabeza hueca. Nunca varía su estrategia. Golpeará desde arriba, intentando partírnos en dos.

—¡Oh, vaya... qué *alentador*! —comentó el monje con ironía mientras se incorporaba.

Hozz suspiró, cansado ya de todo, volviéndose a colocar delante de Íllea para protegerla. Cerró los ojos por un momento, analizando la situación, tomando consciencia de todo su entorno. Después, sonrió con malicia y esperó a que Walmot se acercara.

Tras un breve intervalo de tiempo...

—¡Pues yo a los *fuertecitos* me los desayuno con papas!

Hozz desnudó su espada y echó a correr bajo el clamor de sus palabras, convencido de que llevaba las de ganar. Pero el samaritano no corrió hacia su enemigo, sino que realizó un breve *sprint* hacia un lado. El guerrero vántiog se detuvo desconcertado. No parecía que el samaritano fuera a enfrentarlo. Más bien parecía que quisiera huir, abandonando la protección conferida a su amiga.

Pero el monje también se detuvo.

El gigante soltó una carcajada, modificando su posición para volver a girarse hacia el monje, moñándose descaradamente de la cobardía de éste.

—Saco de pulgas, piltrafa humana... ¡Ja, ja, ja! ¿En tan baja estima te tienes que no puedes ni intentar pelear como un hombre? Ja, ja, ja.

Hozz bajó la barbilla, lanzando a su adversario una mirada amenazante, semioculta bajo las arrugas de su entrecejo. Una expresión que evidenciaba que todo era parte de un plan.

Espada en mano, el monje cargó contra su enemigo. Pero en vez de golpear a su oponente, Hozz refrenó su ataque, quedándose pinchado a tan solo un par de metros del objetivo.

Con un ágil y rápido derrape, arrastró la punta de su espada sobre la hierba, levantando toda la hojarasca seca que quedaba entre él y su adversario. La complicidad del viento jugó un papel fundamental en su estrategia. De ahí su primer cambio de posición. Debía afrontar el combate de espaldas a la dirección del viento.

Las hojas centellearon en el aire, como cristales amarillos, rojizos y ocre que bailaban al son de una canción. Íllea se maravilló ante tal despliegue de hermosura. Un cuadro otoñal que nubló la vista del soldado durante unos segundos. Una belleza efímera que desapareció al instante siguiente, cuando el follaje flotante se tornó oscuro, pútrido y viscoso, posándose como una sanguijuela sobre el cuerpo del soldado vántiog.

El guerrero no sabía qué significaba aquello. Lo notaba caliente, denso, pestilente. Nervioso, intentó quitarse aquello de encima, patinando varias veces, perdiendo el equilibrio para recuperarlo en el instante después, casi a punto de caer.

Hozz aprovechó la distracción para atestarle con energía un tajo que le hizo sangrar por el vientre

y caer de espaldas sobre la tierra. Luego, con cuidado de no caer en su propia trampa, el monje se acercó al adversario vencido para rematarlo. Pero la voz de Íllea le detuvo.

—¡No! Por favor, no lo mates —dijo la vántiog con gran consternación—. Una vez fuimos compañeros... en algún sentido de la palabra. No lo mates. Ya no podrá seguirnos. ¡Huyamos!

Íllea tendió una mano amistosa a su protector. Él la aceptó.

* * *

El sol comenzaba a elevarse sobre el horizonte cuando llegaron al río. A doscientos metros de ellos se levantaba un pequeño puente de madera que salvaba un moderado desnivel. El río estaba ya en su cauce bajo, bastante ensanchado pero sin presentar excesiva corriente. El agua llegaba casi a la base del puente. El monje se detuvo, justo al comienzo del paso.

—¿No vamos a cruzar? —preguntó Íllea, sujetando el pelo que se alborotaba en su cara. La velocidad del agua provocaba que el viento estuviera revuelto. Las voces resonaban con eco en aquel espacio abierto.

—No, no lo vamos a hacer. Les engañaremos. —Hozz miró hacia el puente. Luego, su mirada retornó hacia la novicia—. ¿Llevas algo debajo de la túnica?

Íllea se ruborizó. La pregunta sonó descarada. Pero, luego, comprendió. Hozz estaba pensando en continuar por el agua.

—Sí. Debajo llevo... la camisola.

—Está bien. Entonces, quítate la túnica y cuida de que no se moje.

Íllea obedeció. Dándole la espalda al monje, desató los lazos de su escote, dejando su túnica abierta hasta el ombligo. Luego, tímidamente, la deslizó sobre sus hombros y dejó que cayera al suelo.

Hozz, que de reojo la miraba, abrió sus ojos con gran sorpresa. No por el motivo que creéis, no. Sino por otro bien distinto.

La camisola interior de Íllea era ancha y corta. Por debajo del cierre trasero dejaba entrever gran parte de su espalda. También quedaban a la vista las piernas y los extremos de sus brazos. Hozz sintió cómo la ira y la impotencia hacían mella en su ánimo.

Laceraciones. Pequeñas, grandes, finas, profundas, longitudinales, oblicuas... De todo tipo. Repartidas por toda su oscura piel. Algunas marcas aún estaban teñidas de un intenso rojo. El resto iban desde tonos rosados a los marrones que se camuflaban con el color de su piel. Los únicos lugares que habían quedado excluidos de tal atrocidad eran sus manos y rostro, los cuales estaban irónicamente decorados con finos y delicados dibujos entintados.

La joven se tapó como pudo, consciente de que Hozz la estaba mirando. Se colocó bien la camisa y se acurrucó con sus propios brazos. Íllea se sentía un monstruo por fuera y, muchas veces, también por dentro.

El silencio de Hozz fue... *incómodo*. El monje jamás hubiera imaginado algo como eso. Pensó en el sufrimiento y el dolor que aquella joven habría tenido que soportar. En qué clase de cultura permite la existencia de ese tipo de torturas y en qué clase de pecados habría tenido que cometer ella para merecer tal castigo.

—Esto..., debes de ponerte algo en esa herida. —Hozz empezó un nuevo tema de conversación, refiriéndose a la herida de su pierna—. Sácate la flecha y hazte un vendaje con *rusculanas*, las tienes ahí al lado. —Hozz señaló hacia unas hierbas que crecían en la linde del río.

La chica asintió.

El monje miró hacia otro lado, intentando olvidar aquella espantosa imagen. Íllea era una joven preciosa, con formas proporcionadas y delgadas, y unas facciones que recordaban a las mismísimas ninfas de los bosques. Pero aquellas cicatrices harían que la chica fuera una repudiada social por el resto de su vida. Por suerte, Hozz no era nada convencional.

«Cortar las cuerdas. Exacto. He de cortar las cuerdas y coger unas tablas», la mente de Hozz volvió a concentrarse en su tarea.

Estiró su brazo hacia la salida del puente y utilizó el poder de los Tétradox. El puente comenzó a crujir. La madera empezó a replegarse sobre sí misma y las cuerdas que unían las tablas se desnudaron. Finalmente, el extremo del puente más alejado a ellos se rompió, despidiendo tablas que se dispararon en la corriente. Ahora el paso no sería transitable.

Su plan consistía en hacer creer a los soldados vantioa que ambos había cruzado al otro lado del puente y que, una vez allí, habían inutilizado el paso para evitar que les siguieran.

Para reforzar esta farsa, Hozz se centró en dar diferente consistencia a la zona de hierba que sucedía a la parte destruida del puente. Poco a poco, el monje fue descomponiendo selectivamente la hojarasca sobre la hierba para dibujar falsas huellas en el terreno. Las huellas no engañarían a nadie de cerca pero pasarían por verdaderas desde el otro lado del puente.

Luego, Hozz volvió a centrarse en el puente e hizo pudrirse los bordes de un área contenida dentro de la superficie de éste. Con cuidado de que no cayera al río, tomó el recorte de madera que les serviría para mantener a flote las cosas que debían permanecer secas.

Mientras, Íllea se aplicaba las hierbas de manera que taponaran la herida. Ni un solo gemido salió de su boca cuando hurgó con sus dedos en el interior de la llaga para extraer los restos del proyectil. Rasgó parte del filo de su camisola para proteger el ungüento con la tela, improvisando un rudimentario vendaje que le rodeó el muslo.

Pero, también, otra herida requería de su atención. La que ocultaba su muñeca derecha. Asegurándose de que Hozz estuviera ocupado con sus quehaceres, Íllea buscó *maltislava*, otra hierba común que solía crecer en zonas húmedas. No encontró *maltislava* pero halló *jocutenda negra*. Su efecto no sería igual de duradero, pero durante unos días serviría a sus propósitos. Recogió bastantes tallos de esta hierba y rodeó el manojo con grandes hojas de *rusculana*, encubriéndolo así para su transporte. Luego, ocultando su muñeca de la posible mirada de Hozz, abrió su vendaje e introdujo en él uno de los tallos. La herida, que ya estaba formando costra, otra vez se abrió y sangró. Y así, Íllea la volvió a envolver en la tela, consiguiendo lo más próximo al concepto de *paz* que su consciencia se podía permitir.

Los recuerdos de la herida empezaron a aflorar. Imágenes de una horrible pesadilla que no deseaba evocar, pero cuya presión era más fuerte que su misma voluntad. Íllea fue elegida desde pequeña para formar parte de las Manrét, las sacerdotisas de Ragx Té que gobernaban su pueblo a nivel religioso y político. Desde los trece años estuvo recluida en el templo, sometida a abominables vejaciones y

torturas como pruebas de su firme devoción al Señor del Terror, la Violencia y la Batalla. El dios que antaño inclinó la balanza de la victoria hacia el pueblo vántiog y que les hizo guerreros invencibles, promulgaba que sus discípulas debían alcanzar la purificación del alma a través del dolor. Así, el dios se aseguraba de que sus siervas eran fuertes, con una voluntad firme e inquebrantable, y que realmente ofrecerían sus vidas para cumplir cualquiera de sus designios.

Tres años estuvo enclaustrada en aquel presidio, sin más contacto con la vida exterior que la información que le proporcionaba su hermana carnal Cloud. Aquella a la que estaba más apegada, cuatro años menor que Íllea, encargada de cuidar sus heridas y de velar para que la novicia mantuviera la cordura durante el sádico adoctrinamiento.

Pensamientos alegres se colaron en medio de su evocada agonía. La cara de su inocente hermana pequeña, sonriendo, consolándola cada noche tras volver de los oficios, contándole cuanto la añoraban sus otras hermanas o cómo su primo había logrado su preciado ascenso en un tiempo record. Aún podía recordar el eco de su risa. La risa de una inocencia que quedó apagada, con tan sólo doce años, por la mano ejecutora de su propia hermana.

—¡Mátame, Íllea! Por favor, te... lo... suplico —dijo Claud mientras se aferraba desesperada a la persona que empuñaba la daga.

Sujetando la muñeca de Íllea por la fuerza, Cloud pretendía anticipar el momento de su muerte, atrayendo el puñal hacia sí. Quería que su hermana terminara de una vez con aquel tormento. Que acelerase el proceso, pues ya no había vuelta atrás, ni milagro que pudiera salvarla. Su única ambición era que todo aquello terminase ya.

Pero Íllea no podía acabar con su sufrimiento tan pronto. El ritual debía durar hasta la puesta de sol, y aún quedaban unos minutos. Su hermana había aguantado estoicamente las torturas que pondrían punto y final a su vida, pero todo en esta vida tiene un límite. La pequeña no era una excepción. Ya no aguantaba más.

—¡Ahhgr! ¡Nooo! ¡Ahhhgg! ¡Por favor...Íllea, para! ¡¡¡Paraaa!!!

El recuerdo le desgarró el alma, igual que las uñas de Claud desgarraron la piel de su muñeca en aquel forcejeo. De todas las heridas que Íllea había padecido, aquella fue la que más había dolido. Y lo seguiría haciendo, hasta el día de su muerte.

Hozz la miró.

—Íllea, lo siento, pero cuando salgamos del agua necesitaremos utilizar algo como toalla además de ponernos ropa seca. —Hozz echó de menos su manta—. Si no, podríamos enfermar. —El monje se aclaró la garganta—. He... he de quitarme también la camisola. Íllea..., ¿me... me estás escuchando?

La novicia se olvidó de sus lucubraciones, reincorporándose al presente.

—¡Oh!..., muy bien, tranquilo. No... no me importa.

En realidad, Hozz sería el primer hombre desnudo que vería desde que empezó su pubertad, pero a Íllea le daba igual. Nada mundano le importaba. Sólo conseguir su objetivo: que los pergaminos sagrados no retornasen jamás a las Manrét. Sin ellos, no podrían continuar los rituales ni volverían a consagrar a ninguna novicia más. Íllea era la primogénita de las novicias, pero aún quedaban Alina, Jorve y Sora, que aún ignorarían que sus maestras las obligarían a asesinar a sus cuidadoras durante el primer día de sus consagraciones. Debía impedir que aquel conjunto de tradiciones sádicas siguie-

ra perpetuándose. Aquella era la única forma de que el poder que Ragx Té había introducido en los pergaminos no retornase al dios y no pudiera ser reutilizado en ninguna otra reliquia similar.

Hozz puso su espada sobre el palé de madera. A continuación, juntó sus ropas con las de Íllea, las hizo un ovillo y las aseguró bien al soporte de madera con un trozo de cuerda que pudo separar del puente. Después, se metió en el agua y pidió a Íllea que le arrojase la pequeña balsa de transporte.

De esta manera, Íllea y Hozz nadaron corriente abajo, con la esperanza de que la fría agua borraría sus rastros. La calidez de la llama del optimismo reconfortaba sus corazones, pero también la sombra de la duda se cernía sobre los chicos con cada brazada.

¿Conseguirían engañar a los vantoga? ¿Y después, seguirían Íllea y Hozz sus caminos por separado? Sólo el tiempo podrá responder tales enigmas. Sólo el tiempo será capaz de mostrarles sus destinos.

Continuará...



Lagashx de Lougarex

Caía el cielo sobre Lougarex, con su color rojizo habitual. Las montañas del valle sumían más rápido en la oscuridad al viejo poblado. Las sombras se extendían como un mal sin cura y los habitantes comenzaban su rutinario y presuroso andar hasta las chozas, donde estarían a salvo.

El graznido de los cuervos sobrecojía las almas asustadas de los pobladores, que no perdían tiempo en asegurar las entradas a sus precarias viviendas. Los métodos eran simples. Movían grandes rocas o fuertes maderos y los dejaban tapando las entradas. La supervivencia los llevaba a envolverse en oscuridad, pero era preferible aquello a la muerte.

Sentían entonces los cascotes acompasados de los animales provenientes de las laderas más cercanas. El grito de sus jinetes, que parecían aullarle a la luna, estremecía tanto a los niños como a los mayores. No importaba que el rito fuese diario, el temor no aprende.

El galope pasaba raudo, en estampida. Las chozas parecían estremecerse como si estuvieran a punto de caer. A pesar de las piedras y maderos, las construcciones seguían siendo frágiles. Si querían, podían obstinarse en derribarlas y sacrificar a sus moradores. Pero los hombres que impulsaban esos caballos, creían insignificante ese paraje, aunque si se presentaba la oportunidad, no la dejarían pasar.

Otros eran los destinos y senderos de cada noche. Más allá del poblado, pasando los bosques de Halixar, y tras penetrar en las Tierras Morhas, el malón detenía su paso para saciar su sed. Allí estaban las tabernas más concurridas de la región, además de las mujeres más hermosas que se entregaban a cualquiera que ofreciera el mejor precio.

Pero no era solo la búsqueda del alcohol y el sexo lo que los llamaba cada noche. También allí se reunían los demás hombres de la Orden de los Carrarios. Sangrientos, sádicos, insensibles. Eran dueños del terror en todo Lougarex, única gran comarca del este sin reinado alguno. La Orden se había apoderado del lugar doscientos años atrás y desde entonces, todo se definía por sus espadas y salvajismo. La fuerza, el horror, eran su moneda corriente.

Del otro lado de las montañas, al este estaban los Jarush, identificados por la franja roja que les cubría en vertical el rostro. El color lo conseguían con la sangre de sus víctimas. El este y casi todo el norte, era territorio de los Kirosh, los más brutales, de los que se decía en otros reinos, eran caníbales. Al sur, sembraban el terror los Hauritas, únicos de la Orden en utilizar la magia como arma. Eran, por lo tanto, los más temidos por todos, incluso, en la misma Orden.

En las reuniones, además de la diversión, se planeaban ataques a otros reinados. La intención no era ganar las tierras linderas, sino apoderarse de sus riquezas. Para ellos no tenía sentido invadir y conquistar, porque no trabajarían la tierra ni buscarían minerales preciosos. Pero el oro, las joyas y todo aquello que les sirviera para sentirse plenos de poder, valían la pena el riesgo de esas misiones.

Los demás reinados sentían los golpes, la sangre que corría en sus fronteras. Poco podían hacer

ante semejante fuerzas. Sus ejércitos parecían grupo de niñas indefensas ante el brutal accionar de las campañas de la Orden, compuesta por millares de hombres cuyas propias vidas parecían no valer nada, al menos a primera vista, por la forma de confrontar la batalla, cuerpo a cuerpo, casi sin protección alguna.

Los terrenos donde estallaban los enfrentamientos, eran un reguero de sangre y partes humanas. Y la gran mayoría, de los ejércitos que los defendían. Las cabezas de los derrotados, casi nunca quedaban en el lugar. Porque la Orden no solo se llevaba la riqueza, sino también sus particulares trofeos.

No se necesitaba demasiado para darse cuenta cuando uno penetraba en Lougarex. Las miles de lanzas clavadas en el suelo apuntando al cielo, con un cráneo coronándolas, eran suficientes para comprender donde se estaba. Y así, cada lugar por más recóndito que fuese, mostraba el horror de la Orden, lo que era capaz de hacer.

Temía aquel que equivocaba su camino o el que envalentonado quisiera invadir. Pero también, se atormentaba el que por destino había crecido allí, parido por madres violadas y criado por hombres castigados, reclusos en los cientos de pequeños poblados esparcidos por Lougarex, aquella tierra que otrora fuese un reino más del continente que rodeaban los cinco mares y que ahora se había transformado en una pesadilla eterna, donde el único fin de la existencia era el de sobrevivir.

El pequeño Lagashx creció como los demás niños, sabiendo que en las noches no podía llorar. El llanto, le decían sus madres, podía provocar a los jinetes salvajes y entonces, todos morirían. El chico supo que llorar era una condena de muerte y por lo tanto, escondió sus lágrimas. Incluso cuando su padre, el enorme Fartán, fue empalizado delante de la choza que moraban. Alix, su madre, también contuvo el llanto. Sin embargo, no pudo evitar morir de dolor y pena.

Lagashx debió huir de Lougarex a los trece años. Fue tras aguardar diez días en el desierto, del otro lado de las montañas, sin agua y sin comida. Esperó hasta que divisó la estampida de caballos a varios cuerpos de distancia. Pudo ver al frente al poderoso Grujio, el mismo que había matado a su padre.

Estuvo escondido entre los médanos, hasta que sus cálculos le indicaron que el "jarush" estaba a doscientos cuerpos. Entre sus ropas sacó la honda y la piedra afilada y sin perder un instante, se erigió como un guerrero y sin titubear agitó el arma sobre su cabeza, lo suficiente como para darle la fuerza y enviñon necesario. Luego la dejó ser. La piedra voló como un asesino artero y se incrustó en el rostro de Grujio, que murió al instante, cayendo sobre el caliente colchón de arena.

Su caballo relinchó, perdiendo la compostura. Su jinete había caído. La estampida frenó su marcha. Para cuando comprendieron lo que había ocurrido, el pequeño Lagashx ya estaba escapando hacia la frontera. Corrió como el viento y viajó como un fantasma. Y al llegar a Cerceña, el reino más cercano al este, probó bocado y bebió tras veinte días de no hacerlo.

Pero estaba feliz, porque había vengado a sus padres.

La década siguiente hizo más fuerte a la Orden. Varios reinos habían confrontado entre si, debilitándose. Las tres etnias que dominaban Lougarex se hicieron con enormes riquezas, aprovechando la poca resistencia. Dentro de Lougarex, el terror se había acrecentado para con los pobladores. Ya de poco servía defender las chozas. Muchas eran incendiadas en las noches. Las mujeres eran violadas reiteradamente y los hombres colgados en los bosques.

Las niñas eran víctimas de abusos aberrantes y los niños, mutilados de pequeños, para que crecieran limitados e imposibilitados de defenderse en un futuro. Pero el aterrador suplicio era aún mayor por la noche eterna que había caído sobre Lougarex.

Los hauritas habían aprendido el dominio de la oscuridad y el reinado todo cayó bajo el conjuro. El sol quedó oculto tras las tinieblas, condenando al hombre y sus sembrados. La aridez, el hambre, el dolor.

La Orden se había reunido dos noches antes. Había llegado el momento de expandirse. Doscientos años eran suficiente espera. El conjuro de la noche eterna era el arma que estaban necesitando para dominar el resto del continente. Llevarían el horror del otro lado de las fronteras y más allá también. Se aventurarían a tierras desconocidas, arrasarian con todos los que se opusieran. Violarían a otras mujeres, matarían a sus hijos y destruirían sus cosechas. Exterminarían el ganado, decapitarían a sus reyes y se comerían a sus ejércitos.

Crearían un imperio de sangre, de oscuridad. No habría fuerza en la existencia toda que pudiera derrotarlos. Los Carrarios serían la existencia misma. Y quienes no lo aceptaran, simplemente sucumbirían. La espada sería la única ley y la sangre, el único pigmento con el cual se firmarían contratos. El mundo estaba por cambiar. Y vaya que lo estaba.

Cerceña no era uno de los reinos más grandes, pero sí de los más ricos. No importaba donde uno llevara la vista. Todo alrededor eran tierras aptas para sembrados. No faltaba la comida, pero tampoco el espanto. La cercanía con Lougarex lo hacía propicio para los reiterados ataques. El ejército se veía diezmado ante cada avance, que a medida que pasaba el tiempo, se hacían más constantes. La posibilidad de una invasión había comenzado a circular en forma de rumor. Ya no era una fábula que los grandes le contaban a los niños. Era un miedo latente, que hacía que algunos se mudaran a las zonas más altas del reino.

Madriñan, cuyos años ya se veían delatados por los grises cabellos que surcaban su frondosa melena, cargó con el último saco de agua hasta la casa. Aquello era para bañar a los críos, como hacía una vez a la semana. Contempló en el camino al niño que había adoptado diez años atrás, ahora corpulento, vigoroso, pero igual de callado y retraído.

—¡Lagashx, deja de jugar con esa espada y ayúdame a entrar este saco, que tu vieja ya está grande y cansada!

El joven acudió en su ayuda, sin pronunciar palabra alguna. Su rostro pétreo y bien definido parecía el de un guardián tallado en piedra. Respetaba a Madriñan por todo lo que había hecho por él, por aquel alimento que llevó a su boca cuando una década atrás creía haber muerto al caer en la maleza, con las piernas agotadas de tanto correr.

Lo crió como a un hijo, sabiendo que no lo era. Y a pesar que jamás le contó su historia, de aquella salvaje venganza, él sabía que ella a través de sus ojos, había leído la historia.

Lagashx había crecido y se había preparado para una única razón. Volver. Porque él no era de Cerceña, esas tierras no le pertenecían. Él amaba Lougarex y regresaría. Pero no como un niño extraviado, sino como un guerrero resentido. Para eso había entrenado su cuerpo y su mente a lo largo de los años.

Dejó el saco con agua dentro de la choza y volvió otra vez al lugar donde estaba. Su espada se movió en el aire con una velocidad pocas veces vista, atacando de un lado a otro. No había nadie allí,

pero el se imaginaba el metal atravesando a los Carrarios y entonces, a cada impulso de su brazo, le imprimía aún más fuerza, desgarrando al adversario imaginario que se cernía sobre su mente.

La mañana en la que la Orden atacó el primer poblado del reinado de Cerceña, el asesino de Grujio estaba en su choza. Los Carrarios recordaban la muerte del líder de jarush en el desierto pero jamás supieron la identidad del agresor. En Lougarex, en algunos poblados, se hablaba de un guerrero gigante que había logrado vengarse en nombre de ellos, pero tampoco ellos sabían quién había sido. Ese desconocimiento fue quizá el peor error de la Orden en doscientos años. Porque aquel asesino se había transformado con los años en algo mucho peor. Era la esperanza de Lougarex, por más que Lougarex tampoco lo supiera.

Madriñan lo despertó, asustada. Los pequeños críos lloraban desconsolados. En las calles del pueblo se escuchaban gritos de horror y el sonido de los cascos de cientos de caballos. El olor a humo y heno quemándose presagiaban un desastre. El gemido de mujeres era lacerante. Algunas eran violadas a la vista de todos. Sus ropas arrancadas dejaban al desnudo los cuerpos apetecibles por los salvajes del reino oscuro.

Lagashx se vistió sin prisa. Tomó la espada en el mismo momento que un jarush, al que reconoció por la franja de sangre en el rostro, penetró en la choza. Fue más rápido que un relámpago, el atacante jamás supo que le sucedió. El otrora niño, que supo matar con una honda, blandió la espada con destreza y rebanó de una sola vez la cabeza del jarush en dos. Madriñan gritó, más de sorpresa que de miedo. El niño que había acogido bajo su tutela no solo había estado jugando con su espada.

Sus miradas se cruzaron. No hicieron faltas palabras. Ambos comprendieron que era la última vez que se veían a los ojos. Ella, la madre que le habían quitado; el, ese hijo que entonces no tenía. Esa no era su tierra, Madriñan lo entendió al ver el fulgor en sus pupilas, dilatadas por la sed de sangre. Lagashx entornó los párpados tan solo un segundo y salió a la batalla. La mujer abrazó a sus críos y lloró en soledad. Temía la muerte del ahora joven, pero sus lágrimas en realidad eran de felicidad. Había visto en esos ojos la esperanza que creía imposible. Aquel no era su niño. Aquel era la muerte vestida de hombre.

La masacre de Cerceña. Así llegó el rumor a Lougarex. Todo un batallón jarush había sido destrozado en el pequeño reino del este. Los pobladores esbozaron silenciosas sonrisas, en la penumbra de sus chozas. A pesar que ello implicaría represalias de los Carrarios, una nueva luz se vislumbraba en el horizonte. ¿Un nuevo ejército del otro lado de las fronteras? Nadie tenía respuestas. El boca a boca traía sin embargo buenas nuevas y se agradecían, como se agradece el calor del fuego en invierno.

En las filas de la Orden la confusión era mayor. La noticia había sido muy mal recibida. En las Tierras Morhas la noche en la que se recibió la noticia los gritos de furia aterrorizaron incluso a los moradores de la región, que siempre se sintieron protegidos de servir a los Carrarios. Los pocos sobrevivientes de la contienda, que llegaron a duras penas sin sus caballos hasta Lougarex hablaban de un ejército de un solo hombre.

—¡Era una bestia! ¡De dientes filosos y enormes garras!

Las voces exageraban, infundadas en la mismísima incomprensión. Por primera vez en doscientos años, habían tenido que retroceder. Los líderes no toleraron la derrota. Los sobrevivientes fueron

masacrados y sus cabezas colgadas en los árboles del bosque de Halixar.

Los Kirosh querían vengarse esa misma noche, con sus propios ejércitos. No querían la ayuda de los Jarush, que a su entender ya habían demostrado su ineptitud. Aquello fue una provocación. Pero los líderes Hauritas evitaron la confrontación. Aquello era inadmisibile. La Orden no podía desintegrarse, debían mantener la calma.

Ellos sabían que el conjuro de la noche eterna podía expandirse. Para ello necesitaban avanzar hasta los territorios de los otros reinados y hacerse de varios poblados. No creían que sucediera otro desastre como en Cerceña, no podía ocurrir, se dijeron. La invasión debía ser de inmediato, aprovechando que los reinados estarían celebrando esa primera victoria. No se esperarían un avance tan rápido. Correría más sangre, serían más brutales, no dejarían sobrevivientes. La oscuridad envolvería cada reino y se harían con el continente.

La noche estaba en su punto más álgido. La Orden había terminado de decidir la suerte de la gran comarca. Entonces fue que llegaron jinetes jarush desde el lado del desierto, con fantasmas en los ojos.

—¡La bestia! ¡La bestia está viniendo!

La figura solitaria avanzaba en la penumbra, sin caballo, ni paso errante. En su mano derecha, una espada. No portaba escudo y tampoco lo necesitaba. Sus cabellos se movían con el andar. Los jarush por primera vez en dos siglos, se sentían atemorizados. No veían las garras ni los dientes afilados, pero aquella seguridad, esa firmeza al sostener la espada eran quizá más intimidantes que todo lo que habían oído.

Avanzaron en contra de aquel solitario hombre y fueron pereciendo de a uno. El movimiento letal, el corte preciso y la sangre dibujando en la noche formas dolosas.

Lagashx no parpadeó y miró a los ojos a cada una de sus víctimas. Primero decenas, luego miles. Aquello no parecía posible. Uno solo hombre contra todo un reino. Pero cada golpe de espada era un juramento hecho en el pasado. Por Alix, por Fartán, por cada mujer violada, por cada hombre castigado, por cada niña abusada, por cada niño mutilado, por cada injusticia, dolor y crimen, por cada minuto de terror dentro de la choza, por el sonido de aquellas estampidas nocturnas, por cada lágrima que no había podido derramar...

Un río de sangre corría a sus pies. El desierto se había teñido de rojo. Avanzó con un mar de enemigos y a todos fue derrotando. A medida que fue llegando a poblados, los moradores se fueron sumando a sus espaldas, con palos afilados a modo de lanzas. Y luego, en el camino, se fueron haciendo de las armas de los derrotados Carrarios.

El grito de libertad se fue haciendo eco en cada rincón de Lougarex. Los Kirosh y Hauritas unieron sus fuerzas con los Jarush en un intento desesperado. El poder de la magia de los Hauritas, en tanto, fue perdiendo el temple y se fue derrumbando. La oscuridad comenzó a disiparse. El júbilo en los poblados fue mayor y muchos de ellos no esperaron la llegada de la Bestia. Atacaron como pudieron a los ejércitos de la Orden, sin importar si perecían en el intento.

La batalla por Lougarex duró siete días. En ese breve lapso el calvario de los últimos doscientos años se marchitó como un cuerpo putrefacto. Con Lagashx al mando, cayeron las tres dinastías de los Carrarios. Ni el salvajismo, ni el canibalismo ni la magia pudieron con el niño malherido que vivía dentro del ahora joven vigoroso. Su espada cercenó toda maldad sobre el reino y acabó con la tira-

nía. En siete días, el sol volvió a salir en Lougarex. Lo celebró su gente y la gran comarca, mientras nuevos ríos de un color rojizo trazaban sus cauces con paciencia y empeño, vertientes de sangre para no olvidar el pasado y mucho menos, repetirlo.

El cielo cae sobre Lougarex, con el color de antaño. Ha recuperado la forma y la paz. Los prados de a poco comienzan a recuperar el verdor y los habitantes se animan a sembrar sus tierras, sin temor a ser arrasadas. Los poblados han construido nuevas chozas, pero se han despojado de las grandes piedras y maderos que utilizaban para protegerlas.

Los tiempos han cambiado, vaya que lo han hecho.

Otros aires se respiran, por más que los rumores que provienen de otros reinados hablan de enfrentamientos. En estas tierras eso ya no les importa. Saben lo que es el sufrimiento, el dolor. Las lágrimas contenidas se vertieron en la victoria y fueron de felicidad. Allí, el pasado no regresará.

Porque nadie lo quiere y porque está el, el protector, la bestia.

Lagashx, el guerrero.

Lagashx, de Lougarex.



Sangre Real

Este relato narra los hechos acaecidos en un mundo lejano y cruento, mucho tiempo antes de que Sol De Fuego alcanzase el Continente Desconocido a lomos de su ‘Dragón de los Vientos’. Una época donde los reinos aparecían con la misma celeridad con la que desaparecían, los magos comenzaban a proliferar, transfigurando la materia con sus oscuras artes, y los héroes morían a la par que los nuevos dioses emergían de la misma esencia de la tierra.

Año 250, antes de la llegada de Sol De Fuego.

Pides a Mhorious que salga de las estancias del rey de Valmunsen. Él se marcha, aunque no disimula su desagrado. Poco te importa su faz crispada y su mirada hostil. Los tiempos de protocolos y buenas maneras quedan demasiado lejos, piensas.

No quieres que haya nadie más dentro, y ya está. Al diablo con su hedionda presencia.

Qué me maldiga, si quiere, piensas.

Sí, lo mismo te da. Cómo si invoca a uno de sus fieros demonios y lo lanza contra ti, como consecuencia del desagravio sufrido.

Más le valdría usar sus ungüentos y pócimas para alimentar los estómagos vacíos de los hambrientos o sanar a los heridos, piensas, en lugar de dedicarse a conspirar entre las sombras y ofrecer banales exhibiciones de poder; meros juegos de artificio de una magia baldía, caduca, incapaz de vencer al acero enemigo.

Así que te muestras inflexible en lo que se refiere a su partida, y aguardas, en silencio, hasta que oyes cómo se cierra la puerta tras él, y se alejan los pasos del primer consejero del rey y mago de la corte de Valmunsen.

Estás agotado. Exhausto. Respiras con suma dificultad, y empiezas a notar el peso de la armadura, después de días sin atreverte a desprenderte de la coraza.

El temblor de tus piernas es continuo; apenas puedes disimular ya tu creciente debilidad. Llevas días sin dormir, en lo alto de las almenas, siempre vigilante, soportando una terrible tensión, tanto física como mental.

Cuando has decidido bajar, no deseabas abandonar a tus hombres, allá arriba. Pues piensas que el Maestro guardián debe dar ejemplo, y no esconderse tras su título. Aunque sólo aceptaras el cargo después de que la guerra se recrudeciera de tal modo, que no tuviste más remedio que inmiscuirte en

el conflicto armado; más, tras la desgraciada e inexplicable muerte de tu predecesor, el honorable señor Alhoirous, a manos de un espía enemigo, quien atravesó los muros y penetró en la fortaleza, sin que nadie lo detectase, como si fuese un fantasma.

Tú siempre quisiste ser un erudito, no un guerrero. Se lo dejaste muy claro a tu hermano cuando trató de imponerte el sendero del acero. Tu espada nunca había probado el sabor de la sangre, y nunca lo haría. Pero no quedaba ya ningún espadachín más diestro que tú y, menos aún, nadie más culto en lo que se refiere a la estrategia militar.

Resulta curioso que tus meticulosos estudios de los textos antiguos, te hayan preparado para convertirte en un magnífico estratega. Nunca imaginaste que el análisis de las vidas de los líderes más importantes de la historia, te podría servir para algo más que enriquecer tu alma y apaciguar tu hambre de conocimientos.

Al fin y al cabo, la guerra ha dirigido las designios del mundo desde que el primer hombre se irguió, piensas.

El asedio era ya insoportable, y tú no pudiste rehuir por más tiempo tus responsabilidades. De qué te valía refugiarte en la biblioteca y cultivar tu mente, cuando el reino se moría de hambre y enfermaba. Así que le dijiste a tu hermano que sí, que asumirías el manto de Maestro guardián; al menos, hasta que acabara la guerra.

El Maestro guardián —máximo exponente de la Guardia real y jefe del ejército— no puede mostrarse débil. Pero el frío y el hambre también están empezando a hacer mella en ti. Ya no piensas con la claridad de antes, y temes desfallecer, antes de obrar de forma justa. Por eso has decidido subir al dormitorio real, y no retrasar más tu acción.

Eres consciente de que, si dejas pasar más tiempo, es probable que tu mente se vea turbada o que tus manos tiemblen a la hora de asestar el golpe definitivo.

Lo has pensado mucho. Es una acción meditada. Debe ejecutarse, sin demora. Y tú eres el único que puede acercarse al rey enfermo sin levantar sospechas. ¿Quién iba a sospechar del hermano del rey?

Cierras los ojos, echas la cabeza un poco hacia atrás, y frotas tus manos, enguantadas, contra tu cara, helada por el frío. Luego, suspiras, tratando de centrarte exclusivamente en tu cruenta empresa y despejar tu mente del horror que se extiende más allá de la Torre del rey.

Tus ojos vuelven a aparecer, cuando los párpados se apartan ligeramente y las manos se retiran de tu faz crispada. Intentas mentalizarte de que ésta es la única manera sensata de hacerlo. No tendrás otra oportunidad. Después de hoy, tu mermada autoridad, junto con el estado crítico del monarca, probablemente, te impedirá volver a quedarte a solas con él.

Eres consciente de que tus hombres más fieles se enfrentarían, si fuera necesario, a todas las espadas del rey. Aún así, les has pedido que no osen intervenir, pase lo que pase. No quieres que te acompañen en el tortuoso que vas a emprender, y que se antoja sumamente desagradable.

Miras a tu alrededor, y acercas, con suma cautela, la única silla de la estancia a la cama donde yace moribundo tu rey... tu hermano mayor.

Observas detenidamente su rostro, cadavérico y afilado; el cual reposa sobre la almohada, difuminado su contorno por la tenue luz que se cuela por las rendijas del único ventanuco del dormitorio que domina la estancia del rey.

Tus ojos contemplan, extasiados, la imagen difusa de tu hermano que, gracias al grueso tejido del dosel que lo rodea y oculta la convulsión de su rostro, parece sumido en un sueño relajado, en lugar de hallarse, como es el caso, en un estado agónico, previo a una desagradable muerte.

Ya no queda nada de lo que fue, piensas apesadumbrado. El brillo se ha apagado. Ese no es mi hermano.

Con la precaución de retirar la espada envainada —que cuelga a la altura de tu cadera derecha—, sosteniéndola por el pomo para no golpear el suelo, hacer ruido, tirar algo u obstaculizar tu movimiento, te inclinas hacia delante, más allá de los límites del dosel.

Percibes el hedor a muerte, al instante, y tratas de que tu faz no se crispe por la pestilencia. Tú hermano no tiene la culpa de desprender semejante hedor. La Señora de las Cuencas Vacías es la única responsable de la existencia de aquel desagradable olor.

A continuación, posas la mano con cuidado —una vez retirado el guante derecho— sobre los flácidos dedos engarrados de tu querido hermano y aproximas tu rostro al del monarca. Su respiración apenas es perceptible.

Apartas un poco la cara, lo suficiente para que tus ojos reparen en cómo su piel marchita es incapaz de envolver los huesos de una forma digna. Tus ojos recorren las venas que se transparentan tras los pliegues de carne desnuda. Los años, el vino, las mujeres y, sobre todo, las heridas sufridas tras una vida de cruentas batallas, han hecho estragos en él; ni siquiera cuando, por fin, fue coronado rey, dejó de batirse en duelo con otras espadas.

Contemplas su rictus crispado por la fricción ocasionada por los decrepitos músculos faciales —carentes del esplendor y la firmeza de antaño—. Sus cuencas demasiado hundidas y ensombrecidas, afean un rostro que fue requerido por las mujeres más hermosas del mundo, con el propósito de que calentara sus lechos, y sus cuerpos, claro, en los terribles inviernos que asolan este maldito mundo; aunque tu hermano les advirtiera a todas ellas de que nunca se quedaría para siempre.

Sus ojos han sido drenados de todo su vigor. Sus pómulos, cuarteados y eclipsados por cientos de finas líneas cinceladas, no pueden disimular una vejez prematura. Su nariz, quebrada por el impacto de alguna empuñadura anónima, ha pasado de proporcionarle un aspecto rudo y masculino, ha darle a su faz, ahora fina como el papiro, un aspecto aberrante; como una de aquellas caricaturas que aparecen en los pergaminos ilustrados, que te trajo aquel marinero de más allá de la bruma.

Su barba descuidada y abundante, crece ya, descontrolada, como si hubiera adquirido vida propia. Su cabeza, pelada como la de un recién nacido, resta porte a quien fue el rey más apuesto de la historia. Su exiguo cuello de cisne, disimulado parcialmente tras el rebelde vello que le sobresale de la cara, da la impresión de que se podría romper como una fina rama. Su cuerpo, flaco y esquelético, sólo cubierto por las finas sábanas de satén, se asemeja a los títeres con los que solías jugar en los años de su niñez.

El rey pronto morirá. Pero no puedes esperar a que el Barquero decida llevárselo. Un día más, podría significar el fin y la extinción de todo un reino.

Si tu hermano estuviese cuerdo, entendería perfectamente lo que planeas hacer.

Sí, cómo no iba a comprenderlo, piensas.

Pero eso no te hace sentir mejor.

Recuerdas que él tuvo que hacer lo mismo, antes de asumir el terrible peso de la corona y sentarse en el trono de Valmunsen. Aunque, claro, nada queda de aquel valeroso rey que, hace más de veinte años, cuando apenas contaba con quince, os brindó la paz más próspera y duradera que jamás haya existido, después de sacrificar su honor y sufrir el más amargo trago que puede padecer cualquier vástago. No debió de ser fácil para él asestar una puñalada mortal a quien era vuestro rey, y también, vuestro padre.

Arcarious IV —tu hermano, tu rey— tuvo las agallas de atravesar el corazón de su progenitor —Arcarious III—, cuando comprendió que este —mancillada su mente por la locura— os conducía directamente a una era de dolor y muerte.

Ahora, años después, mientras le contemplas ahí, corrupto y loco, con la corona adornando aún su frágil cabeza, no puedes más que sonreír, sin ganas, consciente de la ironía.

La locura estaba en la sangre, piensas. Tu noble gesto, querido hermano, sólo atrasó lo inevitable. El destino te gastó la más pesada de las bromas.

Quien le iba a decir a tu hermano que su acción sería del todo fútil. Que daba igual quién ocupara el trono. Con vuestro padre muerto, él terminaría por convertirse en el rey loco que os conduciría a la perdición. El rostro de quien portase la corona no importaba en absoluto. La locura corre por la sangre de vuestra familia. Probablemente, no se detendrá en ninguna generación. Corre con la fuerza del río Dragón. La descendencia está condenada a perder la razón, tarde o temprano; incluido tú.

Por eso mismo, piensas que lo mejor es ejecutar tu acción cuanto antes, rendirte y huir más allá de las fronteras. No esperarás a que la locura nuble tu razón. No quieres la corona. Sólo la portarás el tiempo necesario para firmar la tregua o la rendición. Después, en caso de que no seas condenado a muerte por traidor, partirás lejos de estas tierras malditas.

En el pasado, el parricidio de tu hermano fue justificado y secundado por el Consejo Real. Se llegó a la conclusión de que si Arcarious IV no hubiese intercedido, poniendo fin a la existencia de vuestro padre, el reino se hubiese visto abocado a su funesta desaparición. La prueba que terminó por exculparle fueron los diarios de vuestro difunto padre, donde divagaba y aludía a criaturas místicas que le susurraban que quemase el mundo.

—Un simple viejo —mascullas para tus adentros—. Cientos de vidas sacrificadas por los desvaríos de un anciano que no se dio cuenta de que la sangre que corría por sus venas está infectada. Y ahora, tu hermano está haciendo lo mismo que vuestro padre.

Te echas hacia atrás, mientras tu puño se ciñe al pomo de tu espada, con más fuerza, y sientes cómo el cuero y la piel que rodean la empuñadora se clavan en la palma de tu mano, fruto de la presión que ejercen tus tendones.

No puedes retrasarlo más. Es demasiado arriesgado. El tiempo juega en tu contra.

Te levantas, sin soltar el pomo de tu espada. Vuelves a retirar la silla, con cautela, levantándola para que las patas no rocen contra el suelo de piedra y la colocas allá donde la encontraste, pegada a la pared norte del dormitorio del rey.

Sigues dudando. Intentas mostrarte fuerte, pero la incertidumbre asola tus pensamientos y siembra miedos insondables en tu corazón. No debes derrumbarte ahora. Sabías que iba a ser un suplicio asestar el golpe mortal, pero debes hacerlo.

Tu cuerpo se resiste a moverse. En un vano intento de retrasar lo inevitable, intentas encontrar en aquel semblante moribundo e ido cualquier rasgo de cordura, por nimio que sea, el cual frene tu mano y te haga recapacitar respecto a tu acción que cada vez se te antoja más desesperada. Pero la faz del rey es una cáscara vacía, carente de lucidez. Por más que te obstinas en vislumbrar el fulgor de antaño en aquellos ojos verdes, eres plenamente consciente de que sólo hay un camino para acabar con la masacre a la que está siendo sometida tu gente.

Arcarious IV jamás hincará la rodilla y agachará la cabeza, frente al rey Thorhan. La locura y el orgullo no casan en modo alguno con la prudencia.

El rey, tu hermano, se muere, postrado en su lecho real, y piensa llevarse a toda su servidumbre al infierno. Los escasos momentos en que no duerme, delira, vehementemente, proclamando a los cuatro vientos su inamovible decisión de llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias, y maldice, contra todo, y todos.

No le importa cuántos mueran en su pueril pugna de poder. Desde que se desencadenó el conflicto, multitud de veces has tratado de convencerle, de hacerle entrar en razón; tanto a él, como a sus hombres de confianza. Pero Mhorious es un experto en tergiversar las palabras ajenas y darle el sentido que más le conviene a sus intereses. El maldito mago, a quien acabas de expulsar del dormitorio del rey, domina el arte de doblegar voluntades y retorcer mensajes como nadie. Todos tus intentos de poner algo de coherencia en el Consejo Real, han sido frustrados por su maliciosa retórica y sus mágicos influjos. Cualquier frase razonable, salida de tu boca, se ha estrellado contra las réplicas bífidas del consejero.

El virulento asedio al que está siendo sometida vuestra fortaleza —antaño inexpugnable, hoy ruinoso escenario de cruentas escaramuzas y caldo de cultivo de grotescas enfermedades—, sólo acabará cuando la corona adorne tu larga cabellera gris.

En tus continuas idas y venidas, de las almenas a la Torre del Rey, has visto los miserables y silentes rostros de los escasos supervivientes, quienes parecen que, a tu paso, ruegan, sin necesidad de emplear palabras, que se detenga una guerra que ni siquiera saben por qué se originó.

El poderoso ejército del rey Thorhan podría penetrar en el interior de vuestra mermada fortaleza cuando le placiese, pues vuestras defensas están bajo mínimos. Pero el monarca enemigo prefiere exprimiros hasta que el rey tenga que humillarse, arrodillándose a sus pies, besando su espada y rogando clemencia, como han hecho saber los diferentes cuervos que le han servido como mensajero. No, al rey Thorhan, no le importa cuántos mueran mientras tanto.

Ambos reyes son como dos niños enfrascados en una pelea interminable, cuya única razón de ser es demostrar que uno puede más que el otro. Las infantiles trifulcas han provocado miles de muertes.

Alguien debe poner algo de cordura en esta refriega de locos, antes de que sea imposible salvar las vidas de los inocentes implicados en el sangriento conflicto.

Sí, la sangre corre por las calles, pendiente abajo, como ríos infectos. Los niños dormitan en los regazos de sus madres, deseosos de que sus vidas se extingan cuanto antes. Los animales, salvajes o domésticos, han sido sacrificados, para servir como alimentos después de que se acabaran las provisiones. Las aguas de los numerosos pozos que se hallan en el interior de la fortaleza han sido envenenadas.

No existe ninguna posibilidad de terminar una guerra que nuestro rey Arcarious IV empezó cuando,

en una partida de caza, el heredero del rey Thorhan no quiso inclinarse a su paso y besarle la mano como exigía el protocolo. El niño le apartó la cara, y el padre lanzó una risotada. Obviamente, ninguno tuvo a bien disculparse.

Oyes el roce del acero al desenvainar tu espada. Sitúas el filo a escasos centímetros del corazón de tu hermano. Rodeas con ambas manos el pomo de tu espada, con la punta hacia abajo. Entonces, suspiras, y ensartas tu espada en el corazón del monarca, quien apenas emite un gemido y sufre un ligero espasmo.

Sacas el filo de acero ensangrentado del pecho abierto de tu hermano, y te alejas de la cama, aturdido por lo que acabas de hacer.

Caminas hasta la pared y te sientas en la silla. Esta vez no la acercas a la cama, ni siquiera te atreves a volver a mirar el rostro de tu hermano.

Sueltas la espada, la cual suena estrepitosamente cuando choca de costado contra el suelo de piedra, y comienzas a llorar, cubriendo tu rostro con las manos, mientras piensas:

Está hecho, está hecho...

Mhorious irrumpe poco después en el dormitorio del rey, flanqueado por los dos guardianes que custodiaban la estancia real, hasta que entraste y les ordenaste que abandonaran sus puestos, después de que ellos te informasen de que Mhorious se hallaba dentro.

Ninguno de ellos es un extraño para ti, ambos son guerreros experimentados y leales. Han sobrevivido a las más cruentas campañas. Cuando tú aún eras un crío, uno de ellos ya blandía el acero. Ambos sirvieron a tu padre, y cuando éste cayó muerto a manos de tu hermano y el Consejo Real apoyó al parricida, hicieron lo mismo con tu hermano.

El guardián situado a la derecha de Mhorious, se llama Barious y es uno de los hombres más viejos del reino. Recuerdas lo mucho que te impactó, cuando, siendo un niño, en la campaña del Río de Margas, te mostró las muescas que poblaban su cuerpo, después de que tu hermano y tú acudierais para visitar a vuestro padre, quien había ido a revisar el estado de las tropas en persona. Eso fue unos seis meses antes de que tu hermano lo asesinara. Por cada batalla que sobrevivía, Barious perforaba su piel con el filo de un puñal, grabando una cruz más. Había sobrevivido a cientos de batallas, por lo que su cuerpo entero parecía una cicatriz gigantesca.

Antes de servir a tu padre, te contó que había vagado más allá del Continente Desconocido, ofreciendo su espada al mejor postor.

En su mirada, percibes cierta resignación, como si hace tiempo que hubiese dejado de sentirse satisfecho por defender al reino. Incluso un mercenario, reconvertido a soldado, puede sentir desprecio por lo que sucede a su alrededor.

Él sabía lo que ibas a hacer. No lo aprobaba, pero tampoco hizo nada por impedirlo. Le dijiste que abandonara su posición, y así lo hizo. Jamás ha cuestionado tu autoridad, aunque muchas veces no ha estado de acuerdo contigo. Ahora, mientras se prepara, espada en ristre, para enfrentarse a ti, en caso de que no te rindas, ves en sus ojos que, si es necesario, también te dará muerte, aunque la idea no le guste.

Mhorious nunca le cayó en gracia a Barious. Siempre desconfió de los magos y hechiceros. Pero si éste dice “Él ha matado al rey... ¡Apresadle!”, no le queda más remedio que reducirte. Y si te resistes, descargará, a buen seguro, su espada contra ti; a pesar de haber compartido muchas horas de guardia y muchas conversaciones, frente a una jarra de cerveza, donde te contaba las hazañas de los héroes de antaño y se lamentaba de que tu hermano hubiese implantado la paz en el mundo. Decía, con cierta sorna, que si las cosas seguían así, pronto tendría que abandonar el sendero de la espada y dedicarse a la repostería, como su hermano menor había optado por hacer, tras varios años sin que se derramase sangre alguna. Luego, su espada acabaría empachada de sangre enemiga y su hermano repostero sería torturado hasta la muerte.

El otro guardián es tu joven amigo Orborious, con quien has crecido y compartido tu difícil tránsito hacia la madurez.

De niños, fuisteis inseparables. Si no hubiese sido porque tú eres de noble cuna y él es el hijo bastardo del Maestro armero, aún hoy, seguiríais siendo los mejores amigos del mundo. Además, no se puede ser Maestro guardián, y tratar como iguales a tus hombres.

No estás seguro de que Orborious fuera capaz de ensartar tu corazón en caso de ser necesario, y su indisciplina podría ser considerada como un acto de alta traición.

Por todo eso, no vas a hacer nada. No te defenderás. Sabías que tu acto acarrearía consecuencias, y estás dispuesto a afrontarlas, sean éstas injustas o no. Pero no quieres carga sobre tu conciencia con la muerte de otros.

Afrontarás el castigo. No se derramará más sangre.

Te incorporas, solemne, agachas la cabeza, en señal de sumisión, y alzas la palma de tus manos. Llevas días preparándote para este momento. Aún así, duele a rabiar. Tu conciencia no te perturba, pues sabes que has hecho lo correcto, pero la pena que te invade por la muerte de tu hermano no tiene parangón.

En lo que se refiere a ti, si el Consejo Real así lo decide, serás ejecutado. Pero si dictamina que los motivos de tu asesinato están justificados, que tu mano ejecutora no fue llevada por la avaricia, sino por el deseo de sacrificio, te ofrecerán la corona, como hicieron con tu hermano. Si eso ocurre, tomarás las riendas del reino y podrás postrarte ante el rey Thorhan y pedir clemencia para tu pueblo. Si al rey le complace tu gesto redentor, podrás partir lejos de estas tierras, para llorar la pérdida de tu hermano. Si no es así, tu cabeza descansará en una pica en lo más alto de la fortaleza y puede que tu servidumbre sea masacrada.

No esperabas que Mhorious tuviese tanto poder. A pesar de que sabías de su destreza con las disputas y sus dotes como orador, pensabas que el Consejo real —reunido de urgencia, aquella misma noche, con el cuerpo de tu hermano aún caliente— no estaba todavía tan contaminado por su pérfida influencia. Aunque no ha logrado que te ajusticien públicamente, como le hubiese gustado hacer, ha conseguido que se te destierre de la fortaleza donde naciste.

La idea es ponerte en la puerta principal y subir el rastrillo, ofreciéndote la libertad, si consigues, claro, burlar al enemigo. No eres más que un gusano frente a un pez gigantesco, a la espera de ser devorado.

Aquel mal nacido, incluso, quiso armarte, para que el espectáculo fuese más escalofriante. Aunque

el argumento que defendió Mhorious, ante el Consejo real, fue que un soberano merece blandir su espada contra el enemigo.

Curioso cómo su discurso se contradecía y nadie parecía darse cuenta, pensaste. Sólo un mago es capaz de semejantes tejemanejes.

Pues Mhorious dijo que consideraba que el enemigo es peor que cualquier traidor, y que, el hecho de que la sangre de tu hermano corriese por tus venas, era motivo suficiente para darte una oportunidad de sobrevivir.

Mentiras y necias conjuras, pensaste.

Los más ancianos, quienes creías que te concederían su favor, pues ya apoyaron a tu hermano cuando dio muerte a vuestro padre, se abstuvieron en la votación final.

Estás tan desorientado que no sabes si realmente vas armado. Tu mente es un crisol inconexo de emociones y recuerdos del pasado.

Mhorious debe llevar años confabulando a espaldas del monarca, haciendo promesas de oro que en realidad sólo son aire. Sea como sea, estás condenado. Y el miedo atenaza tu cuerpo, como no creías que nada pudiera hacerlo.

Todo lo que te está sucediendo, podía acaecer. Lo sabías. Ésta era una de las múltiples posibilidades que barajaste, mientras urdías el plan y meditabas acerca de las posibles consecuencias de tu acción homicida. Por lo que te resulta sorprendente lo asustado que estás.

Bien entrada la noche, te encuentras en la entrada principal de la fortaleza. Llueve a mares. Sólo te separan las dos grandes hojas de bronce, el rastrillo y varios metros del ejército enemigo y sus temibles máquinas de guerra.

Barious se inclina para soltar tus ataduras, con un afilado cuchillo. No dice nada, pero su mirada es la misma que le dirige un soldado a otro, antes de la inminente batalla.

El mundo se ha convertido en un páramo yermo e inescrutable. Tienes la impresión de contemplarlo todo a través de una superficie reflectante y deformada.

Tu compañero parece estar tratando de prender la llama de tu valor. Tú esbozas una sonrisa desgana, pues su gesto te parece absurdo.

Cómo piensa que tengo alguna oportunidad de vencer a todo un ejército, piensas.

Probablemente, no piense eso. Sólo le gustaría que sobrevivieras a lo que te viene encima; a pesar de que sabe que es imposible. No lo dirá nunca, porque su deber está con el reino; aunque el reino vaya a desmoronarse en breve.

Orborious, en cambio, parece totalmente abatido. Rezas a los dioses perdidos para que Mhorious no se percate de que tiene el rostro convulso y que de sus ojos enrojecidos se desprende alguna lágrima, mientras te ofrece, inclinándose en una reverencia, lo que crees que es tu espada.

Qué raro, piensas, pensé que se me había negado el acero. Algo no cuadra. Acaso me estoy volviendo loco, como mi hermano y mi padre.

Vuestras miradas se cruzan por última vez. Nunca más volveréis a veros. Ambos lo sabéis. Tú tratas de hacerle entender que no pasa nada, que todo irá bien. Y no es un bravata, realmente comienzas a sentirte mejor. Quizá sea el viento contra tu cara o la lluvia que cae sobre ti.

Sí, sientes el aire frío, un instante, antes de que tus dedos sientan la solidez de la empuñadura de tu

arma. El rastrillo y los portones se desplazan casi a la par.

La espada parece demasiado ligera y, por un momento, crees ver cómo el filo se deforma, como si el metal describiera una ondulación. Imaginas que será tu mente la que transfigura la realidad, pero el acero da la impresión de mutar a cada segundo, como cuando sumerges la hoja en un río de aguas embravecidas y ésta parece descentrarse.

Sientes la brisa marina acariciar tu faz impasible, y dejas de pensar. Estás fuera de los muros de la fortaleza, y ante ti se extiende la enorme ladera de suaves pendientes que quizá sea la última vez que veas. Detrás, más allá de los muros de la fortaleza, resuena el impacto de las olas al romper contra los arrecifes del acantilado; aunque sus rugidos marinos apenas son audibles, solapados por el incesante sonido de la lluvia cayendo torrencialmente.

El ambiente huele a tormenta. En el horizonte los relámpagos desgarran el cielo de forman intermitente. La tormenta aún está lejos, pues los estallidos de los truenos suenan lejanos.

El miedo comienza a evaporarse como la bruma se extingue con el ocaso. No entiendes lo que está ocurriendo en lo más hondo de tu ser. Algo está cambiando de forma progresiva.

Miras al frente, ladeando ligeramente la cabeza hacia la derecha. A unos cincuenta metros de tu posición, se extienden el campamento enemigo. No puedes verles, pero sabes que ellos a ti sí. Las poderosas siluetas de sus temibles catapultas, sus arietes rodantes y sus tiendas se campaña se dibujan contra el horizonte nocturno.

Oyes un murmullo metálico, un tintineo constante, y sabes que las tropas enemigas se están comenzando a mover. Deben de estar todos desconcertados, si te han reconocido.

Comienzas a caminar. Ya no sientes miedo alguno. Tú, el sucesor legítimo de tu hermano, te diriges hacia una muerte segura, y no sientes el menor atisbo de temor. Tus piernas se mueven, decididas, y tus dedos rozan el pomo de tu espada, colgada en el interior de la vaina, que se balancea rítmicamente al son de tus caderas, como si el ansia creciese a cada paso.

Entonces, les ves. A todos. Incluido el rey Thorhan está ahí, perfectamente ataviado con sus ropajes de seda y su flamante armadura con forma de jaguar.

El rey se encuentra situado a la cabeza de sus hombres, observándote, como quien contempla un fantasma y no es capaz de aceptar su existencia. Aún así, parece sosegado, incluso divertido, como un niño frente a un nuevo enigma que no esperaba encontrar. Al contrario que sus hombres, afanados a sus armas, como si alguien pudiese arrebatarlas, situados tras, y en torno, a él, sudando copiosamente, y mirándote con sumo recelo y desconfianza y, tal vez —aunque esto no lo podrías jurar—, miedo.

Te resulta extraña la claridad con la que empiezas a ver las cosas que te rodean. Tus sentidos parecen estar agudizándose a medida que avanzas. No sabes por qué, ni cómo, pero detectas que ellos ven algo en ti que les hace estremecerse. Quizá tenga algo que ver con la sensación de paz que empieza a inundar todo tu ser.

Te sientes bien... Es como si tu sangre, a cada paso, fuese mezclándose con un plasma purificador y tu mente se viera ebria de plenitud y dicha. Nunca te has sentido tan bien contigo mismo, tan en consonancia con el Universo. Acabas de asesinar a tu hermano, has perdido tu reino, tu trono, has sido expulsado por traidor, ya no te queda nada más que tu espada y tus ropas y pronto serás hecho

prisionero, torturado o exterminado; o todo a la vez; y aún así, no puedes evitar sentirte dichoso.

Los hombres armados del rey retroceden, cautelosos, asustados, expectantes, y oyes el estallido de las piezas metálicas de sus armaduras, al chocar entre sí, cuando tus ojos se mueven entre ellos, escrutándoles, implacable. Es tal la intensidad de tu mirada, que sientes que, si quisieras, podrías oírles pensar.

Ninguno de los soldados es capaz de aguantarte la mirada. Y esta vez, pareces entender por qué. Estás sonriendo, sí, mientras le miras con dureza, sonríes; incluso crees sentir la viscosidad de la saliva deslizarse lentamente por la comisura de los labios. Debes parecer un demente.

Un solo hombre, caminado directo hacia un ejército de cientos de soldados. Tu paso firme y la expresión relajada de tu rostro, mientras tratas de contener la risa y no haces nada por impedir que se descuelgue la saliva de tu boca, ligeramente abierta...

Deben estar intentando comprender que está pasando por tu mente, como si mirasen un cuadro apenas esbozado y trataran de recrear la imagen final del lienzo.

Alcanzas la primera línea defensiva, y te detienes a un metro escaso del rey Thorhan.

—¿Dónde crees que vas? —chilla el consejero, con su voz aguda y desagradable, mientras trata de esconderse, con torpe disimulo, tras su señor—. ¡Arrodíllate! Muestra el debido respeto ante nuestro monarca...

Lo miras de arriba abajo, sin disimular tu desprecio, y te carcajeas, como si ya no pudieses contener la hilaridad que reverberaba en tu interior.

—No hablaré contigo, bufón —dices entre divertido y enfadado, cuando la risa desaparece.

Cómo puede inspirar tanto temor un hombre famélico y calvo, envuelto en una tela de color lila y con su faz pintada como la de una prostituta de un burdel, te preguntas.

No sabes si sentir ira o hilaridad.

Tan locos están todos, que no lo ven, piensas. En que momento perdimos la cabeza. Por qué les dejamos conspirar y mancillar la diplomacia con su maldita verborrea. La guerra se ha convertido en cosa de críos. Niños decidiendo y niños muriendo. Es todo tan absurdo. Maldita estirpe de consejeros y magos. En qué momento decidió el hombre que necesitaba de otro para pensar. Por qué los monarcas no toman las riendas de sus reinos como les corresponde.

Tu hermano lo hizo, y le fue bien... por un tiempo, al menos. Luego llegó Mhorious. Apareció de pronto, de un día para otro. Pero la gente no pareció darse cuenta. Era como si todos los habitantes del reino pensarán que siempre estuvo allí. El desgraciado debió de realizar alguno de sus demenciales conjuros, para que su repentina aparición pasara inadvertida. Y a partir de entonces, se dedicó a susurrarle secretos a tu hermano mayor.

Bien pensado, quizá la locura no estaba en la sangre. Pues Arcarius IV no comenzó a marchitarse física, y mentalmente, hasta que Mhorious se convirtió en su incansable sombra. Era prácticamente imposible mantener una conversación con tu hermano, sin que aquel mago opinara. Daba igual que la charla entre ambos no tuviera nada que ver con él, Mhorious siempre se inmiscuía, aunque fueran asuntos banales.

La forma de gobernar cambió radicalmente; así como sus maneras. Pasó de ser un caballero apuesto y bromista, que basaba toda su vida en el honor y el acero —siempre dispuesto a ponerse al frente de una compañía militar, a vivir en sucios campamentos y a jugarse la vida en cruentas batallas, hombro

con hombro con sus leales súbditos—, a transfigurarse en una parodia del hombre que fue. En muy poco tiempo, se convirtió en un monarca hosco y malhumorado, quien apenas se dejaba ver, siempre delegando en aquel maldito consejero, que en cuestión de días comenzó a dar las órdenes en primera persona. El único hábito que no abandonó tu hermano fueron las mujeres.

Sí, a Mhorious sólo le faltaba la corona, para sentirse rey, de pleno derecho. Aunque, claro, si se la hubiese puesto presentaría un aspecto ridículo. Imagina su deformada calva y la corona cayéndole sobre los ojos, porque el diámetro es demasiado grande, vestido como viste, y maquillado de la forma que lo hace. Parecería el bufón de la corte real y no el consejero y mago de la misma. Pero si no fuera por eso, incluso puede que llegase a aparecer con ella sobre la cabeza. Seguro que en la privacidad de su cuarto, más de una vez, se ha probado la corona delante de un espejo tan agrietado como su pestilente alma. En sus ojos rasgados y de una negritud insondable, puede atisbarse una ambición voraz y desmesurada.

Mhorious se pasaba los días y las noches susurrándole cosas al oído a Arcarius IV, cuando no estaba, directamente, enclaustrado en la sala real, confabulando. Cada vez que acudías a tu hermano, con el propósito de entablar algún tipo de charla con él, allí estaba Mhorious, ligeramente encorvado, con una mano engarrada, sujeta al respaldo del trono, al amparo de las sombras.

Seguro que fue Mhorious quien arengó a tu hermano para que no dejara sin castigo un desaire. Sí, estás convencido de que aquel maldito mago es capaz de desencadenar una guerra, si cree que el conflicto le beneficiará.

—¿Cómo te atreves? —vuelve a chillar el consejero, como si tu comentario le hubiese hecho olvidar su acostumbrado tono de voz de su estirpe, más acostumbrados a susurrar que a aullar, sacándote de tu ensimismamiento—. ¡A mí, la guardia!

—Espera —dice el monarca—. Tengo que reconocer que no me esperaba esto del legítimo heredero del rey Arcarius IV. A qué viene semejante temeridad. Por qué te expones de forma tan infantil. No te das cuenta, de que me pones en una situación muy complicada. Prácticamente, me obligas a rebanarte el cuello...

—Sólo quiero seguir mi camino, y tú presencia y la de tu ejército me impiden continuar— dices con un tono de voz aséptico—. Así que os rogaría que me permitierais seguir adelante, y no os inmiscuyerais en mis asuntos.

—Debe de ser una broma— dice el rey, acercando su cara a la tuya, y mirándote fijamente a los ojos, como si buscara algo en tu mirada que te delatara—. Crees que soy tan idiota... Nadie haría lo que estás haciendo. Al menos, nadie en su sano juicio. No es normal que salgas de la fortaleza, en plena noche, y por tu propia voluntad. Algo no cuadra... Nunca abandonarías tu reino, ni tampoco a tu hermano, por muy loco que creyeras que está. Responde: ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

—Ya te lo he dicho —dices con indiferencia—. Me marchó. Si no os apartáis de mi camino, tendré que mataros a todos.

El rey ríe a mandíbula batiente. Tú, por el contrario, intentas disimular la inquietud que hace presa en tu corazón. No por las represalias de un comentario inoportuno y, cuanto menos, hiriente, sino porque realmente te ves capaz de matarlos a todos, si hacen caso omiso a tus palabras.

—Te conozco —prosigue el monarca—. Eres un hombre honorable y un gran espadachín. Aunque, claro, demasiado llorón. Si dedicaras más tiempo al acero, y menos a la lectura de inútiles pergami-

nos... Recuerda que cuando éramos niños yo me iba a casar con tu hermana. La puta que se cayó del caballo, y se quedó idiota perdida. Así que os conozco bien, a tu hermano y a ti. Pasé mucho tiempo conviviendo con vosotros en vuestra mierda de fortaleza. Entrené contigo, incluso. Y lo reconozco, llegaste a caerme bien; y también, aunque esto ya me cueste más reconocerlo, a vencerme en multitud de ocasiones. Lástima que tu padre mandara matar a la loca de su hija, y mi padre tuviese que devolverme de regreso al reino, para casarme con otra princesa más fea, pero también más experimentada en el lecho. Me hubiese gustado combatir a tu lado o contra ti en un combate real. Siempre fuiste mejor que yo con la espada. Pero, claro, te falta malicia para derrotarme en un combate real, a muerte. Esto es la guerra, no sé si te has dado cuenta. No es un mero torneo. Aquí los golpes producen sangre, y no sólo magulladuras. Además, qué puedes hacer tú, frente a veinte mil hombres armados y entrenados. Dime, ¿qué puedes hacer?

—Matarlos, a todos y cada uno de ellos—respondes, y sientes en tu corazón que lo dices de veras. No te estás tirando un farol. Realmente crees poder derrotar a todo un ejército, si así logras que te dejen en paz—. No provoques un innecesario derramamiento de sangre —ruegas sinceramente—. Déjame partir. Mi hermano está muerto... el reino que una vez amé está dirigido por estúpidos. Pronto caerán. Todos. Y no me importa. Nada ni nadie... ya no pertenezco a este reino —dices, sin poder evitar que se te haga un nudo en la garganta al decirlo y tu voz tiemble—. Sólo quiero alejarme de los hombres... Buscar la paz. No pretendo entrometerme más en asuntos de estado. Este reino, el mundo entero, si así lo deseáis, será vuestro. Haz lo que quieras con el planeta, siempre que me dejes un pequeño trozo para mí, en el que nadie ose molestarme. Por mí podéis iros todos al infierno. Rechazo mi humanidad... Estoy harto de vivir entre aquellos que sólo saben conspirar y ambicionar el poder ajeno. Os detesto como especie. Sólo sabéis guerrear, como niños malcriados. Y los pocos que deciden dedicar su vida a las artes y al deleite de los sentidos, son vilmente asesinados o condenados a una vida de pobreza por sus congéneres. No acabaréis con el mundo, porque yo no os dejaré; pero si por vosotros fuera, mataría el suelo que pisáis...

—Cómo te atreves a referirte a mí en semejantes términos —brama el rey—, despreciable cucaracha. ¡Arrodíllate! ¡Ahora! O yo mismo desenvainaré mi espada y te cortaré tu pérfida lengua y luego te la haré comer.

—Lo siento —susurras, mientras el sonido metálico del filo al ser desenvainado resuena, mezclándose con la tormenta, cada vez más cercana—. Si mis palabras no os convencen... quizá mi espada pueda triunfar, allá donde la razón se ve impotente.

Rodeas la empuñadura de la espada con tus dedos engarzados, al mismo tiempo que flexionas tus piernas y tu cuerpo adopta una pose de serena fiereza, como un lobo a punto de saltar sobre su presa herida. La cara del monarca se crispa y sus ojos relampaguean, mientras te miran de arriba a bajo, como si estuvieran tratando de asimilar tu acción.

Una espada contra veinte mil. Resulta demencial, propio de un enajenado. Pero tu mente jamás estuvo tan clara y despejada como en este preciso momento. Sientes como una especie de energía invisible, que hasta ahora jamás habías percibido, fluye entre tu cuerpo y la espada, comunicando el acero con la sangre.

Vas matarlos a todos. En cuestión, de minutos, veinte mil cadáveres yacerán a tus pies. Y no sientes

nada más que indiferencia. Tu corazón parece haber dejado de latir, o su palpitir tornarse tan armonioso y pausado, que da esa impresión, como si hubieses trascendido a otro estadio superior al humano.

La muerte de estos veinte mil hombres no cambiará un ápice el vasto mundo que habitáis.

Ves por el rabillo del ojo como el consejero retrocede, escudándose tras las filas de soldados, con los ojos abiertos como los de un sapo y el cuerpo esquelético tenso como el alambre. No te importa. Que se esconda. Morirá igualmente. Es sólo una cuestión de tiempo.

Observas detenidamente los ojos de la primera fila de soldados, y ves en ellos un horror insondable, como si, algo en ti, les aterrorizase más allá de la razón; sólo su lealtad al monarca les impide salir corriendo en desbandada.

Ignoras qué está pasando en lo más hondo de tu ser, pero algo sigue mutando a medida que transcurre el tiempo. Es como si la sangre que se avecina, fuese consecuencia directa de una especie de parto metafísico que eres incapaz de entender.

Vas a asesinar a veinte mil hombres. Vas a gritar, llorar y maldecir durante la refriega. Y cuando todo termine, y la cabeza del monarca sea separada del tronco, te marcharás a un lugar remoto, lejos de los hombres. Entonces, te dedicarás a construir un mundo que nada tenga que ver con el que se han labrado los humanos.

Aún no sabes cómo lo harás, y si este mundo será puramente alegórico o realmente asumirás el lugar de un Dios, capaz de dotar de vida a las criaturas que se originen en tu mente; pero lo harás. Primero purificarás tu cuerpo y tu mente. Luego te valdrás de las pinturas para esbozar las criaturas que poblarán tu nuevo mundo. Y a partir de ahí, dependiendo de cuán divina sea tu esencia, extenderás tu acción creadora.

Pero eso será después de alcanzar la redención, tras bañarte en la sangre derramada de todo un ejército.

Sí, ahora tu espada surca el aire, directo a la cabeza del monarca. Obviamente, sabes que tu golpe no abrirá la cabeza de quien comienza a compartir el horror de sus hombres, aunque lo disimule mejor. Una espada se interpone entre su cabeza y tu filo. El estallido metálico es ensordecedor. Tus ojos se clavan en las hojas enfrentadas. Notas las vibraciones en tus manos, mientras contemplas cómo el acero tiembla tras el brutal impacto.

Miras a la izquierda del rey, y ves el rostro de un fiero y asustado soldado, dispuesto a entregar su vida por su señor, a pesar de que su faz parece la máscara cincelada por un escultor nervioso. En sus ojos, solapado por el miedo, atisbas sentimiento humanos que siempre admiraste: lealtad y valor.

Por un momento, dudas. El filo de su espada roza tu mejilla y sientes el calor de la sangre manar de tu interior. Entonces, te vuelves hacia él, y la determinación dirige tu cuerpo como un experimentado titiritero.

Sueltas un rápido espadazo, que parte en dos la cabeza del valeroso soldado, cuyo cuerpo se desploma sobre el barro y salpica tu rostro.

El hedor a sangre nubla tu razón. Te conviertes en un animal salvaje. En un depredador ávido de la sangre de sus presas.

El rey desaparece tras la masa de cuerpos apiñados de sus leales soldados, quienes tratan de protegerle de lo inevitable oponiéndose entre el enemigo y su señor. Por fin ha entendido a qué se enfrenta.

Diez lanzas y otras tantas espadas atacan a la vez. Los mandobles se suceden. Las caras se desdibujan. Esquivas y detienes varias lanzadas y algunos filos. Pero dos golpes te alcanzan de pleno, y penetran en tu piel, hiriéndote. Tu brazo izquierdo es atravesado por la punta de una lanza. Tu pierna derecha es desgarrada hasta el hueso por el filo curvado de una espada, que apunto está de seccionarte el miembro. Pero no sientes dolor alguno.

Tu mente se haya despejada, sumergida en una especie de vacío blanco. Y, a tu alrededor, el mundo se mece, armonioso, como si las cosas flotaran en medio de un vasto mar de suaves olas.

Tu espada se mueve, liviana, implacable. Géiseres de sangre brotan de miembros cercenados. Cada golpe es mortal. Te mueves en sincronía con todo aquello que te rodea. Ejecutas la más hermosa de las danzas. Un tajo aquí, otro allá. No importan los alaridos de los caídos. Sigues danzando y cortando, como un dios entre los hombres.

Una vuelta tras otra. Tu mente es infranqueable, así como tu alma. Contemplas el desconcierto en sus trémulas pupilas, mientras atisbas la majestuosas figura que se desplaza como si hubiese alcanzado la perfección. Eres tú, salvaje y hermoso.

La empatía que tanto te hizo padecer en el pasado, ya no existe. No entiendes el cambio, pero lo aceptas con la convicción de un creyente. Dios existe, y está en ti.

El color rojizo de la sangre cubre tu cuerpo, entregado a una sangrienta bacanal de muerte y destrucción. Brazos y piernas vuelan lejos de los cuerpos, grotescamente destrozados por el filo de tu veloz y poderosa espada. Los soldados se tornan dantescos guiñapos cercenados, y los que tienen boca o lengua, y aún conservan la mandíbula, balbucean palabras inconexas.

Lamentos infantiles. Incredulidad. Los lloros y gemidos de quienes sufren la más horrible de las muertes, y el chapoteo producido por los miembros y cuerpos que se precipitan a los charcos embarrados, se transforman en un eco lejano e irreal.

La matanza muta a tus ojos, entregados a tu misma deidad, y lo que es una matanza vomitiva, se torna épico romance. Adoras a un dios que viste tu piel.

De pronto, el ser civilizado que se halla en el pozo de tu alma, atisba la vergonzosa orgía de sangre y vísceras de la cual eres responsable.

¿Qué estoy haciendo?, te preguntas. Qué sentido tiene esta caprichosa ejecución. Maldita sea, nunca tuvieron una oportunidad.

Tú eres un tigre hambriento, ellos meros carroñeros. Todos estaban muertos desde el mismo momento que acariciaste el pomo de tu espada.

Lanzas un alarido inhumano a la luna, que observa, sin juzgarte, en lo más alto del cielo nublado.

Casi puedes oír cómo se corta la respiración de todos los que observan ocultos entre las sombras de las almenas. Unos temen por ti, pero otros muchos, comprenden que esta noche pueden ser asesinados, si así lo decides.

La compresión que te asedia provoca que te retuerzas, como un animal herido de muerte. Tú fuiste un hombre dedicado a cultivar la mente, rechazaste el arte de la espada, a pesar de que el Maestro armero dijo a tu padre, y luego, a tu hermano, que eras el mejor espadachín que había visto en su vida. Dejaste que tu hermano asumiera el infernal camino del acero, y te refugiaste en la biblioteca. Tu corazón de guerrero tuvo que conformarse con las hazañas descritas en los libros. Hasta que no asestaste el golpe mortal a tu hermano, indefenso y enfermo, jamás habías acabado con la vida de

nadie. Y ahora, llevado por una fuerza incontrolable, catártica, has alzado tu espada contra las hordas enemigas y has cometido la mayor de las masacres.

Tú hermano sonreiría... incluso, aplaudiría, lleno de gozo, tu brutal acción. Has terminado con una guerra en cuestión de segundos. Has destruido a todo un ejército con una sola espada.

Un momento. Aguarda. Entre los muertos, sí. Está ahí, agazapado y herido. Te incorporas y le observas. Está sangrando abundantemente. Sostiene su vacilante cuerpo, con la punta de la espada clavada al suelo fangoso. La mano que no se aferra al pomo de su espada, rodea el estómago, como si estuviera reteniendo algo. Entre las sombras parece asomar las vísceras.

Su semblante ha cambiado radicalmente. No hay rastro de la arrogancia y el esplendor propio de un monarca. Parece un chiquillo asustado, que no comprende lo que está pasando.

Le miras, ladeando la cabeza, como si de pronto hubieses recuperado el don de la empatía. Sientes su dolor de una forma explícita. Aprietas los dientes y crispas el gesto. La mueca que se ha formado en tu cara, expresa la suma repugnancia que sientes; pero no porque te des cuenta de que sus tripas cuelgan, sino por el acto inhumano que has sido capaz de cometer.

¿Cómo he podido hacer esto?, piensas mientras sigues la mirada ida del monarca y ves los cuerpos desmembrados y amontonados de los jóvenes soldados. Algunos apenas son niños. Sus ojos desorbitados y carentes de vida, así como los músculos faciales, han quedado congelados para siempre, o hasta que los gusanos devoren la piel, en una máscara de horror. Tomas conciencia de que todos aquellos hombres y niños han muerto sintiendo un pánico atroz.

Tú, que quisiste dedicar tu vida a los demás, renunciando a tus deberes como segundo heredero de la corona —apartándote de la vida militar—, tú, incapaz de poner fin a la vida de un insecto, has degollado, mutilado y decapitado a veinte mil hombres.

Eran soldados, obligados a luchar por su reino, y a obedecer las órdenes de su monarca, aunque este estuviera tan loco como tu hermano.

Ellos no tenían culpa de nada. Luchaban en el bando que les había tocado luchar.

Merezco morir por lo que he hecho, piensas. Asesiné a mi hermano, con el propósito de acabar esta estúpida guerra sin más muertes, y he exterminado a un ejército, cuyo único pecado era no servir al mismo blasón que yo.

El rey Thorhan te mira, y tiembla como una hoja en medio de una ventisca. Te acercas a él, tratando de no pisar las caras esparcidas entre los cuerpos parcialmente sumergidos en el fango.

La empuñadura de la espada del monarca resbala entre sus dedos y cae al barro. Vencido, te observa, primero víctima de un miedo desaforado, luego, sus ojos se desnudan de todo sentimiento, y sólo hallas en ellos cierta compresión y resignación. Sabe que el fin está próximo.

Te sorprende que aquel chiquillo pecoso que se dedicaba a burlarse de ti, a hacerle propuestas deshonestas a tu hermana —quien luego pasaba las noches llorando, pues sabía que cuando se convirtiese en su reina tendría que acceder a las enfermizas peticiones del muchacho—, y que sólo parecía comportarse de forma honorable en presencia de tu hermano, se enfrente a la muerte con dignidad.

Sus ojos parecen pedirte un poco más de tiempo...

Alzas tu espada al cielo, y aguardas. Le concedes el tiempo suficiente como para que logre incorporarse.

Apenas logra ponerse de pie, siendo incapaz de erguirse entero.

Aquel ser encorvado y tembloroso trata de ofrecer el aspecto más heroico que sus heridas mortales le permiten.

Probablemente, en el futuro, se escribirán odas a la valentía del rey Thorhan. Y, aún así, esperas hasta que comprendes que no podrás lograr una postura más digna que la adoptada. En breve, volverá a desplomarse sobre el fango y a morir, lentamente, de una forma agónica, si no actúas.

Sí, morirá desangrado y dolorosamente. Debes propinarle el golpe de gracia. Es un acto de piedad. Aunque sabes que a pesar de que trates de endulzar lo ocurrido esta aciaga noche, terminándola con un acto de clemencia, no valdrá para borrar la vil masacre que has cometido.

No importan las circunstancias que han desatado tu mano ejecutora. No, las pérfidas acciones de los demás hombres implicados en el conflicto, por muy ruines que fueran éstas, no justifican la matanza. Nada puede expiar tus pecados, ni siquiera terminar con la existencia del rey Thorhan, para que pueda descansar en paz; a pesar de ser responsable de que muchas familias no puedan hacerlo jamás.

Un golpe seco...

Escuchas el sonido de la carne al ser penetrada por la punta de la espada, la cual se hunde casi hasta la empuñadura. Luego otro desagradable ruido, viscoso, cuando la espada sale del cuerpo muerto del monarca. Y al final, el chapoteo del cadáver que se precipita al fango, inmóvil, y la tormenta desatada sobre vuestras cabezas.

Sólo te queda dedicar lo que te quede de vida a purgar tus pecados, piensas, mientras observas la grotesca imagen de tú alrededor y tratas de ignorar la pestilencia que ni siquiera la lluvia torrencial parece poder disipar del ambiente.

Entonces, sientes un leve pinchazo y luego una punzada que aumenta, progresivamente, mientras notas como algo se desplaza dentro de tu torso. Observas el filo de una espada ancha sobresalir de tu boca abierta, mientras escupes sangre y vísceras. Te extraña no sentir dolor alguno.

Hasta que tu cuerpo no se desploma encima del fango, una vez el filo ensangrentado vuelve a perderse dentro de tu boca partida, no sabes quien blande el arma.

Tras el velo sucio del agua, de la intensa lluvia y la capa translúcida del barrizal, observas la figura trémula y esquelética del consejero. Intentas sonreír, pues la imagen de aquella figura famélica, sosteniendo, con ambas manos, la espada asesina, se asemeja más a la de un niño pequeño blandiendo el acero que a la de un hombre hecho y derecho.

Cómo ha podido si quiera alzar semejante espada, te preguntas.

Sonríes sin ganas, entre arcadas y toses, y sientes cómo el agua sucia se cuela en tus pulmones y la sangre es expulsada por tu nariz.

En medio del sopor, asolado por el terrible frío que parece alojarse en tu mente, oyes un sonido extraño, como el que hacen los grillos al rozar sus alas.

Tus ojos se apartan del consejero, quien, ahora que la muerte parece ser tu destino, te das cuenta de que su aspecto es idéntico al de Mhorious. De hecho, prácticamente parecen la misma persona.

No puede ser, te dices. Estás delirando. Cómo nadie se ha fijado antes.

Pero el misterioso ruido sigue sonando en tu cabeza. Lo que provoca que te olvides por completo del increíble parecido de los dos consejeros enemigos, y centres tu sentido del oído en tratar de filtrar el sonido y dar con su origen. Entonces, notas cómo el suelo enfangado vibra, y ocurre lo inexplicable.

Una especie de marea negra emerge del barro, con suma virulencia, y cubre por completo el endeble cuerpo del consejero. La espada asesina se escapa de entre los huesos desnudos de piel, y contemplas, horrorizado, cómo, lo que fue un hombre, en cuestión de segundos, queda reducido a un esqueleto, mientras la marea negra se disgrega y te percatas de que en realidad no es una superficie compacta.

No, la marea negra está formada por infinidad de diminutos bichos acorazados, los cuales se mueven de forma sincronizada, como si fueran regidos por una mente colmena.

Jamás has visto esas cosas.

Tratas de moverte, pero tu cuerpo no responde.

Te das cuenta de que tu deplorable estado no se debe exclusivamente al daño inflingido por el consejero, sino que multitud de tajos y cortes recorren hasta el último centímetro de tu piel ensangrentada. Incluso crees adivinar el intestino, flotando en el agua sucia, y sobresaliendo de tu armadura, inservible y abollada tras la batalla.

Aunque también puede ser que tu mente te esté jugando una mala pasada. Sea como sea, sientes como los extraños insectos acorazados ascienden por tu cuerpo y te rodean.

En cuestión de segundo, tu visión se ve nublada por los pequeños cuerpos, los cuales comienzan a amontonarse contra tu cara.

Sólo alcanzas a oír los alaridos de dolor que surgen del interior de la fortaleza que una vez fue tu hogar y contemplar cómo, al mismo tiempo que la oscuridad se ciñe sobre ti, la marea negra lo devora todo.

No ves que está pasando, pero juraría que estás desplazándote en horizontal, como si aquellas cosas estuvieran moviendo tu cuerpo y llevándoselo de ahí.

Tu mente comienza ordenar las imágenes de lo sucedido, a entender los acontecimientos y, por primera vez en tu vida, a oír nuestra voz.

Después de asesinar a tu hermano, tu cerebro debió sumirse en una especie de letargo. Funcionando a medias. Si pudiste seguir adelante, fue gracias a nosotros.

No pretendemos hacerte daño, sino instruirte para que te conviertas en Dios.

No te resistas... Eso es. Relaja tus músculos y abre tu mente.

Somos Salapistridos...

No te preocupes. Te lo contaremos todo. Ya que por fin puedes escucharnos.

Hemos estado años clamando tu atención, pero sólo ahora podemos comunicarnos.

Olvida a los hombres... es la hora de que un dios se alce, majestuoso, y los doblegue a todos.

Los años, las décadas o los siglos han pasado desde que acudimos a ti. El tiempo es imposible de medir en esta región, donde el sol y la luna parecen enzarzados en un caprichoso juego de enamorados.

Sí, apenas han sentido el paso de las eras.

Tu cuerpo y tu mente nunca han estado más saludables. Ciertamente que tu piel se ha ennegrecido y que de tu cabeza nacen dos protuberancias, similares a las astas de un venado; pero, por lo demás, eres el mismo de antaño.

Observas orgulloso el mundo que has creado con tu cincel, tu esfuerzo y nuestra hambre voraz. Cuando viniste, herido de muerte, este lugar no era más que una planicie abandonada. Una basta

extensión desnuda, la cual permanecía oculta, al amparo de las enormes montañas de granito que la rodeaban. Ahora, multitud de formas lo pueblan, conformando un excepcional paisaje inerte.

No has podido crear vida aún, como pretendías, pero sí todo un mundo propio, lejos de los humanos.

Te hemos concedido la inmortalidad, y tú te has entregado al estudio, la fe y a esculpir este hermoso Jardín de Piedra.

Tus ojos ven, más allá de la cordillera, una enorme columna de humo negro, que se alza por encima de las nubes. No deseas inmiscuirte en conflictos humanos, pero nosotros nos congregamos a tú alrededor, formando una superficie voluble, que se mueve como si de una marejada se tratase, y te susurramos al oído y te mostramos imágenes que podrían ser... Entonces, comprendes, y emprendes la marcha.

Pasarán muchas jornadas antes de que des con algún asentamiento humano.

El mundo entero está en peligro, no sólo la especie que rige sus designios. Los humanos están yendo demasiado lejos. Los conflictos bélicos se extienden a lo largo y ancho del Continente Desconocido. Además, la magia es más poderosa que nunca, y los magos y consejeros comienzan a descubrir sus cartas.

Si sólo fuera una cuestión humana, no intervendrías. Les dejarías hacer. Pero si el mundo, tal y como lo conoces, está en peligro, debes actuar. Sí, es importante que Dios vuelva a alzarse entre los humanos, como predijimos. Se avecina una época aciaga, necesitada de dioses...

Así sea...



Las Ruinas de la Noche

Aquellas moles de piedra eran inmensas, Arión de Micenas no creía las hubiesen podido levantar otros seres que los titanes y cíclopes que una vez poblaron el mundo. Pero los egipcios aseguraban que habían sido ellos quienes las habían edificado, con su forma triangular y alta cúspide, para que sus monarcas pudiesen ser reyes en la otra vida como lo eran en esta.

El griego regresó al campamento desconcertado, mientras recordaba las historias que le narraron en su tierra natal sobre la incalculable antigüedad de esta tierra árida y el pueblo que la ocupaba.

Había llegado a la tierra del Nilo con otros trescientos aqueos para combatir a los hicsos, unos arrogantes asiáticos que habían sometido el suelo egipcio. Cruzaron el mar con sus carros y caballos en naves pilotadas por marineros cretenses, hombres de cuerpo esbelto y flexible, de corta estatura, que aún veneraban al toro y al hacha de dos filos, como siglos antes de que los aqueos invadieran su isla.

El jefe de los griegos era Cleandro, un gigante de barba rizada que daba órdenes con voz tonante. Los faraones buscaban mercenarios en aquella lucha para expulsar a los hicsos. Y Cleandro reclutó una fuerza de hombres armados con sus corazas de bronce y penachos en el casco, habituados a las luchas intestinas entre los reyezuelos que imperaban en Grecia.

La tropa mercenaria se encontraba acampada en un lugar no lejos de la ciudad de Sais. Una vez hubieron alzado sus tiendas, construido un cercado para los caballos y dispuesto los carros de combate, los egipcios empezaron a aproximarse a aquel lugar para observar a esos fantásticos extranjeros. El primer día aparecieron niños y campesinos traídos por la curiosidad, los cuales no se atrevieron a observar muy de cerca a los gigantescos guerreros venidos de más allá del mar.

Al día siguiente, llegaron al campamento comerciantes de variadas mercancías, prostitutas con el torso desnudo, estafalarios buhoneros y adivinos gesticulantes, todos ellos en busca de clientes.

E incluso hallaron a un ladrón cuando intentaba sustraer una vasija de una tienda, al que cortaron las orejas y las manos como aviso a otros de su calaña.

Al quinto día, un guarda dio la voz de aviso y apareció un carro tirado por dos caballos. Lo conducía un gigantesco hombre de piel negra cuya anatomía parecía esculpida en obsidiana; detrás de él, había un egipcio nervudo y de rostro de halcón, un noble, a juzgar por sus gestos imperiosos y los adornos de oro que lucía en el cuerpo.

—Saludos, griegos —dijo con voz cortante—. El faraón, hijo de Ra, os convoca para hacer frente a

sus enemigos. Se me encargó que os lleve con el resto del ejército para partir esta misma tarde.

—Así se hará —repuso Cleandro, y se volvió hacia sus hombres—. Armaos y aprestad los carros, pronto veremos correr la sangre.

* * *

Los buitres formaban espirales al planear en aquel cielo completamente azul, sin la menor nube, donde pendía un sol que parecía querer abrasar el mundo hasta las mismas entrañas de la Tierra.

Sobre la arena del desierto, los hombres se mataban para espectáculo de los dioses que todo lo ven. Cadáveres, miembros cortados, moribundos con los vientres abiertos alfombraban el campo de batalla.

Mientras los egipcios combatían mayoritariamente a pie, los griegos iban sobre sus carros de guerra. Peleaban desde la primera luz de la madrugada, al mediodía consiguieron abrir brecha en las filas de los hicsos y, cuando el sol se decantó claramente al oeste, la batalla ya estaba decidida. Lo que no impedía a los hicsos empeñarse en vender su derrota lo más cara que les fuese posible.

Arión pudo ver por fin a aquellas gentes, con su nariz aguileña, barba puntiaguda y su colorido atuendo del que pendían flecos; como el hombre al que destrozó el cráneo con un golpe de espada cuando sus dos carros se cruzaron. Iba sobre un carro conducido por el laconio Teofrasto, que fustigaba a la pareja de caballos como si tuviese miedo de no llegar el primero a lo más duro del combate.

Un nuevo carro se dirigió contra ellos, con un hicsos que disparaba flechas y otro que sujetaba las riendas. Arión tomó su lanza al acortarse las distancias, una flecha rozó el bronce su armadura y atravesó el pecho del arquero con un lanzazo al aproximarse lo suficiente. Con la sangre deslizándose por el astil de la lanza y sus manos, vio como el carro se alejaba, entonces arrojó la pesada lanza contra el conductor que se clavó en la espalda y salió por el pecho con la punta metálica envuelta en un borbotón rojo.

De pronto, se encontraron entre un grupo de enemigos a pie. Dos murieron arrollados por los caballos y el carro a plena carrera, Arión decapitó a uno y saltó desde el carro en marcha sobre otro hombre con el que se puso a forcejear en el suelo. Teofrasto sostuvo las bridas con la mano izquierda, mientras con la derecha lanzó una jabalina contra un hicsos. Frenó los caballos con un violento tirón de las riendas, para volver hacia donde se encontraba Arión, quien ya se levantaba sobre el cuerpo de su enemigo muerto.

—No nos esperaban —dijo Arión al subir nuevamente al carro—. Entre tanto polvo y confusión no nos vieron llegar. Por eso ha sido tan fácil acabar con ellos.

—Ya estaban a punto de huir —repuso Teofrasto y señaló al campo de batalla, donde los hicsos se retiraban caóticamente hostigados por los egipcios.

De regreso al campamento del faraón, pudieron observar la montaña de manos cortadas con la que los egipcios cuantificaban las muertes infligidas al enemigo.

Cleandro estaba sentado a la entrada de su tienda, con una herida vendada en la pierna y otra que sería una nueva cicatriz en su pecho. Lo rodeaban más griegos, figuras cubiertas de sangre y sudor, entre las que destacaba por su talla y pelo rubio Pirras, un árgivo taciturno y reservado, que algunos tenían por el mejor guerrero de la expedición.

—Cuantos de los nuestros —inquirió Arión.

—Veintisiete para el reino de Hades —contestó Cleandro—, y tres hombres heridos de muerte cuyo destino está en manos de los dioses.

Las pesadas armas y armaduras de bronce de los aqueos habían resultado esenciales en la victoria, ante el armamento más ligero de egipcios y asiáticos.

—Esto no acaba aquí, habrá que perseguir a los fugitivos —añadió.

—Trabajo de perros —dijo Diocletes de Tesalia—. Además, no sabremos orientarnos en el desierto.

—Os acompañarán guías egipcios, no nos corresponde atacar al grueso de las fuerzas enemigas, sólo serán grupos aislados. Nada excepcional. El faraón seguirá hacia el Este, hacia la ciudad amurallada de los hicsos, para asolar sus tierras y luego retirarse.

Los rostros se ensombrecieron. Eso suponía perder la oportunidad de ganar un botín más cuantioso con el saqueo.

—Nos dividiremos y mañana iniciaremos la persecución —concluyó Cleandro.

* * *

El sol crepuscular derramaba su calor sobre el desierto como el agua del río inunda todo lo que le rodea cuando desborda su cauce.

Se encontraban allí donde los oasis se espaciaban en exceso, sin agua en amplias zonas de desiertos. En donde sólo había lugar para serpientes, buitres, escorpiones y otras alimañas, no para el hombre.

Arión no podía dejar de sentirse extraño en aquella tierra, en la que, en lugar de hierba, todo era arena inabarcable; en vez de arroyos y bosques, dominaba sin límites un calor plomizo, incesante y polvoriento. Pero para eso le criaron, para soportar el dolor y el cansancio, padecer sin desplomarse. Los hijos de los aqueos habían de ser sufridos y tenaces, incluyo aquellos que no tenían herencia y debían alquilar sus espadas como mercenarios en tierras lejanas.

La noche pronto llegaría, y con ella un frío despiadado. A lo lejos, pudo observar una edificación; le pareció un buen lugar para vivaquear, además, temía que él y los cuatro egipcios que lo acompañaban se viesan atacados por más hicsos fugitivos de los que había supuesto.

Hacia dos días que se dividió su grupo; Eumenes y Agesilao siguieron con veinte egipcios en busca de lo que el rastro parecía indicar que era un grupo más nutrido de enemigos; y él, con esos cuatro rastreadores egipcios, fue tras de media docena de hicsos que había pasado por aquel oasis un día antes que los otros.

Arión no podía evitar la sospecha de que a quienes perseguía pudieran estar preparando una emboscada. Dio la orden de acercarse al edificio, lo que incomodó a sus acompañantes, y al aproximarse, pudo observar que eran ruinas.

Tales ruinas formaban una suerte de círculo, con los restos de lo que debió ser una columnata que se abría en una de sus partes a modo de entrada. Justo frente a esa entrada, se hallaba un edificio semiderruido en el que quedaba una puerta agrietada, la cual había perdido todos sus ornamentos y continuaba hacia el interior en una escalinata hacia el interior.

Cuando Arión se asomó por ella no pudo ver sino negrura. Sin duda, era de una profundidad con-

siderable, pero no lograba explicar como la luz del sol, con la puerta orientada hacia Poniente, se mostraba incapaz de penetrar en la oscuridad más allá de la distancia entre los dedos y el codo de un hombre. Causaba la impresión de que las sombras impedían a los rayos solares su natural avance. En los desgastados muros de la construcción, se podía observar los extraños dibujos que los egipcios usaban como escritura. Los cuatro hombres que lo acompañaban se agitaron, murmuraban con terror y señalaban un extraño símbolo geométrico en el muro.

El aqueo resolvió que era un buen lugar para pernoctar, con el círculo columnas invertidas a modo de muro que impedía la entrada de chacales y otras fieras; pero cuando se lo comunicó a los egipcios, estos insistieron en no quedarse allí de una manera tan obstinada que Arión prefirió no insistir. Y lo cierto es que no le resultó difícil acceder a los deseos de sus compañeros, puesto que había algo desasosegante y temible allí.

En esas ruinas parecía hallarse un aura extraña que provocaba en el griego una emoción de rechazo y alerta en su alma misma.

—Bien —dijo Arión—, acamparemos allí, a sólo cuarenta codos de distancia. Así en caso de algún ataque podremos parapetarnos en estas piedras.

Cuando llegó la noche, encendieron una fogata y el aqueo se acercó a Meisut, el único egipcio de los que le acompañaban capaz de chapurrear algo del idioma griego y que se encargaba de traducir sus palabras y las de los otros egipcios.

—Meisut, ¿qué sucede en esas ruinas para que las temáis de ese modo?

—Viejas leyendas, aqueo, sin mayor importancia.

La respuesta no satisfizo su curiosidad. Cuando se aproximaron al edificio parecían al borde del pánico, no tenía sentido que el egipcio pretendiera restar importancia al significado de aquella construcción.

Arión preguntó por esas leyendas, y Meisut se mostró remiso a contestar de una forma clara. Ante la insistencia del griego, finalmente se decidió a relatar la historia de ese lugar que parecía maldito:

—Antes de que Menes uniera las dos tierras en un solo imperio, los hijos del Nilo se masacraban entre sí divididos en una plétora de pequeños estados. Sus monarcas se consagraban a animales divinos, como el Rey Escarabajo y el Rey Escorpión. Una edad en que la vida era turbulenta y breve. Y los dioses de la fortuna eran caprichosos e impredecibles en mayor medida que hoy.

“Uno de estos soberanos fue el Rey Chacal, cuyas hazañas ante egipcios y nómadas del desierto llevaron su gloria por las cuatro esquinas del mundo; la fuerza de su brazo envió a tantos hombres con el dios Anubis que mereció que se le conociera como el Rey Chacal.

“En campaña contra Menfis se encontraba el soberano, cuando, apenas puesto el sol, llegó del desierto una mujer desnuda, de pelo negro y piel clara como la plata recién forjada, su belleza era digna de una diosa e hizo nacer en el Rey Chacal el deseo de poseerla. Ordenó que la llevaran a su tienda, a lo que la mujer no se resistió.

“Aún de madrugada, los criados entraron en la tienda a despertar al monarca para que comandase el ataque al amanecer. Con horror descubrieron a la misteriosa mujer que bebía del cuello la sangre del rey, y a éste muerto y lívido en su lecho. Entonces llamaron chillidos a la guardia y todo el campamento se alborotó.

“Ante los asombrados soldados, la mujer salió de la tienda y emprendió su camino al desierto con la boca manchada de sangre y la indiferencia en su rostro, como si nada de lo que sucedía le incumbiese.

“Cuando los soldados le rodearon para detenerla, mató a cinco con sus propias manos. Para acabar con aquel demonio del desierto con forma femenina, tuvieron que atravesarlo completamente de lanzas y, aún retorciéndose con el cuerpo destrozado, arrojarlo al fuego mientras los sacerdotes rogaban a los dioses y recitaban arcanos hechizos. Al consumirse su cuerpo maldito en las llamas, los leones rugieron en las dunas y las aves de rapiña graznaron como si fuese pleno día. También hubo, procedente del desierto, un espantoso alarido, ni humano ni animal.

“Con estos presagios nefastos, el ejército estuvo a punto de huir, pero los generales contuvieron a sus obres y decidieron presentar batalla. Sin tiempo para funerales, el cuerpo sin vida del Rey Chacal se dejó en el lecho de su tienda.

“La lucha se inició al alba, como se había previsto, y combatieron todo el día. Llegó el ocaso y aún la lucha no se decidía, los muertos se amontonaban y la arena del suelo se emborrachaba con la sangre. Fue cuando apareció el Rey Chacal, vestido con su arnés de guerra y su espada, los ojos le refulgían en la noche como los de un gato. Sus tropas quedaron anonadadas al ver el retorno de su señor del reino de los muertos, y retrocedieron ante el enemigo. Pero el faraón resurrecto se lanzó contra el grueso de las fuerzas del adversario. Los hombres caían ante él sin cuento, sin apenas poder oponérsele, como sucumbe el animal del sacrificio bajo el puñal del oficiante. Sus soldados, al ver esa escena prodigiosa, cobraron brío y arremetieron contra las filas enemigas obligándolas a retroceder.

“El Rey Chacal prosiguió aniquilando hombres toda la noche, con una fuerza más propia de una manada de búfalos furiosos que de un solo mortal. Cuando sus tropas pusieron al contrario en fuga, se acercaron a ver a su rey, a observar el milagro que había acontecido ante sus mismos ojos. El Rey Chacal se encontraba rodeado de pilas de muertos y su piel se había vuelto marfileña, pálida. En ese momento, delante de sus guerreros...

Meisut titubeó en ese momento y Arión pudo ver que miraba de reojo a las misteriosas ruinas, pero continuó con su historia:

“... comenzó a beber la sangre de los muertos en el campo de batalla, impulsado por algún extraño mandato. Los que le rodeaban quedaron atónitos y pudieron observar que a medida que el Rey Chacal consumía el vino de la vida de los hombres, su piel blanquecina se tornaba, no del color que tuviera antes de morir, sino rosada y lozana, como la de una muchacha que apenas ha salido del harén y no ha dejado que el sol y el viento curtan sus mejillas.

“espantados, los soldados no acertaron a hacer nada. Mas, cuando llegó la alborada, el Rey Chacal se detuvo, lanzó un grito horrendo y cayó como fulminado. Tocarón su cuerpo y supieron que estaba muerto. Los nobles y sacerdotes discutieron que hacer con el cadáver. Finalmente, se decidieron por enterrarlo mediante los debidos ritos aquel mismo día; lo embalsamaron y lo enterraron en ese mausoleo que se había construido con anterioridad para su descanso eterno.

“Desde ese día, este lugar está maldito, quien se acercaba a él por las noches desaparecía. Un joven escriba penetró en esta cripta con el deseo de escrutar los misterios de la vida y de la muerte sin que

se volviese a saber más de él; su padre, arrastrado por toso el amor que el hombre siente hacia su prole, fue en su busca y también desapareció. Las gentes evitan este lugar, que es una sendero hacia las tierras que rigen los dioses infernales; sólo han quedado las noticias traídas por algunos nómadas que dicen haber visto aquí, desde la lejanía, cosas monstruosas.

“No quieras saber más, aqueo, pues no es dado al hombre entender los designios oscuros de los demonios que lo acechan desde las sombras.”

El egipcio se calló y se retiró a dormir. Arión ya había escuchado historias semejantes, de espectros que se sustentaban de la sangre que arrebataban a los vivos, de enamorados que volvían de la tumba para llevarse con ellos a su amante. Cuentos de viejas para las largas noches de invierno.

Prefirió no pensar más en ello y se fue a dormir, pues al amanecer habría de continuar la persecución. Se desprendió de su armadura, se envolvió en una manta para protegerse del frío nocturno del desierto y dejó que el cansancio lo trasladase a las tibias regiones del sueño.

* * *

Arión se despertó sobresaltado, un grito era la causa. El egipcio que estaba de guardia, sin duda. Gracias a la luz que aún desprendía la mortecina hoguera, el griego pudo ver como la figura del vigilante caían ante otras dos que hundían puñales en ella.

De las dunas cercanas aparecieron más siluetas con armas en alto. Los tres egipcios estaban confusos por lo repentino de todo aquello, pero no el aqueo, que se incorporó con la rapidez que un látigo restalla; cogió su espada y se arrojó sobre los atacantes sin esperar a que éstos se acercaran.

En la proximidad vio que se trataba de hicsos, con sus barbas recortadas y puntiagudas, indudablemente, el grupo que perseguían.

De un mandoble, abrió en canal el pecho del primero con el que se encontró. En esto, un segundo cayó encima de él e hizo que los dos cayeran al suelo entre forcejeos. Arión logró sujetar el nervudo brazo que sostenía la espada, y con la otra agarró por el cuello a su contendiente hasta que las vértebras crujieron entre sus dedos.

Cuando se sacudió al hicsos muerto, miró a su alrededor y comprobó como los egipcios se habían ocupado de los otros atacantes: el guardia había muerto, Meisut herido en un brazo, dos hicsos muertos y dos huyendo. Un egipcio apuntó con el arco, lanzó una flecha contra uno de los que escapaban y lo derribó.

Disparó otra, pero no logró alcanzar al último asiático vivo. Arión recogió su espada del suelo y corrió tras el fugitivo. Los tres egipcios se unieron a la persecución.

El hicsos se dirigió a la tumba ruinosa, el griego y los egipcios acortaban la distancia y, a la luz de la luna, observaron como su desesperada presa se introducía por la puerta de la cripta en busca de salvación. Los egipcios quedaron estupefactos y Arión pronunció una imprecación voz alta.

—Vigilad la entrada, por si osase salir —gritó a Meisut, quien se tapa la herida en el brazo con la mano del otro.

Y a la carrera se dirigió hacia al lugar donde habían vivaqueado, cogió una rama de la hoguera que aún tenía un rescoldo y la roció con aceite para avivar la llama. Retornó a la puerta. No estaba dispuesto a esperar hasta que el hicsos se decidiese a salir empujado por la sed, por lo que iba a buscarlo

al interior de la cripta.

Cuando los egipcios comprendieron lo que pretendía, hicieron una algarabía con la evidente intención de disuadirle, pero el griego, sin terciar palabra, se internó en aquella puerta milenaria. Los egipcios no quisieron ni acercarse al umbral.

Arión no dejó de sentir algo extraño en ese pasadizo. Al descender por los polvorientos escalones, comprobó que la luz de la tea iluminaba un espacio menor del que debiera. Recordó su impresión de la tarde, la oscuridad de aquel lugar parecía constreñir la luz, repelerla. Esa idea le erizó el cabello, pero siguió descendiendo por los escalones.

La longitud de la escalinata era considerable, pero acabó por dar a un pasillo. El aqueo giró la cabeza y vio que la puerta por la que había entrado parecía un pequeño y distante rectángulo iluminado por la luna. Ya no se veía el techo y, al acercar la tea a las paredes, se observaba en ellas grabados con escenas de combate.

El lugar era idóneo para atacar y matar a alguien agazapado desde las sombras. Entonces oyó pisadas a la carrera provenientes del oscuro pasillo. ¿Quizá hubiese más hicsos agazapados en la oscuridad?, era improbable. Aceleró el paso hasta el lugar del que llegaban los ruidos, al tiempo que evitaba los cascotes en su camino.

De pronto, un grito inundó la galería. Arión se detuvo al instante, pues sólo los dioses sabían lo que podía acontecer en ese subterráneo inquietante. Al poco, continuó, dispuesto a arrostrar lo que le esperase en la oscuridad recóndita.

Tuvo la impresión de que el pasillo se había ensanchado, o más bien, que había llegado a alguna clase de sala. Sus Pies chocaron con algo, que al iluminarlo con la tea resultó ser un hombre muerto. Era el hicsu. El final le llegó con un rictus de pánico, con los ojos y la boca muy abiertos. Tenía una herida en el cuello, pero de la que apenas manaba sangre, algo desconcertante, pues sabía por experiencia que la sangre manaba como un arroyo de esa parte del cuerpo.

Giró la llama ardiente en torno a sí, con la intención de divisar posibles enemigos. Pudo ver un diván de madera putrefacta, telas ajadas y una estatua algo más alta que un hombre. La figura representada en la estatua era aquel dios mitad hombre mitad chacal. Sus talones chocaron con algo, pudo ver que era una tarima de piedra, y, sobre ella, un sarcófago cuya tapa se encontraba en el suelo. En su interior no había polvo, sin duda la habían abierto hacía poco. Quizá el hicsu y su asesino al forcejear.

Entonces oyó pasos, pasos cercanos y calmados. Blandió en esa dirección con una mano la espada y con la otra, la tea. De repente, se escuchó una voz extraña y monocorde, no entendía las palabras pero su mente parecía capaz de descifrar el significado, que parecía encontrar eco en atávicos parajes de su cabeza, ignotos recovecos que no son de este mundo.

Y esa voz, que nacía menos de una garganta humana que de fuerzas ciegas que escapan a las reglamentaciones de la naturaleza, decía:

“En el alba de la Humanidad, cuando los hijos de los hombres dejaron de vivir como animales, al capricho de los elementos, se asentaron, agruparon y laboraron el suelo; en esos tiempos, yo fui un gran rey, que bajo el signo del chacal sacro, de Anubis, imperó sobre tierras y hombres, ganó batallas y conquistó la gloria que trasciende a la propia vida.

“Pero a los dioses inmortales no les place que los triunfos de los hombres sean algo más que hojas

a las que el viento arranca y arremolina, y en la cima de los míos me vi presa de fuerzas oscuras. Esas fuerzas que susurran por las noches cosas terribles y cuyos hijos caminan bestiales por lugares malditos que el género humano evita.

“Morí para renacer, para vivir por la noche y morir por el día, para beber la vida a los vivos y escuchar el rumor tenebroso de los muertos. Desde aquel amanecer, el desierto es mi reino, las oquedades de la tierra mi palacio; las criaturas reptantes son mis súbditos y las alimañas y rapaces son mi ejército. Mis amantes son las sombras que la luz nunca ha mancillado.

“Vagabundos, esclavos huidos y ladrones de tumbas han sido mi alimento. Dime, hombre de lejanas tierras, ¿ansías el conocimiento que vela la penumbra?”.

Unos ojos brillantes, luminosos, y una boca de dientes aguzados y relucientes surgieron de la nada negra de la habitación. El griego adelantó la tea instintivamente y pudo ver ante sí una figura humana envuelta en vendajes. Así era como los egipcios enterraban a sus fallecidos en prevención de que el cuerpo se corrompiese. En la masa de vendajes amarillentos sólo había aberturas en los ojos y la boca. El muerto en vida retrocedió ante la proximidad de la llama.

La mente del griego, hasta ese momento aprisionada por el miedo, reaccionó. Era un hijo de la noche, un espectro salido del infierno, pero sentía temor, y si temía, es que podía sufrir daño.

Arión lanzó la rama ardiendo hacia el diván putrefacto, que empezó a arder, al igual que los tapices y arcones anexos. Con la luz resultante, la criatura podía verse completamente con sus brazos extendidos y su boca abierta y roja. Avanzó y el aqueo respondió con un golpe de espada que rasgó las vendas e hirió el hombro. Había un hombre incorrupto debajo.

El ser vampírico pareció sorprendido por ver brotar su propia sangre. Eso mismo hizo cobrar confianza a Arión, quien lanzó una estocada que su contrario logró esquivar.

Aún así, la momia gritó con rabia y furia a la oscuridad que había perdido terreno en la cripta. Cogió un enorme bloque de piedra del suelo, que cuatro hombres no hubieran podido levantar, lo alzó sobre su cabeza y lo arrojó al mortal que se le oponía.

Arión lo evitó de un salto por poco. El bloque chocó con unas columnas. Y la momia atacó con su boca de dientes afilados. El griego respondió con un desesperado golpe de su espada que le hendió el esternón, extrajo su arma acompañada de un reguero de sangre, una mano vendada asió su brazo y con otro golpe atravesó el corazón del monstruo.

Este se detuvo, y al instante siguiente se pulverizó, reducido a partículas de polvo semejantes a las que llenaban esa tumba.

Ya vencedor, Arión jadeó. Un viento frío se arremolinó en la cripta, sin saber de donde pudiera haber surgido y que aullaba como un millar de lobos.

El viento cesó con la misma prontitud con la que pareció. El griego miró al hieso muerto y supo qué hacer. Clavó la espada en el corazón y lo decapitó, como enseñaban viejas leyendas y cuentos.

Tras una fracción de tiempo escasa, los cascotes empezaron a caer. La construcción se hundía. Arión corrió hacia el pasillo por el que había entrado, las piedras de diverso tamaño llovían como el granizo, varias casi lo aplastaron. Desconocía si la tumba se derrumbaba por las columnas rotas por el bloque de piedra o si los dominios que la habitaban la reclamaban para sí.

La mezcla de polvo y humo dificultan la respiración. Una piedra le golpeó en la cabeza y cayó al

suelo con la frente cubierta de sangre. Se reincorporó a duras penas, confuso y desorientado. Todo a su alrededor parecía venirse abajo, por pura fuerza de voluntad se puso de nuevo a correr. Se magullaba las rodillas contra las piedras. La luz del fuego ya no se percibía a sus espaldas. De pronto, vio una luz que entraba por una abertura en la lejanía, sus pies se encontraron con unos escalones, los subió tan rápido como era posible.

Mientras ascendía, una roca enorme estuvo a punto de aplastarlo. Corrió hacia la luz y saltó a través de ella, para caer sobre la arena del desierto.

Oyó voces. Cuando su mente se despejó, tomó conciencia de que le rodeaban Meisut y los otros egipcios con expresiones de sorpresa en el rostro. Lo ayudaron a ponerse en pie. La tumba se había hundido completamente y la puerta estaba colmatada por los cascotes del derrumbe.

Pese al dolor y el cansancio, Arión sonrió al ver el Sol que salía por el Este.



El Descanso del Guerrero

Ya falta menos. Maltrecha en voluntades estoy cansada, no tengo ganas de que llegue la noche, de recibirle nuevamente entre mis brazos, de ceder. Los años no perdonan, mi cuerpo no es el mismo y yo... yo ya no puedo. Tal vez hubo un momento en el que incluso me gustara recibir al héroe, al guerrero invicto derramando sobre mí una lascivia de meses de alocada furia, de violenta respuesta a unos impulsos en orfandad extrema exigiendo el premio.

El bullicio, el ir y venir de la gente: las matronas, los esclavos, las milicias, anuncian su regreso.

Un mensajero recorre las calles después de referir, de narrar su pertinaz historia, su victoria. La gloria debe preceder siempre a los insignes hombres del imperio, se ha de preparar su retorno, se ha de honrar su llegada, incluso aquí. Palabras, risas y gestos siempre idénticos. Recibimos con los brazos abiertos al capitán, le acomodamos ofreciéndole frutas que yo misma le sirvo, agua y vino de miel, y ensalzando su honra con ladinas palabras.

Herida más allá de mi alma, disimulo las huellas aún latentes de su anterior visita, que cruzan mi cuerpo de parte a parte. Reparo mi aspecto y baño en esencias mi piel, remarcando mis labios con carmín de Egipto, regalo de su último viaje. Y espero. Son estas soledades las que me angustian. Desenredo mi cabello mientras aguardo su llegada, e intento no llorar.



Epílogo

Poner un final a esta antología, se me antoja un trabajo extraño. Pero la pequeña satisfacción de ver acabado este pequeño trabajo, me anima bastante. Sobre todo, porque sé con la ilusión que trabajan los escritores y las pocas oportunidades que hay (algo más o menos decía Alexis en el prefacio).

Además hay personas como Mario Carper y Anabel ZaragozÍ, que se han unido a esa antología para ayudar, con su creatividad y apoyo, a la misma.

Creo que las cosas van a cambiar, de hecho ya lo están haciendo, y mucho dentro de la publicación editorial. Hay un movimiento que está surgiendo a partir de las nuevas tecnologías y plataformas para crear y compartir todo tipo de material, y que va dar una vuelta de tuerca a todo este mundo en una fase de tiempo muy breve.

Son ideas y conceptos de un *tsunami* que va a dejar sin duda un panorama abierto para las nuevas editoriales independientes en las que la triada de relación: público-escriptor-editor, va a ser totalmente diferente como ahora.

Ya sabemos de los prejuicios de los editores. Ya sabemos del lastre de los distribuidores. Ya sabemos del circo dominado por unos pocos. Así que... ¡muera el libro de papel como lo conocíamos hasta ahora! El ebook es el principio y las plataformas multimedias el siguiente paso.

¡Qué empiece el nuevo show!

Carlos Daminsky



<http://albisoffliter.wordpress.com/antologias/>

antologiasalbis@yahoo.es

Esta antología se ofrece de manera gratuita en formato ebook. Se permite la copia y la distribución citando la fuente, quedando ambas limitadas a usos no comerciales.

La responsabilidad y los derechos de propiedad intelectual de las obras corresponden a sus respectivos autores y han sido cedidas a Albis Ebooks únicamente para esta antología.